UN AMOR CASI PERFECTO
CATHERINE COULTER



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Uno

-¡Corre, George!

Tiró el bate y salió corriendo hacia la primera base. La pisó y siguió hacia la segunda. Vio cómo el centro campista tomaba la pelota con torpeza y la lanzaba hacia el segundo base. Mientras corría hacia la tercera, pensó que los médicos ni siquiera valían para las competiciones.

Cuando llegó a la tercera base, hizo el signo de la victoria con los dedos y se lo dedicó a sus compañeros de equipo.

-Nunca había visto a una chica jugar así al béisbol -le dijo el doctor Elliot Mallory a su colega David Thornton.

-¿Es una de las nuevas residentes? -preguntó David, dándole otro trago a su cerveza.

-No, que yo sepa -contestó Elliot. Estiró las piernas y se apoyó contra el tronco del árbol-.Señor, qué calor hace hoy.

-Estamos en julio, ¿sabes, Elliot? Y estamos en East Bay.

Te has hecho muy delicado viviendo en San Francisco.

Elliot miró otra vez al campo.

Un jugador golpeó la pelota con un bate y la muchacha salió corriendo como un rayo. Se escucharon quejidos y protestas desde el otro bando.

-Me habría gustado verla derrapar sobre la base -comentó.

David arqueó una ceja burlonamente. -Tiene unas piernas muy largas, y lleva pantalones cortos -dijo mientras se ponía una mano sobre las cejas para protegerse del sol y poder ver mejor a la chica, que estaba hablando con sus compañeros de equipo y riéndose-. ¿No te gustaría darle yodo en los arañazos?

Elliot soltó una carcajada.

-No veo muy bien desde aquí. Seguro que es la hija adolescente de algún médico.

Miró hacia arriba al notar que alguien se interponía entre ellos y el sol.

-Vaya un par de vagos -comentó la doctora Margaret Smith.

-¿Desde cuándo se mezclan los ginecólogos con los radiólogos en el picnic anual? -le preguntó Elliot-. No te he visto jugando, Maggie.

-Es que no se me ha olvidado que el pasado uno de los jugadores del partido de fútbol me torció el tobillo. Y decían que era un partido amistoso ¡ja!

David entrecerró los ojos.

-Parece que la jugadora estrella del béisbol va ahora hacia el campo de voleibol.

-Es muy atlética -dijo Margaret, observando cómo la chica caminaba graciosamente al lado del doctor Randy Hansen, un nuevo radiólogo.

-Hola, ¿qué tal? -saludó Doris Thornton alegremente. Le dio una suave patadita a su marido en las costillas-. Vamos, chicos, es hora de demostrar lo que valéis.

Están formando los equipos de voleibol y me gustaría tener la oportunidad de haceros papilla.

-Dales fuerte, Doris -la apoyó Maggie, riéndose-. Yo te animaré desde la grada.

Elliot se sacó las gafas de sol del bolsillo y se las puso.

-Supongo que no tenemos opción ¿verdad, Doris? -le preguntó.

-¡Ni hablar, vago! Vamos, o chamuscaré vuestras hamburguesas.

-Mientras no nos quemes el trasero -le dijo David, que recibió otra patadita en las costillas. Soltó un gruñido, pero se puso de pie-. Ya no tengo edad para estas cosas.

Elliot lo imitó, y juntos se dirigieron hacia el campo. Cuando llegaron, examinó el equipo contrario, en el cual estaba Doris, y le dijo en voz alta a David:

-Hoy no nos humillarán, compañero. Son solo unas cuantas mujeres.

-Que no te oiga Doris. Puede que sea bajita, pero es malvada

David se rió y le lanzó la pelota a Elliot para practicar.

George estaba tensando la red en un lado y escuchó el comentario.

-¡Estúpido engreído! -Eh, Randy. Cámbiame el sitio, ¿vale? Randy Hansen se encogió de hombros. -Vale -entrecerró los ojos grises contra el sol-. Aunque no me parece buena idea, porque no sacarás casi hasta el final.

Había nueve jugadores en cada equipo, y siete de los del equipo de George eran mujeres.

-Dejad que empiece el sexo débil -gritó David-. Si saca mi mujer, será pan comido.

Doris chasqueó la lengua ante el comentario de su marido y tomó la pelota.

-Enséñales lo que es bueno, Doris -le dijo George.

Doris hizo un saque suave, y al segundo siguiente, George vio cómo el bocazas saltaba ágilmente e incrustaba el balón justo detrás de ella. Hubo gritos desde los dos equipos, y Maggie las animó desde el lado del campo.

George examinó al hombre de nuevo. Le gustó lo que vio. Era muy alto y tenía un cuerpo bien formado, ancho de hombros, la cintura delgada y los muslos firmes y musculosos.

Se movía con la gracia de un atleta, pero evidentemente era médico, supuso ella, frunciendo el ceño.

Randy y ella habían llegado tarde, y no se lo habían presentado. Ojalá pudiera verle los ojos, pero las gafas que llevaba eran muy oscuras.

Sacó el otro equipo y George, con una sonrisa, golpeó la pelota e hizo blanco en la cara del hombre.

Las gafas se partieron y se le cayeron de la nariz, y se quedó asombrada al ver que tenía unos ojos verdes que la miraban totalmente sorprendidos. Indudablemente, era un espléndido ejemplar humano. Ella, que no sabía mucho de flirteos, reaccionó de la única forma que supo.

Lo desafió.

-Sería muy útil que se despertara -le gritó, sonriéndose.

El hombre sonrió ampliamente, enseñando una dentadura blanquísima.

-George -le dijo Randy, haciéndole señas- ¡no insultes a mi jefe!

-Pues espero que sea mejor médico que jugador de voleibol -respondió ella, y le devolvió al jefe de Randy una sonrisa deslumbrante.

Elliot no se sintió insultado, sino divertido e intrigado. Observó a la chica.

No era una adolescente, pero era muy joven, de unos veinte años. Era alta y tenía las piernas largas y bronceadas. Tenía el pelo largo, del color de la miel, y no iba maquillada.

Se preguntó, cínicamente, si se teñiría.

Estudió su cuerpo. Llevaba una camiseta y unos vaqueros cortos. Los pechos se le alzaban cada vez que saltaba para darle a la pelota.

A Elliot le entraron muchas ganas de conocerla.

-¡Eh, Elliot! Despierta, que el partido casi va a terminar.

Elliot le hizo un gesto de asentimiento a David y miró a George, que se disponía a sacar.

Ellos iban ganando por trece a cinco puntos, así que estaba tranquilo.

La chica lanzó el balón hacia arriba con mucha soltura, lo que debería haberlo puesto sobre aviso: en el instante siguiente, la pelota salió disparada con fuerza hacia él, en un abajo. Lo tomó por sorpresa, le dio en el estómago y después cayó al suelo.

Escuchó su risa y la de sus compañeras de equipo, que la felicitaban.

-Te apuesto lo que quieras a que no puedes repetirlo -le gritó David, y el siguiente saque lo tumbó.

Elliot estaba tan ocupado riéndose que no pudo parar el saque, que esa vez, iba dirigido él.

-¡La práctica hace al maestro! -dijo George, y sacó de nuevo. Cuando, por fin, el otro equipo consiguió devolver un balón, Doris, en un golpe de suerte, consiguió mandárselo de nuevo.

El partido continuó entre risas, y cuando el equipo de George consiguió remontar e igualar el marcador, el espíritu competitivo de Elliot no pudo soportarlo más. Sacó con fuerza y la pelota se estampó en el pecho de Randy. Vio a la chica lanzarse al suelo para intentar pararla, pero falló. «Es muy buena», pensó él con satisfacción.

Elliot le hizo a George un pequeño saludo y volvió a mandar otro pelotazo más fuerte que el anterior, pero en esta ocasión, ella se las arregló para devolvérselo y el equipo contrario lo mandó contra la red.

Cuando, finalmente, el equipo de George marcó el punto de la victoria, se oyeron gruñidos de desilusión y gritos de alegría.

Elliot se acercó a Randy, que acababa de tomar en brazos a la chica y estaba dando vueltas con ella.

-¿Y qué tal si me presenta a la deportista, doctor Hansen?

George volvió la cara hacia él y notó que se le enrojecían las mejillas.

Fue una agitación extraña que no había experimentado antes, y lo miró fijamente.

-Georgina Hathaway -dijo Randy, carraspeando-, este es el doctor Elliot Mallory, jefe de Radiología, y mi jefe también.

-No es malo, para ser médico -respondió ella, y le estrechó la mano.

-Y usted no es mala, para ser una chica. -contraatacó él. George se fijó en que no llevaba alianza.

Rezó por que no estuviera casado.

-¡Oh! Mal perdedor. Acaba de desilusionarme.

-Y usted acaba de dejarme sin gafas. Supongo que me comprará otras.

-Por supuesto, ¿verdad, George? -dijo Randy, entrecerrando los ojos mientras la miraba. Ella soltó una carcajada y respondió:

-Haré algo mejor que eso. Tengo dos entradas para el partido de béisbol del próximo martes. Lo invito.

Elliot parpadeó. ¡La chica acababa de invitarlo a salir!

-¿Y qué me pasaría si yo prefiriera mis gafas, señorita Hathaway?

Randy, que nunca había visto que George se interesara por un hombre, la miraba boquiabierto, sin saber qué decir.

-Bueno -contestó ella, pensativamente, sin dejar de mirar a Elliot-. Entonces creo que tendría que ofrecerle las gafas como soborno.

Elliot no pudo evitarlo. Se rió, sacudiendo la cabeza.

-Desde luego -añadió ella al tiempo que disfrutaba del sonido de su risa-, si usted no hubiera estado dormido, no se hubiera quedado sin gafas.

Elliot miró al cielo con expresión indefensa.

-El próximo martes, señorita Hathaway. Doctor Hansen, tenga cuidado de que nadie la estrangule hasta entonces -sonrió de nuevo y dijo antes de marcharse-: Si yo no me hubiera quedado sin gafas, señorita Hathaway, usted no tendría con qué sobornarme.

Y sonrió al ver que ella se quedaba sin respuesta, por fin.

Mientras se alejaba, oyó que Randy Hansen le decía:

-George, ¿es que te has vuelto loca?

Demonios, nunca te había visto comportarte así.

-¡Es un hombre muy importante, y tú has estado flirteando con él!

Hubo un momento de silencio, y después Elliot oyó que decía enfadada:

-¡No he flirteado, Randy! Vamos a comer algo.

Después tengo que irme a casa a mirar el arañazo que tengo en la rodilla. No sé lo que va a decir Ben cuando lo vea. Solo con que los labios se me agrietan, maldice en tres idiomas.

« ¿Quién demonios es Ben?», se preguntó Elliot. ¿Su novio, su amante?

No era su marido, porque no llevaba alianza. Desafortunadamente para él, la chica mantuvo la distancia durante el resto de la tarde.

El martes por la mañana, Elliot Mallory entró en la sala de ultrasonidos, donde estaba Randy Hansen haciendo el primer turno. Cuando terminó, fue a hablar con él.

-¡Doctor Mallory!

-Buenos días, Randy -le dijo Elliot en tono agradable-. Espero que el trabajo de residente te esté resultando menos duro que las prácticas.

-Estoy disfrutando mucho. Especialmente las ocho horas de sueño de cada noche. Después de charlar un rato con él, le preguntó distraídamente:

-El partido de béisbol es esta noche, doctor Hansen, y no he sabido nada de la señorita Hathaway. Quizá usted pueda darme su número de teléfono, para llamarla.

Randy notó que se ponía rojo.

-Su número no está en la guía, y yo no lo tengo.

Lo siento, señor.

-No importa. Creo que hablaba en serio cuando dijo que me llevaría al partido, y no al revés.

No debería haberme preocupado.

Que tenga un buen día, doctor Hansen.

Randy se quedó pensativo. Había estado regañando a George durante todo el viaje de vuelta a San Francisco, después del picnic.

-¿Cómo has podido invitar a salir a un hombre como el doctor Mallory? -le había dicho, casi saliéndose de la carretera de la ira-.

Por Dios, tiene más de treinta y cinco años, y no está acostumbrado a que ninguna niñata lo invite a salir.

-¡Es mi jefe, George!

Y seguramente ahora se estará preguntando cómo librarse de ti.

-Es posible que tengas razón -respondió ella en voz baja. A él lo había sorprendido lo rápido que había capitulado.

-Demonios -murmuró, y puso una diapositiva en el proyector.

Elliot volvió a su oficina. Su secretaria, Lisa Dickerson, lo saludó con una sonrisa maternal.

-Solo has estado fuera quince minutos y ya tienes tres mensajes -le alargó una nota.

El los leyó y levantó la cabeza.

-¿Cuándo ha llamado la señorita Hathaway, Lisa?

-Hace diez minutos, más o menos. -¿Y qué ha dicho, exactamente?

Lisa frunció el ceño y sacudió la cabeza. -Ha sido un poco raro. No ha preguntado por ti, solo si podía dejarte un mensaje. Todo lo que ha dicho es que está en Nueva York y se ha disculpado por no habértelo dicho antes. -¿Y nada más?

-No. ¿Hay algún problema, Elliot?

-No, Lisa. Llama al doctor Bailey, ¿de acuerdo? Y dile al doctor Dunsmuir que baje ante de entregar su estudio sobre el prolapso de la válvula mitral, va a tener que mejorarlo bastante.

Aquella tarde le llegó un pequeño paquete a la oficina. Dentro había un par de gafas de sol caras. « ¿Qué demonios estará haciendo en Nueva York?», se preguntó, y se probó las gafas.

Le quedaban perfectamente.

Durante el resto de la semana, Elliot estuvo a punto de preguntarle a Randy Hansen cuál era la dirección de Georgine Hathaway en varias ocasiones. Pero no lo hizo.

Dos

George se puso su bañador verde y un gorro de baño blanco. Le temblaban un poco las manos.

Se sacó la lengua a sí misma mirándose al espejo del vestuario, se dio la vuelta y se dirigió a la piscina.

Era casi la una y había seis personas en la piscina climatizada. Se ajustó las gafas y se zambulló en la calle del centro. Hizo un largo y se detuvo a observar a su alrededor. Los médicos y el personal que

nadaban a aquella hora se lo tomaban muy en serio. Miró hacia la puerta del vestuario de hombres y se obligó a hacer otro largo.

-Buenos días, doctor Mallory -oyó que decía Tim, el socorrista.

Cuando lo vio, estaba en el otro extremo de la piscina. No podía haber un hombre más guapo, pensó, recorriendo su cuerpo con los ojos. Su mirada se detuvo en el estómago plano y en la línea de vello negro que desaparecía bajo su bañador azul. George tragó saliva, se sumergió en el agua y siguió con los largos.

Nadó hacia él por la calle de al lado. Él la adelantó dando brazadas potentes y ella se dio cuenta de que no sabía qué hacer. Se había apuntado al Milton Club el mes anterior, y estaba yendo a nadar dos veces por semana. Sabía que Elliot iba allí todos los días a la una en punto, nadaba durante media hora, pasaba quince minutos en la sauna y se volvía al hospital, que estaba justo enfrente.

Muy bien. La sorpresa era el mejor ataque, decidió. Deliberadamente, se metió en su calle y empezó a nadar. Chocaron en mitad de la piscina, en un lío de brazos y piernas.

George le gritó indignada:

-¡Acaparador de calles!

Elliot miró a la mujer, se dio cuenta de que ella era la que estaba en su calle y le dijo:

-Si no es capaz de nadar en línea recta, quizá sería mejor que se fuera a una de las calles laterales.

-¡Ja! -le contestó, mirándolo divertida-. Usted no debería estar nadando aquí. La clase de los principiantes empieza a las tres.

Elliot se quitó las gafas, estupefacto ante el insulto.

-Perdóneme -dijo finalmente, y empezó a nadar sin tan siquiera ponerse las gafas.

-Incluso ahora continúa torciéndose hacia mi calle.

Elliot la oyó. Sin pensárselo, se dio la vuelta y nadó hacia ella dando brazadas impetuosas.

-Mire -empezó a decir. Pero se le quedó la lengua atascada en la boca cuando la mujer se quitó las gafas y se encontró mirando fijamente a Georgina Hathaway.

-Tienes una pinta bastante ridícula -le dijo ella riéndose-. Cierra la boca -le puso las manos sobre los hombros y le hizo una aguadilla. Sintió sus manos en la cintura, tirando hacia abajo. En un segundo se vio bajo el agua ella también. Salieron los dos, pero él no la soltó.

-Hola -dijo George alegremente, frotándose los ojos.

-Sospecho que sabías que estaba aquí. ¿Por qué no me has dicho «hola», simplemente, en vez de atacarme?

-Has sido muy amable. Hasta la última provocación no te has dado la vuelta. ¿Qué ibas a decir?

-No tengo ni la más remota idea. Sin duda, habría pensado algo apropiado para una mujer detestable.

-Bueno, de todas formas, aunque no estuvieras invadiendo mi calle, nadas horriblemente despacio. Un camión remolque en punto muerto te adelantaría. Yo podría ganarte incluso con una pierna.

-Si la desafío a una carrera, señorita Hathaway, ¿me romperá las gafas?

-No, no sería necesario. Ya has aprendido, a través de una experiencia dolorosa, que no es aconsejable jugar conmigo.

Él sonrió.

-Entonces ¿cuántos largos quieres que hagamos?

George no era buena nadadora. Aquel era uno de los pocos deportes que no había practicado desde niña.

-¿Qué te parece diez? -nunca había hecho diez largos. Antes de hacer seis tendría los brazos como troncos de madera.

-De acuerdo, diez. ¿Quieres que empecemos tirándonos de cabeza?

-Claro. Esto es una competición profesional; al menos por mi parte.

Él observó cómo salía de la piscina con un movimiento ágil, y se la quedó mirando cuando se puso de pie al borde. Un bañador de natación era el atuendo menos sexy que se podía imaginar. Era como una segunda piel, aplanaba los pechos de las mujeres y revelaba cualquier gramo de más. En George, aquella segunda piel revelaba perfección. Sintió que su cuerpo respondía y se puso tenso.

Apartó los ojos de sus pezones, que se notaban perfectamente a través del bañador, pero bajaron hacia la planicie de su estómago y tuvo que dejar de mirarla. De lo contrario, no podría salir de la piscina sin pasar vergüenza.

Por fin se unió a ella en el borde y vio sus preciosas e inacabables piernas flexionadas, preparadas para saltar al agua de cabeza.

-Estás muy sexy con ese traje de baño -le dijo George. Cuando él tomó aire, gritó-: ¡Ya! Elliot miró cómo se tiraba de cabeza y sonrió al ver lo bien que lo hacía. Sacudió la cabeza y se tiró tras ella. La alcanzó en el segundo largo, pero en vez de adelantarla, aminoró la velocidad. Las brazadas de George se estaban volviendo cada vez más trabajosas. -Nunca había echado una carrera con un caracol -le dijo.

-Serpiente -le respondió ella sin aliento-. ¿Te importaría continuar y dejarme en paz? -Ni hablar.

Si termino los diez largos, tú podrás parar, y quiero comprobar si eres capaz de hacer siquiera ocho -creyó oír que decía «tonto», pero no estaba seguro.

Consiguió hacer siete, pero cuando iba a empezar el octavo, él la agarró del brazo. -Solamente quería humillarte, no matarte -le dijo.

-Estoy humillada y medio muerta -bajó la cabeza y se concentró en respirar. Estaban de pie en la parte donde no cubría, y se quedó

hipnotizada mirando el vello de su pecho. -¿Cuándo empezaste a nadar? -El mes pasado.

-¿Por qué?

-Siempre empiezo algo nuevo en agosto. -¿Por qué no me llamaste?

-Sí te llamé.

-No. Llamaste a mi secretaria. -Estaba en Nueva York.

-Ya. Es la primera vez que te veo por aquí. -Ya lo sé. Normalmente nado por las mañanas. Me he quedado… sorprendida al verte. Él arqueó una de sus cejas negras.

-¿De veras?

-Tu engreimiento, además de otras cosas, está siendo más que evidente.

-Pero solo de cintura para arriba -murmuró, sonriéndole con picardía. Ella se ruborizó, lo que le pareció más divertido aún-. ¿Quieres sentarte un poco fuera, antes de terminar con tu humillación?

Ella lo salpicó en la cara y se salió de la piscina.

-Gracias por las gafas -le dijo Elliot, cuando se unió a ella.

-¿Te gustan? Me pareció que tenían estilo. -Mucho más estilo que las que rompiste, y seguro que eran mucho más caras.

Ella sonrió.

-Bueno, es que Randy me dijo que eres un hombre muy importante, así que no podía dejar que fueras por ahí como un punk.

Elliot miró al agua de la piscina unos segundos.

-Yo diría que es una compra bastante extravagante para el presupuesto de una estudiante, Georgina.

-No soy estudiante, y llámame George, por favor, como todo el mundo.

-¿Cómo es que tienes un nombre como ese? ¿Es la influencia de San Francisco? -Oh, no. Tengo tres hermanos mayores, que se creían que yo era su hermano pequeño. -Así que por eso eres deportista.

-No. Lo único que ellos hicieron fue reforzar esa cualidad. Yo nací con ella.

-Excepto para la natación.

-Tienes razón. Probablemente no seré capaz de ganarte hasta Navidades.

-Ya veremos… George. ¿Por qué no estás en el colegio?

Ella le sonrió, pero no contestó inmediatamente. Se quitó el gorro de baño, y los mechones color miel le cayeron por la cara.

-Dejé la carrera durante el primer año. Me aburría, y me parecía una pérdida de tiempo estudiar el ciclo vital de las ranas.

Elliot miró su pelo un instante; después estudió su cara. No llevaba maquillaje. Pensó que con aquella estructura ósea, continuaría siendo guapa a los ochenta años.

-Te estás acordando de todos los años que pasaste en la universidad, torturado -bromeó ella. -No exactamente -respondió-. ¿A qué te dedicas?

George se encogió de hombros, y una sonrisa se le dibujó en los labios.

-Hago un poco de todo.

-Siento que no fuéramos al partido de béisbol. Lo estaba deseando.

Lo miró a través de sus largas pestañas.

-¿Me estás tomando el pelo?

-No. Después de tu llamada, estuve de un humor horrible durante el resto del día -se interrumpió un momento, sonriendo-. Creo que asusté al doctor Hansen cuando me dijo que no tenía tu número de teléfono.

-Sí -respondió ella-. Estuvo refunfuñando durante una semana.

-¿Por qué tu número no está en la guía?

-Me gusta disfrutar de... mi privacidad.

-Comprendo -pero no comprendía, en realidad-. ¿Y qué estabas haciendo en Nueva York?

De nuevo, él vio la sonrisa burlona en sus labios.

-Ah, más de todo un poco.

-Exactamente. Siento que te fallaran los planes. Quería llevarte, pero Randy, bueno, me regañó durante todo el trayecto de vuelta a San Francisco, después del picnic.

Elliot arqueó la ceja a modo de pregunta, y ella hizo un pequeño gesto con la mano.

-Eres un hombre muy importante, señor Mallory -le dijo-. Y en realidad, no querías ir, pero eres demasiado amable como para decirme que te dejara en paz.

-Yo no estaría tan seguro de eso, George.

-¿De qué?

-De que soy demasiado amable. ¿Crees que podrías conseguir otras dos entradas?

Ella sonrió feliz, y Elliot parpadeó.

-¿No tienes nada feo? -le preguntó-. ¿Una mancha enorme en algún sitio, o algo así? George soltó una carcajada.

-Yo podría hacerte la misma pregunta ¿sabes? Para mí, el físico es mi valor en el mercado, pero para ti es algo extra.

-¿Te enseñaron tus hermanos a decir cosas como esas a hombres desconocidos?

Ella miró hacia otro lado, y le dijo:

-Randy me dijo que no lo entenderías. Lo siento.

-El doctor Hansen es tonto. Y hablando de otras cosas ¿qué te parece lo del partido de béisbol?

-Y ¿tienes un lunar horrible?

-¿Qué te parece el jueves? Y no, no tengo ninguno.

-El jueves, y no estoy seguro de creerte. Ninguna mujer debería ser tan guapa como tú. No es saludable.

-Muy bien -dijo George-. Te recogeré el jueves a las siete. Y me pintaré un lunar, si quieres.

-Prefiero encontrarlo yo, gracias.

A ella se le abrieron mucho los ojos, azules, casi violetas. Él se preguntó si la habría avergonzado mucho, pero le pareció poco probable, porque estaba muy segura de sí misma y era muy sofisticada.

Y en aquel momento lo estaba mirando dubitativamente.

¿Se estaría arrepintiendo de haberlo perseguido?

-¿Sabes dónde vivo?

-Sí. Tu dirección está en la guía. Ahora tengo que irme. Adiós.

-Nos vemos el jueves -le dijo él. Miró cómo salía de la piscina e iba hacia el vestuario. Elliot se zambulló y continuó haciendo largos.

Durante los dos días siguientes se estuvo preguntando si aparecería el jueves.

Le había respondido a su descarado coqueteo de la misma manera. Al menos él creía que había estado flirteando, porque había dicho todo lo que había querido. Pero era muy joven.

Si volvía a verla, intentaría no asustarla por todos los medios. Y siguió preguntándose a qué demonios se refería con «un poco de todo».

Elliot oyó el timbre exactamente a las siete en punto. Sabía que ella iba a ser puntual. Bajó corriendo las escaleras y abrió la puerta.

-Hola -dijo George.

-Hola -respondió él-. Estás muy guapa. En realidad, quería decirle que estaba como para comérsela, pero sabiamente, se tragó las palabras. Llevaba una blusa de seda azul y unos pantalones marrones, y el pelo recogido con unas horquillas. Él se dio cuenta de que se la había quedado mirando fijamente, y le preguntó:

-¿Quieres pasar a tomar algo?

-No -respondió George-. Hay cuarenta minutos hasta el estadio, y no quiero llegar tarde.

Entonces él cerró la puerta y juntos bajaron las escaleras.

Elliot se llevó una sorpresa cuando vio un Porsche 911 negro aparcado enfrente. Tendría unos diez años, pero estaba en perfecto estado. Sonrió y abrió la puerta del copiloto.

-Tienes un coche precioso -le dijo, al ver los asientos de cuero negro.

George no respondió hasta que se sentó dentro.

-Sí -dijo con orgullo-. Se llama Esmeralda.

-¿Y está el jorobado de Notre Dame en el asiento de atrás?

-Le dije que solo tenía dos entradas, y que tendría que esperar a otra ocasión -arrancó y metió marcha atrás con habilidad.

-¿Cuánto tiempo hace que lo tienes? -Desde febrero.

¿Cómo demonios se las había arreglado una chica de su edad para comprarse un coche tan caro? Conducir un coche con marchas por San Francisco requería ser valiente y tener experiencia.

Era evidente, pensó mientras ella cambiaba a primera para subir una loma, y dejó escapar el aire de los pulmones.

-No vamos a chocar, no te preocupes. Hay muchas calumnias sobre las mujeres al volante.

-Yo me estaba preguntando dónde me había dejado las ganas de calumniarte.

George soltó una carcajada y lo miró con picardía.

-Ya verás cuando lleguemos a una parte plana. Voy a demostrarte lo que es capaz de hacer Esmeralda.

En pocos minutos llegaron a Bay Bridge.

-¿Qué coche tienes? No, déjame que lo adivine. ¿Un Ford Continental? ¿Un Cadillac Seville?

-No. Un Jaguar plateado, y sí, mi mecánico es muy buen amigo mío.

-¿Es de marchas?

-Sí, pero tengo que reconocer que se me cala algunas veces en los badenes.

-Estoy segura de que conduces muy bien… para ser hombre.

-Yo no tengo la ventaja de haber tenido tres hermanas.

Ella se rió.

-Eres divertido. Me imaginaba que lo serías. ¿Naciste en California?

-Hay tan poca gente que haya nacido aquí, que me gustaría ser uno de ellos, pero nací y me crié en Connecticut.

-Tengo un amigo que vive en Stamford. ¿Tú viviste cerca de allí?

-Más o menos, en New Milford. Y en respuesta a tu segunda pregunta, fui a Yale.

-Creía que ibas a decir Harvard. Es más estirado, ¿verdad?

-Eso es lo que dirían algunos alumnos. ¿Y tú, George?

-Mi familia vive en Flint, Michigan. Y el poco tiempo que he estado en la universidad transcurrió en la Universidad de Michigan.

-¿Y qué hiciste después? Tendrías dieciocho años ¿no?

-Sí. Viví en Nueva York, y después vine aquí. Llevo viviendo en San Francisco dos años.

-Si no recuerdo mal, el doctor Hansen fue a la Universidad de Columbia. ¿Lo conociste allí?

-Sí. Ya casi hemos llegado, doctor Mallory. Espero que le guste el béisbol.

-Puedes estar segura de que me gustan los perritos calientes y los cacahuetes.

-Conozco al vendedor. Vas a engordar dos kilos.

-Me los quitaré mañana en la piscina, contigo.

Ella lo miró inquisitivamente y después se concentró en aparcar. Pero en vez de hacerlo en el aparcamiento público, entró en la zona reservada. Todos los sitios estaban ocupados excepto uno. Lo aparcó allí con suavidad.

Como si estuviera respondiendo a la pregunta que él no había formulado, le dijo:

-Ya que eres un hombre tan importante, vas a tener solo lo mejor.

Fueron rápidamente al mostrador de los tickets.

-Hola, George.

-Hola, Dave. Aquí están las entradas. -¿Qué ha pasado con el otro amigo, George?

-El doctor Hansen es solo un médico corriente. Este es mucho más importante. Dirige todo el espectáculo.

El hombre le sonrió.

-Solo lo mejor, ¿eh, George?

Elliot no se sorprendió cuando ella lo condujo a dos de los mejores sitios de todo el estadio.

-Hay mucha gente -dijo satisfecha, mirando a las gradas-. Espero que hoy aplastemos a los Yankees.

Tampoco lo sorprendió cuando el vendedor de los perritos se acercó a ellos y la saludó como si la conociera de toda la vida. Escuchó a medias la conversación, excepto cuando el chico dijo:

-Tod está en buena forma, ¿verdad, George?

-Formidable -respondió ella, tomando dos perritos-. Y además, está deseando salir esta noche.

Elliot estaba sacando la cartera para pagarle, pero el chico sacudió la mano:

-No, señor, George está invitada.

-Usted, doctor Mallory, es el poder supremo en el hospital. Yo soy el poder supremo en el estadio.

-Ya lo veo -contestó él secamente-. ¿El equipo es tuyo?

Ella pensó la respuesta con seriedad. -Todavía no, pero quizá en dos años.

-George... -empezó a decir él, con el tono de estar perdiendo la paciencia. -Sss, el himno nacional.

Cuando el lanzador se acercó a su montículo, Elliot se apoyó en el respaldo de la silla y se preparó para aburrirse durante dos horas.

No era aficionado al béisbol. Pero solo se aburrió hasta que el lanzador los miró y los saludó.

-¡Machácalos, Tod!

-¿Hay un Ben y un Tod? -gruñó Elliot. -¿Cómo sabes que hay un Ben?

-Te oí mencionarlo en una conversación con el doctor Hansen.

-Ah. Sí, hay un Tod y un Ben. ¿Sabes que han medido la velocidad de los lanzamientos de Tod y la pelota va a ciento sesenta kilómetros por hora?

Antes de que él pudiera contestar, ella se había puesto de pie y estaba gritando de entusiasmo por un strike. Elliot le dio un mordisco rabioso al perrito.

-Bueno -dijo George por fin-. Te he estado tomando el pelo. Si fueras aficionado al béisbol, cosa que he deducido que no eres, sabrías que el lanzador es Tod Hathaway. Es mi hermano.

Elliot se quedó mirándola boquiabierto, se recostó en el asiento y se echó a reír. La primera cosa que pensó era que solo le quedaba Ben.

-¿Qué tal se te da la lucha libre? -le preguntó él sonriendo.

-Soy mucho mejor en judo. Si estás sopesando darme un puñetazo, piénsatelo dos veces.

-¿Dónde demonios aprendiste judo? -No me acuerdo, tengo...

-Sí, ya lo sé, tienes tres hermanos. Ya conozco a uno.

¿Los otros dos son boxeadores o jugadores de fútbol?

-Oh, no. Pero de todas formas los quiero. Derek, el mayor, es empresario, y Jason es un experto informático. Sin embargo, la estrella de la familia es Tod.

-¿Y tú, George?

-¿Yo? Yo todavía soy una débil luz en el horizonte.

-Tienes una casa preciosa -le dijo George, mientras llegaban por la carretera.

-Gracias. ¿Te gustaría verla por dentro? -Sí, pero mañana tengo un día difícil, y ahora quiero acostarme.

-¿Dónde vives?

-A dos kilómetros de aquí, en Broadway. No es una casa victoriana como la tuya, pero al menos es mía.

-¿Eres la propietaria de tu casa?

-Es un piso. Tiene tres habitaciones

-George ¿cuántos años tienes?

-Veintitrés. ¿Por qué?

-Cuando yo tenía veintitrés años, vivía en un agujero y comía siempre alubias. Y tenía un Chevy Impala.

-Sí, pero estabas muy ocupado educándote para el futuro, y sin embargo yo soy muy ignorante. Espero que te lo hayas pasado bien en el partido, aunque Tod haya perdido.

-Sí, muy bien -respondió él, aceptando el cambio de tema con filosofía-. ¿Vas a ir mañana a la piscina?

-Espero que me dé tiempo. Muchas gracias por acompañarme.

-Ha sido un placer, George -se despidió. Se quedó de pie en el porche hasta que Esmeralda hubo desaparecido.

A la mañana siguiente, ella no fue a nadar. Elliot estuvo en la piscina una hora, y cuando salió, con los dedos de los pies y de las manos como pasas, se dio cuenta de que todavía no tenía su número de teléfono.

Tres

-¡Mueve la cabeza, George! Eso es, nena, levanta la barbilla. Quiero ver ese cuello tan largo.

-Me siento como una jirafa -le respondió George a Clyde, pero hizo exactamente lo que él le había pedido.

-Quiero que los hombres huelan el perfume en tu cuello. Gira un poco la cabeza, como si estuvieras invitando a un hombre muy especial a que se acercase.

George pensó en Elliot y lo invitó a acercarse.

-¡Preciosa! -clic, clic, clic. El sonido de la cámara era lo único que se oía en el plató. Ben Berstein se reclinó en el asiento y cruzó las manos por encima del estómago. George tenía mucha clase, casi más que ninguna otra, y la semana siguiente se la presentarían a la gente de la casa Branden-Tyrol, con su propio nombre, Georgina, para ser la nueva imagen de todos sus perfumes y cosméticos.

Ni siquiera les importaba que George fuera alérgica al perfume.

Mientras miraba los brillos del vestido violeta que llevaba, pensó que era más lista que el hambre.

Al contrario que las demás modelos, George había establecido sus propias reglas, y había negociado un provechoso y lucrativo contrato de tres años con la marca.

-¿Hemos terminado, Clyde? ¿Son ya las doce?

-Demonios, George. ¿Estás en las nubes? Es casi la una y media.

George tuvo ganas de darle un puñetazo en el estómago. Le lanzó una mirada llena de reproche a Ben. Les había dicho a los dos que tenía que irse antes de mediodía, así que le arrojó la botella de perfume y salió corriendo del plató.

-Muchas gracias por nada -dijo mientras se iba.

Aunque condujera temerariamente, no le daría tiempo a llegar. Bueno, pensó mientras se ponía los pantalones y el jersey, Elliot la llamaría y ella le explicaría que había estado ocupada. « ¡No puede llamarte, idiota! ¡No tiene tu número de teléfono!». Así que tendría que llamarlo ella otra vez. Lisa, su secretaria, fue la que contestó.

-¿Puedo hablar con el doctor Mallory? -preguntó George, intentado que su voz sonara segura y profesional.

-Lo siento, pero el doctor Mallory está en una conferencia, y no se le puede molestar. ¿Quiere dejarle algún mensaje?

George se mordió el labio.

-¿Sabe cuándo terminará? -entonces su tono fue inseguro y poco profesional. Casi le temblaba la voz.

Lisa sonrió. Había reconocido a la mujer. Era la misma que había puesto al doctor Mallory de un mal humor inusitado unos días atrás.

-¿Es usted la señorita Hathaway? -Sí -respondió George.

-Ah. Creo que el doctor Mallory se irá a las seis, más o menos.

-¿Y se puede visitar el hospital a las seis? -Creo que sí -dijo Lisa sin ningún remordimiento, y le explicó a George lo que tenía que hacer para llegar hasta el despacho. Cuando colgó, se dijo que se quedaría hasta tarde.

«No puedo seguir persiguiéndolo de esta manera», pensó George mientras arrastraba lentamente los pies hacia los ascensores del hospital. «Va a pensar que soy una idiota y que me he encaprichado de él». Se sentía insegura, y cuando llegó al tercer piso se quedó mirando fijamente el letrero de la puerta. Jefe de Radiología. Se dio la vuelta, y estaba a punto de marcharse cuando oyó la voz de una mujer.

-¿Señorita Hathaway?

George se giró y se encontró a una mujer alta, muy guapa, de la edad de su madre, que estaba en la puerta de la oficina de Elliot. -Sí -respondió.

-Ha venido, al lugar correcto. El doctor Mallory está en su oficina, y saldrá en un par de minutos.

-¿No quiere entrar?

-Quizá no debería. Estará muy ocupado.

-En absoluto -dijo Lisa alegremente.

Le estaba resultando difícil no quedarse embobada mirándola. «Incluso las orejas las tiene bonitas», pensó. No le extrañaba nada que el doctor Mallory le hubiese echado la bronca a toda la plantilla del hospital.

-Venga. Hoy va un poco retrasado con el trabajo, porque se quedó más tiempo de lo normal en la piscina.

-Ah -dijo George.

En aquel momento, se abrió la puerta del despacho del doctor. Salió con un hombre de bata blanca que parecía nervioso. Elliot se interrumpió en mitad de un gruñido, para alivio y confusión del doctor Dysan.

-George -dijo-. ¿Qué demonios estás haciendo aquí?

George se puso de pie instantáneamente.

-Lo siento. No debería haber venido a molestarte. Me voy. Adiós.

-Un momento. ¡Siéntate!

George se sentó.

-Ralph, creo que hemos terminado por hoy. Lisa, no hay necesidad de que trabajes más. George, ven a mi despacho.

Igual que un general nazi, pensó ella. Lo siguió a su oficina, una estancia agradablemente decorada con vistas al Golden Gate Bridge. Había un escritorio de caoba antiguo y un sofá de cuero muy acogedor con dos butacas a juego a los lados. Oyó que se cerraba la puerta.

-¿Has estado haciendo «un poco de todo»? -preguntó él en tono sarcástico.

Ella se volvió y le preguntó sin entender nada:

-¿Un poco de todo?

A Elliot le hubiera gustado avivar su ira un poco más, pero cuando la miró y sus ojos recorrieron su cuerpo, el deseo lo invadió y se le olvidó que lo había dejado plantado.

Le habría gustado tirarla al sofá y quitarle los pantalones negros que llevaba. Pero en vez de eso, dijo:

-Siento mucho no haberte visto hoy en la piscina…

-Es que…. me lié en el trabajo. Quería venir a toda velocidad, pero ya sabes, los policías enloquecen cuando ven un Porsche.

-Es probable -dijo sonriendo-. Se deben de imaginar que son Harry el Sucio. ¿Tienes hambre? ¿Estás libre para cenar?

Ella sonrió también, encantada.

-Qué alivio que seas tú quien lo proponga. -¿Te gustaría ir a tomar una tortilla a Cliff House?

-Por mí, muy bien -se interrumpió un momento, preguntándose a sí misma si él no estaría siendo solamente amable con una chica demasiado persistente-. ¿Estás seguro de que no te estoy distrayendo de otras cosas?

-Sí -dijo, poniendo una mano sobre una pila de papeles-, y te lo agradezco mucho.

-Me gusta mucho tu despacho -le dijo George.

-¿Es lo suficientemente impresionante para un tipo tan importante como yo?

A ella se le hicieron dos hoyuelos al sonreír, y él miró el sofá con cariño.

-¿Estás preparada?

-Sí. Te sigo en mi coche.

Salieron del despacho y Elliot cerró con llave.

-¿Y qué ha sido lo que te ha tenido tan ocupada?

-Mi trabajo.

Él no pudo evitar fruncir el ceño. -Parece que trabajas a horas inusuales.

-Realmente no -dijo ella

Notó que había sarcasmo en su voz, pero no entendió exactamente por qué.

-Supongo que yo no podría... contratarte.

-No creo que pudieras permitírtelo -respondió ella, sin captar todavía el verdadero sentido de su broma.

Elliot se quedó petrificado. La tomó por los brazos y le preguntó:

-¿Cuánto cobras?

Por fin lo entendió, pero en contra de lo esperado, sus sospechas no la hicieron enfadar, sino reír.

Lo abanicó con las pestañas y le dijo con la voz muy suave:

-Bueno, antes cobraba por horas, pero ahora que mi... reputación ha crecido tanto, gano más dinero por contrato.

-¡Por contrato! ¿Me estás diciendo que alguien te tiene en exclusiva?

-Oh, no -le aseguró, viendo cómo su cara enrojecía de ira-. Digamos que es un grupo entero, no una sola persona.

Elliot se detuvo y dejó caer las manos a ambos lados del cuerpo. Estaba más disgustado con él mismo que con ella. ¿De qué otra forma hubiera podido tener una chica como George un Porsche, una casa y Dios sabía qué otras cosas?

-¿Hay algún problema? -le preguntó, con lo que pensó que era un tono seductor.

-Sí. Me acabo de acordar de que tengo una reunión. Te acompaño a tu coche.

¡Había pensado, de verdad, que ella era un prostituta! Vio que apretaba el botón del ascensor como si quisiera matarla.

Bajaron al vestíbulo en silencio.

-Un momento, doctor Mallory -dijo ella-. ¿Podría venir aquí un momento, por favor?

Él continuó con el ceño fruncido mientras observaba cómo tomaba una revista del mostrador de la entrada. La hojeó y no encontró lo que buscaba. Tomó otra.

-Supongo que te he tomado demasiado el pelo -y por fin, le mostró una hoja de la revista-. Mira.

Vio a George, vestida con un mono blanco y con el pelo recogido en un moño alto, sonriendo desde las páginas de un anuncio.

Detrás de ella se apreciaba un circuito de fórmula uno. Tenía en la mano un frasco de perfume.

-Dios mío -murmuró lentamente, sintiéndose como un perfecto idiota. - ¿Eres modelo?

-Sí, desde hace cinco años.

-¿Por qué demonios me has hecho creer que eras...?

-¿Una prostituta? -ella le proporcionó la palabra cuando él vaciló-. En realidad, una vez que me he dado cuenta de lo que pensabas, he decidido tomarte el pelo.

-No me parece divertido, George.

-No, no lo es en absoluto. Quizá, la próxima vez que conozcas a alguien joven que tenga un Porsche, no sacarás conclusiones tan rápidamente.

-Yo nunca habría pensado nada parecido si tú no hubieras hecho comentarios engañosos.

-¡Oh, demonios! Lo siento. No sé si podrás perdonar mi estupidez.

-Sí, esta vez.

Elliot le sonrió con arrepentimiento.

-Vámonos de aquí. Viene el doctor Stone, y ese hombre es muy aburrido.

Cuando llegaron al restaurante, ocuparon una mesa al lado de la ventana, con vistas al mar, y Elliot le dijo con severidad:

-No me gustan los jueguecitos. ¿Por qué no me dijiste simplemente que eras modelo? Ella le dio un sorbito a su agua con gas. Estaba pensativa.

-Tienes razón. No debería haberlo hecho. ¿Me perdonas?

Se dio cuenta de que estaba confundido. Le hubiera apetecido lanzarle una diatriba, pero ella había echado por tierra sus intenciones. Aun así, se mantuvo firme.

-Entonces, ¿por qué lo has hecho? Ha sido infantil.

-No quería que pensaras que soy solo una cara bonita. Muchos hombres creen que si una mujer es guapa, y sobre todo si es rubia, es tonta. Y cuando averiguan que es modelo, están completamente seguros. Yo no soy tonta.

Un camarero se acercó a tomarles nota, y George pidió su tortilla favorita, de beicon y aguacate.

-¡Oh, no! Me encantaba venir a este sitio. Elliot alzó la vista, perplejo, y vio a una mujer pelirroja que se aproximaba a su mesa.

-¿Es usted la señorita Hathaway?

-Sí -respondió Georgina, y tomó el papel y el bolígrafo que le ofrecía la mujer.

-Por favor, ¿podría firmarme un autógrafo? Me gustaría que se lo dedicara a Agnes.

Ella asintió y garabateó en el papel.

-¡Muchísimas gracias, señorita Hathaway! Espere a que se lo cuente a mi hermana. Me ha entusiasmado verla en persona.

-¿Te ocurre a menudo? -le preguntó Elliot, una vez que la mujer se hubo marchado.

-No -respondió ella, con la voz apagada.

Elliot puso la mano sobre la mesa y le acarició suavemente los dedos.

-Perdóname, George.

George estaba observando su mano alargada y, al sentir el roce, parpadeó. Alzó la vista y miró su boca. Cada una de las deliciosas sensaciones que experimentaba se reflejaban en sus ojos.

-George -empezó a decirle-, si no paras esto, te voy a echar sobre mi hombro y te voy a sacar de aquí.

De hecho... -continuó, con una voz ronca que la hizo estremecerse-. Oh, demonios.

Retiró la mano cuando el camarero puso las tortillas en la mesa. George miró fijamente al plato.

Tenía escalofríos, casi no podía respirar. Pensó que aquello le gustaba.

Incluso su voz era sexy. Parecía que iba a conseguir exactamente lo que quería, pero era demasiado pronto, tenía que conocerlo mejor antes de decidir.

Elliot se quedó sorprendido cuando ella empezó a hablar de las focas que había justo debajo de ellos, en las rocas. Se había retirado, y no entendía por qué. Nunca habían coqueteado con él de una forma tan descarada, pero tan sofisticada y seductora al mismo tiempo. Estaba

claro que ella podría elegir a los hombres que quisiera, y se preguntó cuál sería su modelo ideal. Probablemente, solo querría tener una aventura, y él no iba a desilusionarla.

-Sí, las focas son fascinantes, ¿verdad? -¡Mira la de las manchas! ¿Cuántos años tienes, Elliot?

Él pestañeó.

-Cumplo treinta y ocho en enero.

-Randy dice que eres muy joven para ser director de un departamento.

-Es verdad, pero también soy muy brillante -Elliot se apoyó en el respaldo de la silla y disfrutó del juego.

-¿Has estado casado?

-Podría contestarte que no es asunto tuyo.

-Lo siento.

-Pero no voy a hacerlo. Sí, he estado casado.

Ella era enfermera en la UVI, y nos casamos en mi cuarto año de carrera.

Pero el matrimonio no sobrevivió a mi especialización.

-¿Cómo se llamaba?

-Elaine. Ahora está casada con un urólogo, y tiene dos niños. Vive en Omaha.

-¿Fue ella quien se divorció de ti?

Elliot sonrió al percibir cierta incredulidad en su voz.

-Parece imposible, ¿verdad?

Ella lo miró con los ojos entrecerrados.

-¿Tienes costumbres desagradables, o algo así?

-¿Te refieres a que si me parece bien pegar a las mujeres?

-No algo tan extremo. Pero seguro que no eres perfecto.

-Ronco, pero no creo que eso molestara particularmente a Elaine. Yo era muy joven, George, y estaba empeñado en ser el mejor. Pero uno cambia, gracias a Dios.

-Ah.

-Todavía te quedan quince preguntas.

-No quiero ser cotilla -dijo con un candor que lo desarmó-, pero me gustaría conocerte.

Creo que no eres del todo aburrido.

-Gracias -respondió él con sequedad-. ¿Has terminado?

Ella lo estudió cuidadosamente. ¿Es que los hombres que le gustaban tenían que aprobar un examen minucioso antes de acostarse con ella?

Sin embargo, había algo en sus ojos que no encajaba. Bien, él ya no era un adolescente apasionado, y podía permitirse aguardar la oportunidad perfecta.

La acompañó al coche.

-¿Quieres que te siga hasta tu casa?

-¡No! Quiero decir…

-Tienes que levantarte temprano mañana.

-Precisamente -dijo ella con alivio, aunque no con sinceridad.

-George, antes de que desaparezcas otra vez, ¿te importaría darme tu teléfono y tu dirección?

Ella asintió, rebuscó en su bolso y sacó un papel y un bolígrafo.

-Aquí tienes -le dijo, sonriéndole.

-Gracias -por lo menos, a partir de aquel momento estaba por delante del doctor Randy Hansen.

Ella le ofreció la mano, pero él no la tomó. Se inclinó levemente sin rozarla, y la besó en los labios.

-Buenas noches, George -le dijo, y se marchó.

Ella lo miró durante un momento, con la despedida temblándole en la garganta.

Quería que volviera y la besara de nuevo.

Sin embargo, se subió a Esmeralda y condujo hacia casa, pensativa.

Cuatro

Elliot no la llamó durante una semana y media.

George estaba girando la llave en la cerradura cuando oyó el sonido del teléfono. -Vamos, tonta -le dijo irritada a la llave. Acababa de correr cuatro kilómetros y todavía tenía la respiración entrecortada cuando contestó la llamada.

-¿Dígame?

-Hola, George -oyó la voz que había estado esperando durante diez días-. Parece que has corrido la maratón.

-Sí, pero solo cuatro kilómetros, no entera -contestó George, dejándose caer en la silla de al lado del teléfono.

-¿Haces footing?

-Sí.

-No has ido a la piscina. No me vas a ganar para Navidades, a este paso.

-He ido a nadar, pero por las mañanas.

-¿Por qué?

George quiso mantener la calma, demostrarle que era sofisticada y sabía manejar a los hombres. Pero explotó.

-¿Cómo puedes ser tan obtuso? ¡No he hecho más que perseguirte! Si te creías que iba a continuar tirándome encima de ti... -se interrumpió al oír su risa profunda-. ¿Te parece gracioso? -le preguntó, agarrando fuerte el auricular.

-¿Te apetecería venir conmigo a un concierto de música clásica mañana?

-Tengo que consultar mi agenda -dijo ella, mientras pasaba las páginas de la guía de teléfonos-. Sí, estoy libre.

Elliot sonrió.

-Muy bien. ¿Te importaría pasar a recogerme? Mi coche está con mi amigo el mecánico. ¿A las siete te parece bien?

-De acuerdo. ¿Qué me pongo? -Algo largo. Y sé puntual, George.

-Siempre soy puntual -respondió ella, y oyó que él se reía.

Colgó el teléfono y se sentó. Después de un momento, llamó a Randy para cancelar su cita para cenar pizza.

Elliot se estaba arreglando la manga del esmoquin cuando sonó el timbre de la puerta, exactamente a las siete. Bajó las escaleras saltando de impaciencia.

Esperaba que ella estaría guapa; al fin y al cabo, ese era su principal valor en el mercado, tal y como le había dicho una vez, alegremente. Pero cuando abrió se quedó absorto, mirándola. Llevaba un vestido largo de color verde claro, brillante, que caía recto hasta el suelo. Tenía el pelo recogido en un moño alto y por toda joya se había puesto unos pendientes de diamantes.

-Pasa, George -dijo finalmente-. Estás... muy guapa.

A ella le gustó el cumplido.

-Gracias -los ojos le brillaron al contemplar su esmoquin y la camisa blanca impecable-. Tú también estás muy guapo.

-Gracias, señorita. Por favor, entre en mi humilde morada.

-No tan humilde -observó George, mientras avanzaba por el vestíbulo hacia la elegante escalinata.

-He trabajado mucho en esta casa. Ven al salón.

Estaba restaurado con acierto. Habían respetado las vidrieras de las ventanas y las paredes estaban revestidas de madera. Lo siguió a través de una pequeña habitación que conducía a un salón octogonal.

-Estoy empezando a sentirme barata, moderna y de plástico -dijo ella.

El techo tenía una altura de tres metros y estaba rematado con magníficas molduras.

-Es un lugar de interés turístico. En realidad, paso la mayor parte del tiempo arriba, donde puedo comportarme como un dejado, si quiero. Tengo una habitación muy cómoda, que todavía tiene las estanterías originales de la casa y el papel oriental de las paredes, con una chimenea en la que podría asar un cerdo. Ven a la cocina y te preparo algo de beber.

-¿Tienes agua con gas? Es que no bebo alcohol.

-¿Para guardar la línea o por cuestiones religiosas?

-En realidad, porque soy una fanática de la salud.

-Muy bien. Seguirás haciendo footing cuando tengas noventa años, probablemente. La cocina, al contrario que el resto de la casa, era moderna. Tenía un mostrador en el centro, y casi todo el mobiliario era de acero. -Es una concesión a mi asistenta -dijo Elliot. Abrió la nevera, sacó una botella de agua y buscó un abridor con la mirada-. Mildred lo cambia todo de sitio -dijo, mientras abría los cajones.

Cuando por fin encontró lo que buscaba, George comentó:

-Ahora me siento mejor. El abridor, por lo menos, parece de una ferretería normal. Y deliciosamente barato.

Él sonrió y se sirvió un vaso de vino.

-Por esta noche, George -brindó-. Me alegro de verte otra vez.

Ella frunció el ceño y lo miró a través de su vaso.

-Creo que eres una persona cruel.

-¿Yo? -arqueó la ceja cinco centímetros hacia arriba, y ella pudo ver en su mirada que se estaba riendo-. ¿Qué demonios quieres decir?

Pero George se había perdido en sus ojos, verdes como la hierba.

-Lo siento. ¿Qué decías? -su tono de voz fue extraño incluso para ella, y se estremeció. -¿Por qué piensas que soy cruel?

-Porque eres demasiado difícil para mí -contestó, simplemente.

-¿De verdad? ¿Para ti, que eres una modelo sofisticada? Lo dudo.

-¿No deberíamos irnos ya?

Elliot asintió.

-No me gustaría hacer esperar a Malher. ¿Crees que nos veremos sitiados por gente a la caza de tu autógrafo?

-No. Es demasiado temprano.

Él esperó a que dijera algo más, pero se quedó callada. No supo si lo fastidió más su reticencia o el misterio que la rodeaba.

George se quedó dormida a mitad de la sinfonía, con la cabeza suavemente apoyada en el hombro de Elliot. Él notaba su pecho contra el brazo, y los rizos le hacían cosquillas en el cuello. No quería quedarse dormido, y tampoco le apetecía escuchar a Malher. Delicadamente, le tomó la mano y se la colocó en regazo. Se estaba convirtiendo en un enigma para él, y no le gustaba aquella idea. Ella era demasiado difícil para él, y no al revés.

Cuando la gente empezó a aplaudir, George se despertó sobresaltada.

-¡Oh, querido! ¿Ya se ha terminado? El le apretó la mano.

-¿Has tenido dulces sueños?

-Espero no haber roncado -contestó ella.

-No lo suficientemente alto como para molestar a nuestros vecinos.

La ayudó a colocarse el chal y dejó la mano en su hombro durante un instante. Notó que se quedaba rígida, y luego se apoyó en él.

-George -dijo, y apartó la mano-. Cualquier lugar menos este -murmuró entre dientes. Decididamente, era demasiado difícil para él.

En el vestíbulo se encontraron con David Thornton y su mujer, Doris. Elliot los presentó.

-Estabas en el picnic -dijo Doris de repente-. Eres la que ganó el partido para nuestro equipo.

-Y destrozó mis gafas y mi ego -añadió Elliot.

-Puede que me duerma en un concierto, pero nunca en un partido de voleibol -respondió George, dedicándole una sonrisa resplandeciente.

-Tu cara me resulta familiar -continuó Doris, mirándola con atención-. No querría resultar entrometida, pero...

-Eres entrometida, cariño. Vamos a ir a casa de Ivy a cenar. ¿Os gustaría venir?

Elliot miró a George.

-¿Tienes que levantarte muy temprano mañana?

Ella asintió apenada.

-Tengo que estar en el avión de las seis de la mañana, hacia Los Ángeles. Lo siento, pero entre semana no puedo hacer muchos planes.

Doris sonrió de repente.

-Ya sé quién eres. Eres modelo ¿verdad?

-Sí -respondió con calma-. Y a veces, como hoy, lo lamento de veras.

Quedaron para cenar la semana siguiente.

-Es increíblemente glamurosa, ¿verdad? -le preguntó Doris a su marido mientras caminaban hacia el coche.

-Oh, no es para tanto -contestó él, sonriendo-. ¿Qué es una cara preciosa sobre un cuerpo espectacular?

-Tonto -dijo Doris.

George aparcó justo enfrente de casa de Elliot. Salieron del coche y ella le preguntó con ligereza:

-¿Quieres que te acompañe hasta la puerta?

-Sí -dijo él, siguiéndole la broma.

-Tus amigos parecen gente muy agradable.

-Sí -dijo Elliot otra vez-. ¿Vas a estar en casa mañana por la noche?

-No, no vuelvo hasta el viernes por la mañana.

Elliot se volvió a mirarla. No le apetecía nada bromear con ella en aquel momento; todo lo que quería era hacerle el amor hasta que no pudieran más.

-Quiero verte el viernes por la noche, ¿de acuerdo?

-Sí, me encantaría.

Él le acarició la mejilla con suavidad.

-Ven aquí, George -le dijo. Cerró las manos sobre sus hombros y la atrajo hacia sí. George se sintió nerviosa, tímida y eufórica al mismo tiempo. Él la tenía abrazada y pegada a su cuerpo, con su boca muy cerca, de modo que ella podía sentir su respiración.

-Por favor, bésame -le dijo, poniéndose de puntillas.

Elliot inclinó la cabeza y observó sus párpados cerrados y su boca. La abrazó un poco más fuerte y sintió que se estremecía, como si se hubiera asustado. Lentamente, acarició su boca con la lengua, explorando con suavidad. Cuando, finalmente, ella separó los labios, su único pensamiento fue que la deseaba más de lo que nunca había deseado a una mujer. De repente se rindió, le rodeó el cuello con los brazos y le devolvió un beso ardiente.

Él deslizó las manos hasta sus caderas, notando su suavidad a través del vestido, y la levantó ligeramente, apretándola un poco más. Ella emitió un suave quejido y él la liberó al instante. Quería tenerla una noche entera, no solo un par de horas. Era tan sencillo como eso.

George se apoyó contra su cuerpo, y él la calmó.

-El viernes por la noche -susurró contra su sien.

-Yo... me siento extraña -murmuró ella.

-Ya lo sé. Yo también -le respondió, acariciándole la nuca.

Él abrió la puerta del coche, pero George no hizo ademán de entrar. Lo miró anhelante.

-Por favor -le susurró.

Él la besó de nuevo, casi con rudeza.

-El viernes por la noche -dijo, y la empujó hacia el asiento.

Observó cómo salía hacia la calle principal, y se detenía un momento con la cabeza apoyada en el volante. Él también se estremeció, y le gustó que ella se sintiera de la misma forma.

George se quedó de pie en medio de su habitación.

-Maldita sea, maldita sea... -se lo repitió varias veces, como si pudiera cambiar las cosas. Tomó un vestido largo de color negro. El negro le iba bien a su humor aquella mañana. Estaba triste, ¡demonios! Se puso una cadena de oro al cuello y se miró al espejo.

-Naciste con mala suerte -se cepilló el pelo y se lo recogió en dos coletas. Había estado a punto de llamar a Elliot y decirle que todavía

estaba en Los Ángeles, pero necesitaba verlo a pesar de... ¡a pesar de todo!

Pensó que, por lo menos, no podría decir que la noche se había acabado antes de empezar.

Él llegó puntual, y estaba tan impresionante que George maldijo otra vez mentalmente.

-Es tu turno de ver mi casa -le dijo, intentando sonreír-. No es tan elegante y sofisticada como la tuya.

-Me gusta -dijo Elliot, pero la estaba mirando a ella. Su salón era alargado y estrecho, amueblado con piezas de ratán. Tenía algunos cuadros modernos y grabados en las paredes. Había un sofá muy acogedor enfrente de la chimenea, y una barra separaba la cocina del resto del ambiente. Ella lo guió apresuradamente a través de las tres habitaciones, una de las cuales era un estudio. Su habitación estaba pintada de blanco, y tenía una gran cama de matrimonio. Elliot intentó no mirarla demasiado.

-Me gustan los suelos de tarima -dijo él, preguntándose por qué ella tenía tanta prisa. La ayudó a ponerse el abrigo y le preguntó: -¿Tienes hambre?

Ella sonrió con languidez.

-Sí.

-Vamos a Sausalito, a Ondine. Esta noche está despejado, así que habrá una vista fantástica.

Asintió y lo siguió hacia el Jaguar en silencio. «Lujoso», pensó, acariciando el cuero gris del asiento. Elegante y sutil, y no brillante y exuberante como Esmeralda. Como ella.

Se dirigieron hacia el Golden Gate Bridge. George miraba por la ventanilla; Elliot le tomó la mano y notó que ella se quedaba rígida, pero la soltó.

-Cuéntame cosas de Los Ángeles -le preguntó con calma. Casi pudo oír un suspiro de alivio, y frunció el ceño ligeramente.

-Ha sido casi una locura, en realidad -dijo ella, volviéndose a mirarlo-. Ben, Clyde y yo...

-¿Ben es tu agente?

-Sí, y amigo mío desde hace mucho tiempo. Hemos estado juntos desde el principio. Clyde es mi fotógrafo. ¿Has oído hablar de la marca de cosméticos Branden-Tyrol?

-Claro. ¿Vas a trabajar para ellos?

-Más que eso -dijo ella, recuperando parte de su entusiasmo-. Tienen la oficina central de la costa oeste en Los Ángeles, y Ben y yo nos reunimos con el vicepresidente de relaciones públicas de Nueva York para hablar sobre la política publicitaria de la marca. Y yo tendré que hacer algo más que dejarme fotografiar, Elliot. ¿Has visto la campaña de Charlie en televisión?

Elliot asintió.

-Pues yo he firmado un contrato de tres años con ellos. Voy a ser Georgina, como mi propio nombre, y dentro de un mes, para bien o para mal, mi cara va a estar en anuncios de televisión, en las vallas publicitarias y en las revistas.

-Dios mío -le dijo Elliot asombrado-. ¡Vas a ser toda una celebridad, George! Enhorabuena. Te prometo que voy a pedir el mejor champán de la bodega de Odine.

-Gracias. Por desgracia, voy a tener que viajar mucho más de lo que me gustaría, pero por lo menos la mayoría de los rodajes se harán dentro del país.

Elliot le hizo más preguntas, con un tono cálido e interesado, y George se volvió más comunicativa. Había pasado mucho tiempo imaginando aquella noche. Demonios, debería haber cancelado la cita poniendo como excusa una enfermedad terminal.

Elliot giró con suavidad hacia la salida de Sausalito.

-Tengo que ir a Boston la semana que viene -dijo-. He de dar una conferencia.

Ella contuvo la respiración.

-¿Cuándo?

Elliot notó un deje de tristeza en su voz, y sonrió.

-Desde el domingo hasta el jueves.

-Eso es genial -le aseguró ella-. Yo tengo que ir a Dallas, para reunirme con los mandamases de la zona sur.

Elliot aparcó enfrente del restaurante.

-Buenas noches, doctor -le dijo el aparcacoches al abrir la puerta del Jaguar.

-¿Vienes muy a menudo? -le preguntó George, mientras él la ayudaba a salir del coche.

-De vez en cuando -contestó.

Tenían una mesa con vistas a San Francisco esperándolos. Elliot pidió una botella de Dom Perignon y después miró a George arqueando una ceja.

-¿Vas a tomar un sorbito para celebrarlo?

-Sí.

Elliot se apoyó en el respaldo y la observó con detenimiento. Estaba jugando con el pan y miraba fijamente el plato.

-Creía -dijo suavemente, sonriéndole- que hoy celebraríamos varias cosas.

Ella levantó la cabeza. En sus ojos había una mirada acongojada. Despacio, él abrió la mano y la puso, con la palma hacia arriba, sobre la mesa.

-Dame la mano, George.

Ella puso los dedos sobre los de él.

-Me encanta acariciarte -dijo él, rozándola con delicadeza. De nuevo, parecía que ella se había escondido de él. Elliot recordó con nitidez la sensación de tenerla pegada a su cuerpo, la suavidad de su preciosa boca y su interés cuando la besaba.

-¿No me vas a decir qué es lo que te preocupa, George?

«Piensa algo, idiota». Afortunadamente, el camarero les llevó el champán en aquel momento.

-Por tu éxito -dijo Elliot, y chocó su copa contra la de George. Ella tomó un par de sorbitos y dejó la copa en la mesa.

-Gracias -dijo en voz baja.

-¿Te gusta el faisán? Aquí lo preparan bastante bien.

Ella asintió. No le importaba en absoluto si aquella noche tenía que comer cartulina. Escuchó cómo él pedía la cena y se dio cuenta de que tenía que excusarse.

Se quedó en el servicio unos minutos, y finalmente se obligó a volver a la mesa.

Elliot se dio cuenta de que estaba muy pálida, y se preguntó qué demonios le estaría pasando por la cabeza. Ella no lo miraba directamente.

-George, te estás comportando de una forma extraña y quiero saber por qué. ¿Qué te pasa?

-Estoy muy cansada.

Él estudió su cara y dijo amablemente:

-No tienes por qué mentirme, lo sabes ¿verdad?

Estaba realmente cansada y enfadada.

-Yo no miento -lo miró a los ojos y parpadeó, deslumbrada. Lo único que tenía que hacer era mirarlo a los ojos para sentirse como la gelatina. Observó el brillo de satisfacción de su mirada y se llamó tonta a sí misma.

-¿Y qué otras cosas no haces?

-No me quedo en Los Ángeles cuando debería hacerlo -respondió ella sin pensar lo que decía.

Elliot sonrió. Estaba nerviosa por la perspectiva de acostarse con él, y eso le agradaba. Eso significaba que quizá no fuera la experta amante que él había imaginado. Se le borró lentamente la sonrisa. Era eso, o que estaba jugando con él.

-George -dijo en un tono divertido-. Solo porque te invite a cenar no significa que espere que me lo pagues en la cama.

Ella abrió mucho los ojos y se atragantó con el palito de pan.

-Y si tú me invitas a cenar, espero la misma cortesía.

-No lo entiendes explotó ella-. ¡No puedo!

-¿No puedes qué? ¿Invitarme a cenar? -Quiero que dejes de reírte de mí.

-Ah -respondió él, apartando la mirada-. Aquí está la cena, al menos, el primer plato. Cuéntame cómo conociste al doctor Hansen.

Ella le lanzó una sonrisa, y él se preguntó si Randy Hansen sería su amante. Seguramente no, después de todo.

-Me salvó de un atraco en Central Park. Eran dos. Yo soy bastante buena en judo, y Randy parece fuerte. Los dos tipos pensaron que no éramos buenos candidatos y se marcharon.

-¿El doctor Hansen estaba en la universidad?

-Sí, en cuarto.

-¿Y qué demonios estabas haciendo tú sola en Central Park?

-Footing.

-Ni siquiera en Golden Gate Park debes hacer footing tú sola, ¿entendido?

George se sintió al mismo tiempo sorprendida y agradada por su preocupación. Quizá, solo quizá, él la perdonaría por aquella noche. Pinchó una gamba con el tenedor y se la llevó a la boca.

-Lo prometo -dijo.

-Tú fuiste a la universidad de Yale, ¿verdad? -le preguntó ella-. Háblame acerca de ello. Algunas de las anécdotas de la universidad de Randy le hielan la sangre a uno.

Elliot se mostró feliz de complacerla, y la cena transcurrió agradablemente, entre recuerdos del peor año de la vida de Elliot.

Todavía durante el camino la hizo reír con la historia de un borrachín que se desnudó en mitad de una de las salidas de emergencia y bajó a bañarse en una de las fuentes del patio.

Cuando llegaron a su casa, George se encerró en sí misma. Elliot fingió no darse cuenta y paró el motor enfrente de su casa.

-George -le dijo calmadamente-. No me voy a tirar encima de ti. ¿Por eso estás preocupada?

-Sí... no... bueno, no realmente.

-Esa ha sido una frase clara y concisa. Ahora lo entiendo todo.

-Estoy preocupada por otras cosas.

-Muy bien. Me siento aliviado. Entonces no te importará quedarte un rato en el coche conmigo, para besuquearnos.

A él le resultó divertido que lo mirase con tanta cautela.

-De verdad, George, estoy muy viejo para hacer el amor en el asiento delantero de un coche.

Ella sabía que debería salir del coche y retirarse en aquel momento con dignidad, pero cometió el grave error de mirarlo directamente a la cara.

-Tienes ojos de querer subir a mi habitación.

-Entonces no te preocupes. Cerraré los ojos.

-No quiero que pienses que yo... en fin, que...

-¿Que te estás riendo de mí? No se me había pasado por la cabeza. ¿Preferirías que habláramos un rato?

-No.

Él le alcanzó un rizo con los dedos y lo acarició. Era muy suave.

-¿Te tiñes el pelo?

-¡Por supuesto que no!

-Bueno -dijo él vorazmente-. Hay un método de probarlo.

-¿Cómo? ¿Dejándote que me inspecciones las raíces todos los meses?

Él soltó un gruñido.

-Uno de estos días o noches, voy a llegar a entenderte, Georgina Hathaway -le tiró un poco del mechón y ella se inclinó hacia él.

-Oh -dijo, cuando sus bocas estaban a un centímetro.

A él le brillaron los ojos. Con dulzura, le besó las comisuras de los labios, las mejillas y la punta de la nariz. La palanca de cambios se interponía entre ellos, pero por un momento a Elliot se le olvidó. Empezó a acariciarle la nuca.

-Estás tensa.

-No -susurró ella-. Soy tonta.

-¿No has pensado en decir nada que yo espere que vayas a decir?

Tomó su rostro con ambas manos y le acarició los labios, haciendo el beso más profundo y lento, hasta que sintió la calidez de su lengua. Notó que ella respondía pero se mantuvo firme y no bajó las manos de su cara y su pelo, aunque no deseaba otra cosa en el mundo que llenárselas con su cuerpo. Cuando la liberó, ella tenía la respiración entrecortada.

-¿Ha estado haciendo footing, señorita?

Su tono era vagamente burlón, y George volvió a la realidad al oír la pregunta. Escondió la cara en su hombro y apretó los puños contra su pecho.

Elliot no lo entendió. Lentamente, le puso una mano sobre el corazón. Los latidos eran muy fuertes. Estaba en peor forma de lo que él había pensado. Para su sorpresa, se alejó de él.

-Quiero entrar en casa -le dijo, tragando saliva.

Él sonrió y le hizo una reverencia con la cabeza, aunque le costó un gran esfuerzo. -Como ya te he dicho, George, un día de estos voy a entenderte. Vamos, señorita.

Él abrió la puerta del coche y salió. Durante unos instantes, intentó que su pulso se hiciera más lento.

-Soy demasiado viejo para esto -murmuró. Cuando se dio la vuelta, ella ya estaba a medio camino de la puerta de su casa.

-Buenas noches, George. Ha sido una velada... interesante. Ah, y felicidades de nuevo.

-Gracias -le respondió ella, un poco tensa. La miró pensativamente.

-Me gustaría volverte a ver. ¿Te parece bien el viernes que viene?

Su cara se encendió como un árbol de Navidad.

-Oh, sí, ya habré vuelto de Dallas.

-Muy bien. Te llamaré. Iremos a cenar a casa de David y Doris.

Qué demonios, pensó mientras conducía hacia la carretera principal, era una compañía encantadora, a pesar del extraño juego que estaba jugando con él.

Cinco

Era la primera vez que George visitaba Dallas, y le pareció que hacía mucho calor y que sus habitantes eran muy amigables. Tuvo que asistir a cenas, cócteles, entrevistas con la prensa e incluso a una barbacoa texana.

Todo, bajo su identidad de Georgina, la nueva belleza de la marca Branden-Tyrol.

La mayoría de los hombres la trataban como la valiosa propiedad que era, hasta que se tomaban dos copas. Entonces creían que se había abierto la veda con George.

Algunas veces, le resultó difícil mantener su sonrisa resplandeciente.

Pensaba en Elliot, normalmente cuando estaba tumbada en la cama, por la noche, intentando dormir. Se preguntaba si las mujeres de Boston también habrían abierto la veda con él.

Le mandó una postal de un pozo de petróleo de Texas, y cuando su avión, por fin, aterrizó en casa, dejó escapar un profundo suspiro de alivio.

-Lo has hecho muy bien, niña -le había dicho Ben, y le había dado unos golpecitos en el brazo-. Descansa un poco. No tienes nada que hacer hasta el martes.

-La hospitalidad texana ha sido un poco agobiante -le dijo -. Me hubiera gustado que hubieras estado un poco más a mi lado para ayudarme.

-Lo has hecho muy bien tú solita. Se supone que eres el alma de la fiesta, George -y continuó, ignorando su gruñido de disgusto-.

¿Y qué me dices de Damien, el de Nueva York? Propietario de su propia discoteca, guapo y forrado. Tienes que pasarte todo el tiempo con él cuando estés allí.

-Oh, Damien. Es una buena tapadera. Te cuento un secreto si mantienes la boca cerrada.

-Déjame que pida algo de beber antes.

Ben se bebió medio vaso de whisky y arqueó una ceja al mirarla.

-¿Y bien?

-Ben, ¿alguna vez te has planteado un trasplante de ceja al cuero cabelludo?

-Vamos, George ¿cuál es el secreto?

-Olvídalo. He decidido no contártelo -en realidad, estaba bien que Ben pensara que era una persona totalmente libertina. Estaba cansada, o de otro modo no habría tenido la tentación de decirle a Ben que Damien era gay.

-Mujeres -gruñó Ben, y se tragó el resto del whisky-. Incluso tú, George, puedes ser insoportable.

-Gracias -contestó secamente. Se recostó en el asiento y cerró los ojos. Vio a Elliot, sonriendo tan seductoramente como solo él podía hacerlo, con sus increíbles ojos verdes acariciándole la cara, y se preguntó si pensaría en ella, aunque solo fuera un poco.

-Buenos días, Elliot -Lisa Dickerson saludó a su jefe-. Bienvenido. ¿Qué tal en Boston? ¿Fue bien la conferencia?

-Sí, todo ha salido perfectamente. ¿Alguna novedad mientras he estado fuera?

-No, todo normal. El doctor Baines quiere colgar a uno de sus residentes por los talones, el doctor Luthor continúa gruñendo porque quiere un ascenso y el comité para la ampliación del edificio está esperando tus comentarios sobre el ala nueva.

Elliot murmuró algo entre dientes y se metió en su despacho.

Después de dos minutos, Lisa lo siguió con una taza de café.

-No se te ha olvidado el banquete para recaudar fondos de esta noche ¿verdad?

Elliot la miró fijamente durante unos segundos.

-Demonios -dijo. Engulló todo el café y dejó la taza sobre la mesa con un golpe-

Sí, se me había olvidado. Incluso había hecho otros planes.

¿Hay alguna forma de escapar? Lisa negó con la cabeza.

-Lo siento, Elliot -dijo, y empezó a colocarle los papeles de encima del escritorio con un gran ruido-. Supongo que podrías llevar a la señorita Hathaway.

Elliot la miró fijamente.

-En realidad, se suponía que iba a cenar con Doris y David Thorntorn -pero no mencionó que George era la cuarta.

-Oh -dijo Lisa, en tono insulso-. Bueno, mejor así. Con su presencia, seguro que a todos los vejestorios de la beneficencia se les habría caído la baba en el cóctel.

-Seguro que me libraría de tener que soltar un discurso aburrido.

Lisa se encogió de hombros teatralmente. -Muy cierto. Su respeto por ti aumentaría enormemente. ¡El jefe de Radiología, con una mujer así!

-Oigo el teléfono, Lisa.

La mañana fue agotadora. Con firmeza, se quitó a George de la cabeza, canceló la cita con los Thornton, escribió la charla para la cena, se reunió con los doctores Buzby, Daniels y Corby, y a la una del mediodía no podía pensar en otra cosa que en hacer cincuenta largos y desmayarse en la sauna. Cuando volvió al despacho, Lisa se había ido a comer.

Escuchó los mensajes del contestador y revolvió entre el correo que había sobre el escritorio. Había una postal de Texas, y no pudo evitar sonreír cuando vio la letra de George.

Ya había intentado llamarla, pero no había obtenido contestación.

A las tres y media, cerró la puerta del despacho y marcó otra vez su número de teléfono. Dejó que sonara media docena de veces. Finalmente, oyó su voz.

-¿Dígame?

-George, soy Elliot. Te he llamado unas cuantas veces.

-Estaba en el campo de béisbol con Tod. Tiene una nueva novia y quería presentármela para que le diera mi opinión. ¿Te ha gustado Boston?

-Bastante. Acabo de recibir tu postal. ¿Qué tal te ha ido por Dallas?

-He trabajado mucho.

-Y has ido a muchas fiestas, he leído.

-Como siempre. Cuéntame cosas de Boston. No he vuelto desde hace dos años.

-Te lo contaré cuando te vea. Tengo que cancelar la cita de esta noche, George. Hay una cena benéfica que se me había olvidado, y tengo que dar un discurso. Lo siento, pero no puedo librarme de ninguna manera.

-Oh.

Elliot nunca había percibido tanta desilusión en una sola palabra. Sonrió.

-¿Me invitas a cenar, a tu casa mañana?

Hubo un silencio mortal al otro lado de la línea. «Ya está bien, George», pensó, «no más jueguecitos como la semana pasada. Por alguna razón que no conozco, me has perseguido durante bastante tiempo».

George estaba pensando en algo frenéticamente. No sabía cocinar.

-Bueno, George, olvídalo.

-A las siete y media -le dijo con firmeza-. Por favor, ponte ropa cómoda.

-Si estás segura... -Muy segura. ¿Elliot?

-¿Sí?

-No llegues tarde, ¿de acuerdo?

Él sonrió.

-No, no llegaré tarde.

-Puedo ir a buscarte, si te preocupa que el Jaguar te deje tirado.

-No seas impertinente, George.

Oyó su risa y volvió a sonreír.

-Nos vemos el sábado.

Colgó el teléfono y miró la bahía por la ventana. Se estaba extendiendo una niebla que muy pronto lo cubriría todo de blanco. Tomó la postal de George de la mesa.

La recordó tal y como había aparecido en el picnic de los residentes, con el pelo en una coleta, en vaqueros cortos y camiseta. Parecía que tenía dieciséis años. Bueno, no dieciséis, pensó, recordando aquellas piernas tan largas.

Suspiró profundamente y tomó el discurso que tenía que dar aquella noche de una pila de papeles que había sobre su escritorio.

George miró asombrada la ensalada. Las hojas colgaban por los bordes de la ensaladera. ¿Cómo era posible que la maldita lechuga se hubiera marchitado en tan poco tiempo?

Miró el reloj. ¿Dónde demonios estaba Marty con la salsa de almejas y el brécol?

Sonó el timbre de la entrada y fue correteando a abrir la puerta. Elliot estaba en el umbral, quince minutos antes de lo previsto, con una botella de vino bajo el brazo.

-Hola, George. Vivo tan lejos que no quería correr el riesgo de llegar tarde y estropear tu cena.

-Hola -dijo como pudo, fijándose en la calle a través de la ventana.

Lo que faltaba era que Marty apareciera enfrente de Elliot con la cena, como si fuera un servicio de catering.

Elliot no notó sus distracciones. Se estaba preguntando cómo era posible que estuviera más guapa cada vez que la veía. Llevaba unos pantalones de pana azules y una blusa de seda blanca, y estaba descalza.

El pelo le caía suelto por los hombros, y se lo había recogido con dos pasadores.

-No huelo lo que estás cocinando. He traído vino tinto. ¿Le va bien?

Sorprendentemente, George se ruborizó.

-El vino tinto es perfecto.

En realidad, he cocinado antes, por eso no huele a cosas ricas. Por favor, entra.

-¿Te ayudo?

-¡Oh, no! Ponte cómodo. Eres mi invitado -con decisión, le quitó la botella de vino y se quedó en el mismo sitio hasta que él se sentó en el sofá.

La miró fijamente mientras se iba a la cocina, agarrando la botella de vino como si fuera un palo de golf.

-George -le dijo-. ¿Estás bien? ¿No tienes fiebre? ¿Te has enfriado?

Apareció por la puerta de la cocina, sonriendo frenéticamente. Y justo en aquel momento, oyó el ruido del coche de Marty, que se paraba delante de la casa.

-Elliot, por favor, ven un momento. Quiero que veas… mis libros.

Él se levantó y la siguió hacia su estudio. Ella estaba danzando por allí, y Elliot decidió seguirle el juego y divertirse.

-Me encantaría ver tus libros -dijo. George prácticamente lo arrastró dentro de la habitación y cerró la puerta, dejándolo allí.

Se las arregló para abrir la puerta antes de que Marty, con las manos llenas, tuviera la oportunidad de llamar al timbre.

-¡Gracias a Dios que estás aquí! Mi amigo ha llegado con quince minutos de antelación… ¡precisamente hoy!

Marty Taylor, chef de un restaurante y un «torbellino en miniatura», tal y como George la llamaba cariñosamente, le dio una cacerola a George.

-Estaré aquí un segundo. ¡No te preocupes! -le susurró.

Un olor celestial a pan de ajo y salsa de almejas se extendió por el aire.

-George, que no se te olvide comprobar los espaguetis. Tienen que estar al dente -con estas palabras, soltó una risita, le dio a George un abrazo y se fue.

Cuando George volvió al estudio, encontró a Elliot sentado en una butaca, con una novela entre las manos.

-Fascinante. Me ha encantado que me permitieras ver tus libros, George.

Lo miró con cautela.

-¿Te importaría abrir el vino? La cena estará lista en cuanto se hagan los espaguetis.

-Huele muy bien -dijo Elliot, siguiéndola hasta la cocina.

-Lo estoy calentando todo. Elliot, ¿puedes probar los espaguetis para ver si están al dente?

-Será un placer -ella observó cómo tomaba un tenedor y enganchaba un espagueti con destreza. Lo probó y dijo:

-Casi -se volvió hacia ella-. Me alegro de estar contigo, George -le dijo, y la besó suavemente en la boca. Sin zapatos, le llegaba hasta la barbilla. Deslizó las manos hasta su nuca y se la acarició.

-Tensa otra vez, George -dijo mientras la masajeaba con delicadeza.

-Es la salsa de almejas. Siempre me pone tensa.

Él la besó de nuevo. Le pasó la lengua tentativamente por los labios, y sintió cómo se despertaba y se pegaba a él.

-Los espaguetis, demonios.

-Los… espaguetis -repitió ella separándose lentamente.

Elliot intentó que su cuerpo no acusara tanto el entusiasmo. Se apresuró a colar la pasta y después le preparó un vaso de gaseosa con un poco de vino.

-Todo tiene muy buena pinta y huele fenomenal -dijo, mientras colocaba la comida en la mesa. George probó el refresco y exclamó, como si se hubiera sorprendido:

-¡Mmm! Esto no está nada mal. Solo necesita un toque de limón para ser perfecto.

Durante la cena, él le contó cosas sobre Boston y después, George también le habló de su viaje a Dallas.

-¡Imagínate, asaron una vaca entera en la barbacoa! Como no quería verlo, me escondí en el baño.

Elliot tomó otro poco de la deliciosa salsa de almejas.

Al cabo de un momento, le comentó inocentemente a George:

-Me gusta el sabor del comino en la salsa. ¿Cuánto le has puesto?

¡Comino! ¿Qué demonios era eso?

-Oh, un par de… bueno, no demasiado. Ya sabes, no hay que pasarse con el comino.

-Es cierto. ¡Y el parmesano del pan de ajo! ¡Delicioso! ¿Lo has rallado tú misma?

-No. Soy demasiado perezosa como para hacerlo.

-Pues tienes pinta de ser toda una chef.

-Gracias.

-¡Ah! Y tienes que darme tu receta de salsa holandesa. Estaba muy cremosa. Debes de haberte pasado horas batiéndola.

-Oh, no tanto como horas -dijo ella sin darle importancia-. Guarda sitio para el postre.

He hecho mousse de fresas.

-Tendrá que ser más tarde, George. Me has cebado.

Elliot tomó el último trocito de pan de ajo y se levantó. Le dio un beso en la cabeza.

-Has trabajado mucho. Yo me encargo de limpiar. ¿Por qué no ves la televisión un rato… o lees un libro?

-Oh, no. Eres mi invitado. ¿Te apetece un brandy o un café?

-Si, gracias, un café.

Elliot metió los platos en el lavavajillas mientras ella se peleaba con la cafetera.

-¿Quieres que te ayude? -preguntó, rodeándole la cintura con los brazos.

Notó que se ponía rígida y extendió los dedos.

-Estás muy delgada -George se apoyó en él, con los ojos cerrados.

Entonces sus manos se detuvieron.

-El café está listo -dijo, y la soltó.

Vio que se le quedaba cara de sorpresa y sonrió para sus adentros. Los hombres también tenían derecho a burlarse un poco.

George enrojeció, y se hizo un lío con las tazas de café. Sentía mucho calor por el cuerpo. Se las arregló para sonreír.

-¿Te apetece ver un poco la televisión?

-Si tú quieres -respondió él.

George llevó las tazas al salón y las puso encima de la mesa de centro. Se sentó y empezó a buscar algo interesante por los canales.

-Me instalaron el cable la semana pasada. Vamos a ver qué tal funciona.

En realidad, no la preocupaba ver ninguna película.

De repente, los dedos se le quedaron helados sobre el mando. En el canal 31 había una película erótica, y ella se quedó paralizada.

-¡Por Dios, George!

Oyó cómo Elliot se reía tras ella.

En la pantalla, a todo color, había un hombre colocado entre las piernas de la mujer, con las manos y la boca sobre sus pechos.

-¿Cambio?

Elliot sonrió al oír su voz chillona y temblorosa. Evidentemente, no lo había preparado.

-No, todavía no. Ven aquí.

George se sentó con las piernas cruzadas en el suelo, entre las piernas de Elliot.

-He sintonizado todos los canales -dijo, con los ojos fijos en la pantalla.

-Ya lo veo. Ahora estamos en uno que me gusta mucho.

La cabeza del hombre había descendido y estaba entre las piernas de la mujer.

-Oh -dijo George con la voz entrecortada. Se inclinó hacia delante y apagó la televisión.

No podía mirar a Elliot, por lo menos en aquel momento en que su cara estaba de color púrpura.

No después de lo que él había dicho, ni después de imaginárselo desnudo, encima de ella.

-Ven aquí y deja que me ocupe de la tensión que tienes... en el cuello.

Ella alzó la cabeza. Elliot estaba completamente serio. George se volvió a colocar de espaldas, entre sus piernas, y cerró los ojos.

Notó que le masajeaba el cuero cabelludo con sus dedos largos, le quitaba los pasadores y se movía lentamente hacia el cuello.

-George.

Echó la cabeza hacia atrás y abrió los ojos para mirarlo desde abajo.

-No se pone comino en la salsa de almejas.

Ella parpadeó, incapaz durante unos instantes de entender qué le estaba diciendo.

Él le puso las manos sobre los hombros y ella se arqueó para que bajase por su espalda.

-Y el pan de ajo tenía parmesano fresco.

-Se me debe de haber olvidado -dijo, totalmente concentrada en sus manos.

Elliot empezó a desabotonarle la blusa. Ella oyó cómo tomaba aire cuando se la abrió.

No llevaba sujetador. Tenía los pechos blanquísimos y los pezones rosados. Lentamente, él dibujó el contorno en una caricia.

-Cuando te dormiste durante la sinfonía de Malher, te sentía contra mi cuerpo -siguió acariciándola-. Quería arrancarte el vestido y atacarte allí mismo.

Le tomó los pechos con las manos y ella se estremeció.

La soltó de repente, la levantó del suelo e hizo que se sentara en su regazo.

Ella lo miró fijamente, con la espalda totalmente arqueada hacia él.

-Si hubiera sido como esto -dijo con la voz quebrada-, no me habría importado.

Él sonrió, y su mirada viajó lentamente desde su rostro hasta sus pechos hinchados.

-Eres increíblemente... preciosa -deslizó el dedo hasta el pezón de George con delicadeza y bajó la cabeza para besarla. Tenía un sabor tan suave y dulce, pensó, e hizo el beso más profundo. Nunca había sentido tanta urgencia por hacerle el amor a nadie; al menos, no desde que era un adolescente. Pero con George...

Un escalofrío lo recorrió cuando ella abrió los labios y sus lenguas se tocaron tímidamente. Continuaba rozándole el pecho, dejando que

las yemas de sus dedos memorizaran cada centímetro de su piel. Sintió que le tiraba del pelo para acercarlo más a ella, y oyó un gemido ahogado mientras se arqueaba para sentir más intensamente sus caricias.

Con ternura, presionó sobre su espalda y dibujó con la lengua el contorno del pezón, lamiéndolo acariciándolo hasta que ella se retorció.

Elliot estaba desabrochándole el botón de los pantalones y bajándole la cremallera.

Deslizó los dedos bajo la goma de las braguitas y la mantuvo en su vientre durante un momento. Se detuvo y sacó la mano.

-George -le dijo, con la voz áspera-. No quiero hacerte el amor en un sofá -trazó el camino desde sus pechos hasta la garganta con los labios, y cuando llegó a su rostro la miró a los ojos.

-Sí, eres terriblemente grande -consiguió decir ella, apretándole fuertemente los hombros.

-Sí -dijo, y sonrió.

George sacudió la cabeza y se puso de pie. Carraspeó ligeramente.

-Voy a ponerme algo más cómodo.

-Eso está bien para una película de los años cuarenta -comentó él burlonamente-. Prefiero la aproximación del hombre de las cavernas.

Se puso de pie y la levantó en brazos.

-¿Qué vas a hacer? -preguntó ella.

-Te voy a quitar los pantalones y te voy a amar de pies a cabeza, cada centímetro de tu cuerpo.

-Oh. ¿No me puedo quitar yo misma la ropa? -¿no sería más sexy y más seductor aparecer con un negligé color melocotón y deslizarse suavemente dentro de las sábanas?

-¿Y qué te parece quitármela a mí? -la dejó en la cama-. George, trátame como a los animales del zoo de mascotas.

Ella soltó una risita nerviosa.

-Fuera todas, estas cosas, señora -escuchó que decía, mientras le deslizaba los pantalones por las caderas. Sintió el aire fresco en su, piel y tuvo un escalofrío.

-Eres una monada, George. Calcetines verdes hasta las rodillas y unas braguitas que deben de pesar medio kilo.

Ella se avergonzó de repente. Estaba haciéndole bromas cuando debería estar consumiéndola en las llamas de la pasión. Se suponía que hacer el amor era un asunto muy serio, sin referencias a los calcetines por las rodillas, por Dios. Arqueó una ceja.

-Siempre llevo calcetines en casa.

-No te los quites. Son muy sexys. Pero sí las braguitas -añadió con un gesto burlón.

Ella sintió cómo se las quitaba, y cerró los ojos.

Elliot se quedó mirándola. No la tocó. Se puso de pie lentamente, con los dedos sobre los botones de su camisa.

-Tienes idea -le preguntó tan bajo que le sonó grave hasta a él mismo- ¿de lo exquisita que eres?

-Son los calcetines -respondió nerviosamente, volviendo un poco la cara.

-No, George, no te escondas de mí -le pidió. Estaba estudiando cada rincón de su cuerpo, porque sabía que una vez que estuviera tumbado a su lado perdería la razón-. No te tiñes el pelo -le dijo, saboreando con los ojos los rizos rubios que la cubrían.

Ella abrió, los ojos y bajó las manos para taparse.

-Ya te dije que no -terminó la frase en un chillido. El se quitó la camisa y la tiró al suelo.

Fue hacia una silla para quitarse los zapatos.

-Elliot -dijo ella.

-¿Sí? -respondió él, sin levantar la vista.

-Tengo que decirte algo.

Él se sacó un calcetín y lo tiró hacia el zapato que estaba en el suelo.

-Eres una espía y vas a acostarte conmigo para conseguir secretos de Estado.

-No. Peor.

Se quitó el otro calcetín, se puso de pie y se desató el cinturón.

-Vas a reconocer que tú no hiciste la cena.

-¡Eso lo iba a reconocer luego! -se quedó sin respiración cuando él se quitó los vaqueros y la ropa interior y se quedó maravillosamente desnudo, sonriéndole-.

Recuerda, solo soy otra bestia peluda del zoo de las mascotas.

Él empezó a andar hacia ella, y George gritó:

-¡Es la primera vez!

Elliot se quedó quieto e inclinó la cabeza a modo de pregunta.

-¿Nunca has estado en el zoo? ¿La primera vez para qué?

-Soy… virgen. Es mi primera vez.

Elliot se quedó mirándola boquiabierto.

-George, ¿cuántos años tienes?

-Veintitrés.

-¿Y todavía eres virgen? George, solo una mujer que haya vivido en un convento o que tenga neurosis sexual sigue siendo virgen a los veintitrés años.

-He estado muy ocupada -dijo defensivamente-. Y no es que no sepa nada... Me he besado con hombres muchas veces, pero nunca he hecho... eso.

Elliot se dejó caer sobre la silla.

-Eres modelo. Eres una playgirl.

-Todo el mundo cree que las modelos son chicas fáciles -dijo George disgustada-. Yo no quiero ser así, pero estoy harta de ser virgen. Por eso...

Él reaccionó con viveza.

-Por eso, ¿qué?

-Bueno, en el picnic, cuando te vi, decidí que serías perfecto.

Elliot enterró la cabeza entre las manos y dijo:

-Un objeto sexual. Dios mío, eso es todo lo que soy para ti.

George saltó de la cama olvidándose de que estaba desnuda.

Se arrodilló a su lado y lo agarró del brazo.

-¡No, no es eso, te lo prometo! Si fueras un objeto sexual, ya te habría seducido, pero quería conocerte. ¡De verdad, Elliot!

Él levantó la cabeza y George vio que se estaba riendo.

-¡Tonto! Esto es serio.

Él le acarició suavemente el pelo.

-Eres tan graciosa... ¿Por qué yo, George?

-Eres el hombre más perfecto que nunca haya conocido -dijo simplemente-. Guapo y sexy. Pensé que, ya que eres mayor que yo, tendrías más experiencia, y harías que todo fuera... bueno, más agradable y más fácil.

-Bueno -dijo Elliot pensativamente, apoyándose en el respaldo de la silla-. Realmente no me esperaba esto cuando vine a cenar a tu casa.

-¿No... no me deseas?

Reaccionó rápidamente ante la tristeza de la pregunta.

-Incluso un ciego te desearía, George. Es solo que... ¿estás segura?

-Sí, Elliot, de verdad, no sé qué hacer -lo miraba apenada. No parecía que estuviera tan... emocionado como al principio, pero de todos modos...

-Eres demasiado grande. No me dolerá ¿verdad?

A él se le escapó una carcajada que le salió de lo más hondo.

-Tú eres médico. Deberías entender de estas cosas -le dijo irritada.

-No, cariño, no te dolerá. Al menos, no demasiado. Los tiempos de las doncellas han pasado, sobre todo desde que las chicas descubrieron el béisbol, el voleibol y los caballos.

Depende de lo estrecho que sea tu cuerpo.

-Oh -murmuró ella, ruborizándose-. Tengo veintitrés años. No puedo ser muy estrecha.

-Probablemente no -le dijo, sonriendo para sus adentros.

-¿Podemos… terminarlo de una vez?

-Me has convencido -se levantó y la ayudó a ponerse de pie. George cerró los ojos y se acercó a él. Era una impresión agradable sentir su masculinidad, completamente excitada, contra su estómago.

-Oh, Dios mío. Eres tan diferente a mí.

Elliot estaba a punto de levantarla en sus brazos, pero se quedó inmóvil.

-George, ¿qué método anticonceptivo vas a usar?

-Bueno, nada, en realidad. Yo… no pensé en ello.

Él gimió.

-Normalmente, yo no llevo anticonceptivos por ahí.

Sabía que iba a hacer el amor con ella aquella noche, pero no se le había ocurrido que una mujer tan sofisticada... Bien, había llegado la hora de replantearse aquel sinsentido. ¡Demonios!

-No podemos correr el riesgo, George -le dijo, con la voz muy triste-. Lo último que querrías sería quedarte embarazada, siendo modelo.

-Pero solo será una vez -lloriqueó ella.

«Seguramente, no», pensó Elliot irónicamente.

-Cariño, ¿cuándo tuviste por última vez el período? -notó que se quedaba muy avergonzada y le explicó rápidamente-: No puedes quedarte embarazada a menos que estés en el día indicado.

-La semana pasada -dijo con la voz ahogada, con la cara apoyada contra su pecho. Él frotó la barbilla contra su cabeza.

-¿Quieres que hagamos el amor?

George sonó encantada.

- !Oh, sí Elliot! Gracias.

Él se rió, la levantó en brazos y la llevó hasta la cama.

-Esta noche no habrá ningún problema -le dijo, tumbándose a su lado.

-¿Y mañana?

Debería haber dicho que no, pero George se pegó más a él.

-Quizá, pero tienes que ir al médico para que te indique qué método es el más adecuado para ti. 0 yo podría usar algo, también.

-No. Creo que esas cosas que usan los hombres son de mal gusto. ¿No me lo puedes decir tú? Eres médico.

-No, tienes que ir al ginecólogo. Nada de píldoras. Te concertaré una cita con Margaret Smith para el lunes.

-¡De acuerdo! -le respondió, y le besó la barbilla. .

«No puedo creérmelo», pensó Elliot. Quería conseguir que ella gozara, pero iba a ser difícil, dado su propio estado. Lentamente, hizo que apoyara toda la espalda en la cama.

-Quédate quieta, y no tengas miedo.

-¿Contigo? -le preguntó dulcemente, y alzó una mano para acariciarle la mejilla-. Nunca podría tener miedo con alguien que juega al voleibol tan bien como tú.

El sonrió distraídamente. «Haz las cosas despacio, muy despacio», se repitió a sí mismo.

La besó y se burló un poco de ella poniéndole la mano en las costillas, ni más arriba ni más abajo. Notó que empezaba a responder, al principio tímidamente, y luego de una forma natural y desinhibida. Le pasó la lengua por los labios y después le dio un beso intenso y profundo que la hizo estremecerse.

-Eres tan suave -susurró en su boca-. Es increíble en una deportista como tú -le cubrió un pecho con delicadeza y notó que los latidos de su corazón se aceleraban.

-¿Puedo acariciarte, Elliot?

-Por supuesto -dijo en voz alta, preguntándose si podría controlarse si lo acariciaba de veras. Ella le deslizó las manos por la espalda.

-No -dijo de repente-. No me acaricies, por lo menos todavía.

-¿No te gusta?

-Me gusta demasiado. Y ahora ssss...

Se apoyó en ella y le tomó en pezón con los labios. Su mano viajó sin prisa por su vientre y se quedó allí un momento.

Quería besarle todo el cuerpo, pero lo preocupaba que se quedara paralizada de vergüenza.

Muy despacio, sus dedos se enredaron en los rizos de entre sus piernas., Al notarlo, ella se quedó inmóvil.

-Soy yo, ¿te acuerdas? -por fin sus dedos la encontraron y empezó a acariciarla.

George lo miró con una pregunta en los ojos.

-Mueve las caderas hacia mí.

Iba a empezar a decir que no sabía cómo, pero sus caderas ya se estaban moviendo.

De repente, sintió un temblor que se extendió por su vientre hasta las puntas de los dedos de los pies. Gimió muy alto.

-No ha estado mal ¿eh? -le dijo, y la besó. Notó sus muslos relajados, y empezó a explorarla con un dedo. Estaba húmeda, preparada para él, y era muy estrecha. Empezó a acariciarla rítmicamente de nuevo, usando todo su conocimiento para proporcionarle placer.

Ella estaba quejándose suavemente, y presionaba su cuerpo esbelto contra el de Elliot.

De repente, George gritó y tembló muy fuertemente. Lo miró fijamente, extasiada, asombrada. Notó que su cuerpo se tensaba como un arco.

-¡Elliot!

Los dedos de Elliot no se detuvieron.

-Eso es -le dijo él suavemente.

George notó una oleada de placer, de una intensidad casi dolorosa, y de repente sus dedos la dejaron, totalmente inmersa en la sensación desconocida.

El cuerpo de Elliot latía con fuerza, y se obligó a sí mismo a respirar hondo.

Ella era tan delicada, tan exquisitamente femenina..

-George, quédate quieta.

Muy despacio, penetró en ella. Notó que sus músculos se adaptaban a él. Se quedó muy tensa e incómoda, y le agarró los brazos para que se detuviera.

-Relájate -le dijo, intentando sonreír. La deseaba tanto, que creía que iba a explotar-. Solo un poco más, George.

Ella gimió, pero no se movió

Elliot sabía que le estaba haciendo daño. «Mejor acabar cuanto antes», pensó.

Se retiró suavemente, y después se introdujo en ella completamente de un empujón.

George sollozó.

-Ya no te dolerá más, cariño. ¿Estás bien?

-Sí. Te noto latir dentro de mí.

-Dios. George... -ya no era capaz de controlarse. Se sintió como si se rompiera en pedazos, y después cayó sobre la almohada.

George lo rodeó con sus brazos y le acarició la espalda. Pesaba mucho, pero estaba demasiado feliz como para preocuparse por ello.

Elliot se incorporó sobre los codos y le besó la nariz.

-No ha estado mal, ¿verdad?

-Oh, no -respondió. Pero estaba frunciendo el ceño.

-¿Qué pasa, George?

-Estás dentro de mí. Formas parte de mí. Nunca me imaginé que fuera así.

Es como si fuéramos una sola persona.

Él tuvo ganas de echarse a reír y de contestarle algo burlón, pero se contuvo.

En vez de eso, la besó, exigentemente en aquella ocasión, obligándola a que abriera los labios para recibirlo. Notó sus brazos alrededor y separó su boca, respirando profundamente.

-La próxima vez no te haré daño -rodó por la cama con ella-. Esto ha sido mucho mejor que la cena.

-Esto ha sido el postre.

-¿No era mousse de fresas?

-No, era del pastelero de la esquina -suspiró contra su pecho-. Dudo mucho de que pudiera haberte convencido de que lo hice yo.

-La próxima vez, George, haremos la salsa de almejas juntos.

-Sin comino -repitió él, riéndose.

-¡Oh, Dios mío! -exclamó de repente George-. ¡Son casi las doce!

-Espero que te lo hayas pasado bien mientras el tiempo volaba.

-La mayor parte del tiempo sí -dijo remilgadamente, aunque con los ojos brillantes-. Elliot, nunca he dormido con un hombre. Me refiero a dormir. ¿Quieres quedarte esta noche?

-Solo si prometes que no roncarás tal y como hiciste en el concierto.

-Pues no empieces a canturrear a Mahler.

Elliot la besó de nuevo y apagó la lamparilla.

-Esto es muy agradable -dijo George, suspirando de satisfacción y acurrucándose a su lado.

-Muy agradable -convino él.

Seis

George se despertó lentamente. No quería salir de aquel sueño increíble. El suave gemido que le salió de la garganta fue lo que la hizo pestañear en la oscuridad.

-Elliot -murmuró, poniéndole los brazos sobre los hombros.

-Espero que yo te resulte igual de agradable que el sueño que estabas teniendo, George -respondió él, moviendo su cuerpo para pegarse a ella.

-Tú estabas en el sueño, pero esto es mejor -inclinó la cabeza y sintió cómo le acariciaba la sien con los labios, y después la nariz, y finalmente capturaba su boca en un beso.

Ella lo sintió duro y cálido contra su vientre, y volvió a gemir de placer.

Intentó moverse y abrirse debajo de él, pero Elliot se apoyó sobre los codos y la obligó a quedarse quieta.

-Todavía no -le dijo suavemente.

George veía su rostro iluminado por la luz de la luna, que entraba a través de la ventana.

-¿Por qué todavía no? ?preguntó, presionándolo con las caderas.

-Acabas de despertarte.

-Usted, doctor Mallory, no sabe lo que yo estaba soñando.

-Tengo una ligera idea, ya que era yo el que llevaba a cabo la acción.

-¿Quieres decir que... tus dedos estaban realmente... es decir, que estabas... ?se ruborizó y escondió la cara en su pecho. Elliot sonrió y le acarició el cuello.

- Eres tan encantadora, George...

Su tono ligeramente burlón hizo que ella lo mirara a la cara.

-Cómo puedes reírte de mí cuando lo que quiero es que...

No terminas ninguna frase, George.

-¡Lo que quiero es que me hagas el amor!

-También es eso lo que yo quiero. ¿Puedo?

-No creo que sepa otra palabra diferente a «sí» en lo que a ti respecta.

Él se deslizó hacia abajo besándola y acariciándola.

Su boca caliente viajaba por el estómago, y su lengua trazaba un camino de fuego por su piel.

Cuando, finalmente, la caricia se hizo del todo íntima, ella se quedó inmóvil de vergüenza y lo apartó con un gritito de asombro.

-¡No... no puedes hacer eso!

-¿Voy a tener que dejarte dormir otra vez? ?su voz ronca hizo que el cuerpo le temblara de deseo.

-Eso está mejor -dijo él, apretándole la espalda.

George tragó saliva y se mantuvo quieta. Cuando su boca se cerró sobre ella, sintió un calor líquido que hizo que las piernas se le quedasen rígidas. Elliot le pasó las manos por las caderas y la levantó, adaptándola a él. Ella pensó que se rompería en mil pedazos si se detenía.

El notó cómo su resistencia se desvanecía y toda la sensualidad que había en ella salía a la superficie.

Cuando notó que vibraba, rápidamente subió y penetró en su cuerpo. Sintió su pulso acelerado e intentó controlarse.

-¿Elliot? -le suplicó, por favor.

Él empujó para penetrar más profundamente en ella y la acarició rítmicamente a medida que la pasión aumentaba. De repente, ella dejó escapar un grito y hundió las uñas en sus hombros, y él notó cómo se cerraba alrededor de su cuerpo, entre estremecimientos. Sintió que explotaba y sus jadeos de placer se entremezclaron.

Se quedó encima de ella, acariciándola tiernamente para calmarla y calmarse él también.

-¡Oh, Dios mío! pudo decir George, cuando recuperó el aliento.

-Verdaderamente -respondió él, con la voz entrecortada.

-Creo que esto podría volverse adictivo.

Elliot la miró a la cara y sonrió.

-¿He creado un monstruo?

-Fuiste tú el que me despertó -protestó ella, jugueteando con el vello de su pecho.

-¿Peso demasiado, George?

-No. Por favor, no te vayas -le rodeó el cuello con los brazos y suspiró de placidez.

Elliot la besó suavemente, acariciándole los labios, De repente, se detuvo. Empezó a reírse sin poder evitarlo.

-¡Qué tonto he sido! Ahora lo entiendo todo.

-¡Para, Elliot! Te estás saliendo de mí -George vio su expresión perversa y frunció el ceño-. ¿Qué es lo que entiendes? -le preguntó.

-La semana pasada. Yo quería hacer el amor contigo y no podía explicarme por qué te estabas comportando de una forma tan extraña. Creía que estabas burlándote de mí, y tenía ganas de estrangularte -se rió de nuevo, sacudiendo la cabeza.

-No fue culpa mía - murmuró George de mal humor.

-No, y ahora resulta divertido. Pero créeme, la semana pasada no lo era. Me quedé muy triste, George. ¿Por qué no me dijiste simplemente que tenías el período?

-¿Siempre tienes que ser tan directo? ¿Tienes que decirlo absolutamente todo?

-No, seguramente no. Pero en el futuro, no pienses que no puedes explicarme las cosas ¿de acuerdo?

«El futuro». Sin darse cuenta, George le sonrió de oreja a oreja, completamente feliz.

-Muy bien - respondió alegremente.

Elliot la miró. ¿Qué demonios había querido decir con «el futuro»? Estaba cansado y había dicho algo que su sentido común no aprobaba.

Abrazó fuertemente a George y cerró los ojos. Ya se preocuparía mañana.

Los rayos del sol entraban por la ventana. Sin embargo, fue el aroma del café lo que hizo que la nariz de George se arrugara y se le abrieran los ojos.

Los recuerdos de la noche anterior cruzaron rápidamente por su cabeza. Sonrió y se estiró placenteramente.

-Pareces un gato satisfecho.

Elliot caminaba hacia la cama con dos tazas de café humeante, en calzoncillos.

-Tu aspecto es tan delicioso como el olor del café -dijo ella, incorporándose.

Los ojos de Elliot cayeron sobre sus pechos, y frunció el ceño ligeramente al notar que su cuerpo respondía de inmediato.

-Tápate con las sábanas, o el café se congelará antes de que puedas tomártelo.

Ella se ruborizó y se subió las sábanas hasta los hombros.

-Nunca me habían traído café a la cama antes -dijo, sin que se le ocurriera otra cosa mejor.

-Eso lo tengo por seguro- él se sentó a su lado y levantó la taza-. Un brindis, por una mujer que está bellísima incluso después de una noche de libertinaje.

George le dio un sorbo al café.

-Elliot, ¿estoy diferente? ¿Parezco diferente ahora?

-Sí - contestó él en tono burlón. Estás indescriptiblemente contenta contigo misma y petulante -la voz se le puso ronca.- George, la sábana se está resbalando.

Ella le lanzó una mirada descarada.

-Tú también tienes el pecho al aire- alargó la mano y lo acarició, pero él se echó hacia atrás.

-No, cariño. Tienes que descansar un poco. Probablemente estés irritada.

-¿Por qué me llamas cariño?,-le preguntó con la voz un poco temblorosa. El se puso serio, como si estuviese disgustado consigo mismo.

-También me llamaste cariño anoche.

-Bueno dijo finalmente, obligándose a sonreír-. No hay nombre familiar para George. Considéralo un apodo.

-Oh -respondió ella, algo desilusionada.

Él se levantó y se estiró.

-Bébete el café mientras yo me ducho. Después vamos a ir a navegar. Y no, George, no me voy a duchar contigo, al menos esta mañana.

-¡Cobarde! -le gritó ella.

-Sí, contestó riéndose, y desapareció por la puerta del baño.

Era cierto que estaba un poco irritada, reconoció George luego, cuando se estaba duchando. ¿Cómo lo había sabido él? Quizá, pensó, no fuera la única virgen que lo había seducido.

Elliot no se sorprendió mucho al comprobar que George navegaba muy bien.

Se sentía como en casa en el barco. Incluso se rió un poco de él por el nombre que le había puesto, Paradox.

-David le puso el nombre - le explicó Elliot mientras hacía una maniobra con la vela. El barco es de los dos.

Ella terminó de subir el foque y se sentó de cara al sol, dejando que sus rayos le acariciasen la cara.

-Yo también había pensado en comprar un barco, dijo muy seria, pero me preocupan los gastos que puede ocasionar. Además, no he encontrado una forma de que me desgrave.

Elliot casi soltó una carcajada.

Estaba tan preciosa, con el pelo color miel revoloteando en el viento, y tan joven...

-David y yo se lo alquilamos a un instructor de vela durante la semana, así que nos desgravamos casi un ochenta por ciento.

-Y por qué demonios no se me había ocurrido eso.

-Supongo que has tenido otras cosas en las que pensar últimamente -bromeó él.

-Cierto- contestó ella, quitándolo del timón, y ahora que he conseguido lo que quería, mi pobre cerebro puede dedicarse de nuevo a proyectos más importantes. ¡Prepárate!

Según transcurría la mañana, el cielo se nubló, y George empezó a sentir frío, a pesar de llevar dos Jerséis gruesos.

Vayamos a Sam's a comer, y dejemos la navegación para otro día dijo él y después la miró con una ceja arqueada. Para ser una mujer, no navegas mal.

George soltó una carcajada.

-Recuerdo, bocazas, haberte oído unas palabras similares el verano pasado al principio del partido de voleibol.

-Te las tuviste que tragar.

-Ven a nadar conmigo mañana, lista, y completaremos tu humillación.

-Un día de estos, doctor, voy a ser yo quien tenga la última palabra.

-No creo que viva tanto- sonrió él, revolviéndole el pelo.

-No -respondió Elliot con firmeza, quitándose sus brazos del cuello.- No voy a entrar. Créeme, no es que no quiera, George, pero no debemos correr más riesgos -la besó, y se echó hacia atrás con gran nobleza.

-Te llamaré por la mañana, cuando te haya concertado la cita con la doctora Mallory.

Ella se quedó como una niña a la que le habían quitado su juguete favorito.

Elliot la acarició suavemente en la mejilla.

-Nos vemos mañana, George dijo.

Elliot descolgó el teléfono.

-Doctor Mallory.

-¿Elliot? Soy Maggie Smith. Ya que tú eres el... médico de cabecera, creo que debería darte la información de nuestra paciente.

¡Debería habérselo imaginado, demonios!

-Estoy seguro de que te has hecho cargo de ello con gran profesionalidad, Maggie. Y ahora, si no te importa...

-¡Oh, no, Elliot! Lo profesional es que yo remita mi diagnóstico al médico de primeros auxilios.

«Está disfrutando como una enana con esto», pensó Elliot, sonriendo. Maggie tenía una expresión de alegría malvada. Casi no podía evitar echarse a reír.

-Bien, Elliot. Me alegra informarte de que la señorita Hathaway tiene una espléndida condición física. Es más, me atrevería a decir que nunca había visto nunca una mujer tan espléndida.

-Maggie..- gruñó Elliot.

-Lo siento, no quería desviarme del tema.

-Le hice a la señorita Hathaway las preguntas normales. Cuando le pregunté si tenía relaciones sexuales, me dedicó una sonrisa radiante y me aseguró que... un momento, déjame que te cite las palabras exactas. A ver.. aquí están: «Oh, sí, doctora Smith, ahora que sé de qué se trata todo el asunto, he decidido ser muy activa».

-Gracias por ser tan minuciosa -le dijo Elliot sarcásticamente. Y ahora, si has terminado, Maggie, tengo que...

-Todavía no, doctor. Solo para el... para tu información, la señorita Hathaway tiene un cuerpo muy pequeño. Pero está tan sana, que no tendrá ninguna dificultad a la hora de tener niños.

-¡Maggie!

-Me lo he pasado muy bien con esta paciente, Elliot. La señorita Hathaway es una mujer encantadora. Es una lástima... hizo una pausa y dejó escapar un suspiro.

-¿Qué es una lástima? preguntó Elliot, mordiendo el cebo.

-Bueno, como sabes, tenemos un estudiante de cuarto haciendo las prácticas. El paciente es quien elige si el estudiante puede o no puede estar presente y tomar parte en la exploración.

-¿Y bien?

-John Elderbridge, el estudiante, todavía se está recuperando, me temo. Vio a la señorita Hathaway y casi se traga la nuez cuando ella no lo dejó entrar en la sala.

-¿Has terminado, Maggie?

-John la atrapó fuera de mi despacho, y le pidió que saliera con él. Ella le sonrió de esa forma tan pícara, fue exactamente lo que él me contó cuando conseguí sonsacárselo, y ella le dijo que iba a estar muy ocupada durante los cincuenta años siguientes.

Elliot apretó la mandíbula.

Maggie no pudo resistirse más y soltó una risita.

-Te llamaré, Elliot, cuando tenga los resultados de la citología.

Ella había estado encaprichada con Elliot algún tiempo atrás, y ya lo había superado, así que estaba disfrutando la situación al máximo. Pobre Elliot. Tenía los días contados.

George hizo siete largos y se casi se desmayó al borde de la piscina. Notó las manos de Elliot en la cintura; él la empujó para ayudarla a salir del agua. Se sentó dando pataditas al agua, y después se quitó el gorro y las gafas.

-Esquiando. Estoy segura de que esquiando te ganaré.

-No lo des por seguro -respondió él, haciéndole cosquillas en las plantas de los pies?.-Y ahora, mientras tú te recuperas e intentas encontrar excusas para no sentirte tan mal, yo voy a terminar de hacer mis largos.

A George se le encogió el estómago al ver su espalda y los brazos musculosos dando brazadas grácilmente para avanzar por el agua.

Por lo menos, pensó sonriente, ahora sabía la causa y la cura.

Él solo nadó veinte largos más, y se sentó a su lado.

-¿Te estás haciendo viejo? le preguntó, sonriéndole.

-Probablemente. ¿Y cuál es tu excusa?

-Demasiado trabajo -dijo pensativamente, mientras chapoteaba con los pies en el agua?.

-Tengo que irme a Nueva York mañana.

-¿Cuándo vuelves?

-El sábado por la noche, tarde. El primer rodaje será en Central Park, en un carruaje de esos con caballos.

-Ya que es tu última noche en la ciudad, ¿quieres pasarla conmigo?

A George le brillaron los ojos.

-¡Pero mira que eres fácil!

Él soltó un gruñido. No tienes idea de lo cerca que estás de ser atacada, aquí, en presencia del salvavidas y de todo el personal del hospital.

A ella se le nublaron un poco los ojos mientras recorría su cuerpo con la mirada.

-¡Por Dios, George! No me hagas pasar vergüenza precisamente aquí.

De repente, Elliot se metió en el agua con cara de pocos amigos al ver que George se moría de risa.

-¿Qué te pareció la doctora Smith? le preguntó, intentado no darle importancia.

-Es encantadora, Elliot. Hablamos mucho, y le encanta reírse.

-Sí, lo sé por experiencia murmuró él entre dientes.

-No fue tan traumático como yo creía que iba a ser, Pero no te lo vas a creer. ¿Sabes que había un estudiante que quería entrar mientras me examinaban?

Elliot no pudo hacer otra cosa que sonreír.

-¡No me digas! ¿Y qué dijiste?

-Por supuesto, dije que no.

Él esperó a ver si le contaba que le había pedido que saliera con él, pero ella no lo hizo.

De hecho, estaba arrugando la nariz.

-¿Qué pasa?

George se puso muy roja.

-Bueno la doctora Smith me dijo que tardaría un poco con el diafragma. Yo le metí prisas para que estuviera listo hoy.

-Y supongo que ella se reiría mas aun y diría que sí.

-¿Cómo lo sabes?

-Por adivinación, George, y por cortesía entre colegas. Ven a mi casa sobre las seis, ¿de acuerdo? Podemos hacer algo a la barbacoa.

-¡Me encantaría! ¿Cuál es tu especialidad?

El le guiñó el ojo.

-Se llaman “preliminares” George

Elliot estaba tumbado mirando al techo, con el cuerpo tenso de deseo.

-George- la llamo al cabo de diez minutos - ¿acaso te han sentado mal mis hamburguesas?

-¡No demonios!

-¿qué pasa?

Oyó un gemido. Se puso de pie y fue hacia el baño. Abrió la puerta y vio a George, desnuda y espléndida, en mitad de la estancia con el diafragma en la mano. Ella lo miro y tomo una toalla.

-¿Cuál es el problema, cariño? le preguntó dulcemente, aunque sabía exactamente lo que ocurría. No era momento para usar un tono burlón, aunque la situación era casi hilarante.

-No puedo meterme la condenada cosa- murmuró con los dientes apretados de rabia.

Parecía que se iba a morir de vergüenza.

Él consiguió, no sin gran esfuerzo, no reírse.

-Yo te enseño, ¿de acuerdo?

-¿Te has vuelto loco?- George se lo quedó mirando horrorizada. -¿Cómo es posible que tú sepas algo de esto? No, no me digas que los médicos lo sabéis todo. Ya me lo imagino.

-Muy bien, no te diré nada por el estilo. Todo va bien, George. Es solo cuestión de acostumbrarse, eso es todo.

-Pero se supone que hacer el amor es algo espontáneo, no esto... -sacudió el diafragma con irritación?. ¡Me siento como una idiota! ¿Te importaría largarte, Elliot?

-Voy a traerte las instrucciones- le dijo.

Fue hacia el vestidor, tomó el papel y se lo pasó por la puerta entreabierta?.

-¿Estás segura de que no quieres que te enseñe cómo hacerlo?

-¡Métete en el maletero de tu coche y déjame en paz! respondió ella, y dio un portazo.

Por lo menos, pensó él, podía reírse, aunque fuera en silencio, porque ella no lo veía.

Cuando, finalmente, George volvió a la habitación, él sonrió irónicamente y dijo:

-¿Preparada para ser espontánea ahora, señora?

-Me siento mortificada -murmuró, con los ojos fijos en la barbilla de Elliot.

-No debes sentirte avergonzada con los médicos.

Entonces se le quebró la voz y no pudo contener la risa más tiempo. George, con la cara de color púrpura, tomó una toalla que había en una silla y la estampó con habilidad en su muslo.

-¡Idiota! -le gritó. Preparó la toalla para otro ataque, pero él la agarró por la cintura antes de que pudiera reaccionar, la levantó del suelo y se la puso en el hombro.

La dejó caer en la cama, la inmovilizó con su cuerpo y le agarró los brazos por encima de la cabeza.

Esperó hasta que dejó de moverse y de luchar.

-Muy bien. ¿Qué te mereces por darme con la toalla en la pierna?

-¡Espera, ya te atraparé!

La miró reflexionando, pero sus ojos se estaban riendo.

-No creo que sea muy inteligente por parte de una gambita perseguir a un gran tiburón. El castigo es seguro.

Le agarró fuerte las muñecas con una mano y se puso de horcajadas sobre ella. Empezó a hacerle cosquillas debajo del brazo.

-Y ahora, señorita...

-¡No, Elliot! -gritó, intentando liberarse.

Entonces empezó a hacerle cosquillas más seriamente. Ella se retorcía para quitárselo de encima, pero no había remedio.

-Dime que lo lamentas profundamente -dijo, levantando los dedos un instante.

-¿Que lo lamento? ¡Y un jamón! -respondió ella, intentando darle patadas en la espalda.

Sus dedos descendieron de nuevo, y George no podía respirar de la risa.

-¡Para! ¡Elliot, no aguanto más! ¡Lo siento!

-Lo lamentas profundamente.

-¡Muy bien, lo lamento profundamente!

Elliot le sonrió. Ella tenía la cara roja y los ojos llenos de lágrimas de risa, y el pelo totalmente revuelto.

Estaba maravillosa. Él se tumbó a su lado, sujetándole todavía las manos.

-¿Nunca atacarás mi cuerpo de nuevo? Bueno, déjame que reformule la pregunta. ¿Nunca me atacarás de nuevo con una toalla?

-Solo si me prometes que te quedarás fuera del baño y no volverás a reírte de mí.

-Más tortura- murmuró Elliot. Le quitó el pelo de la frente, bajó la cara y empezó a lamerle un pezón con suavidad. Exploró con la lengua la textura de su piel, y dibujó con las manos el contorno de los pechos.

-Eres tan perfecto... dijo ella, como si estuviera pensando. Sintió cómo sus manos le acariciaban el vientre

-Ojalá te hubiera conocido hace cinco años.

-Si lo hubieras hecho respondió él, yo habría ido a parar a la cárcel.

-Ah, no. Tenía dieciocho años, entonces.

No hablaron más. Él le hizo el amor lentamente, con delicadeza, y cuando ella gritó de placer, le pareció como si el universo fuera perfecto.

Después se perdió en la vorágine de su propio clímax.

-Dios mío- dijo él, con el corazón saltándole en el pecho. No había sentido nada igual durante años.

-Es debido a los preliminares antes, durante y después de la cena -George sonrió, apretándolo más contra su cuerpo.

Él la miró con arrepentimiento y le dijo:

-George, creo que si te viera en mitad de una tormenta de nieve, aun así querría tirarte al suelo y hacer el amor contigo.

La besó y George sintió el sabor de su propio cuerpo en sus labios. Se preguntó de repente cómo sabría él.

-¿En qué estás pensando?

Ella se ruborizó, sin saber que los ojos se le habían oscurecido al pensar en aquello.

-Vamos, me prometiste que no me ocultarías nada.

-Me estaba preguntando cómo… sabes.

Elliot se la quedó mirando un instante, y notó que su cuerpo respondía inmediatamente al estímulo que habían supuesto aquellas palabras, como si ella lo hubiera acariciado.

-Siento haberte pedido que me lo contaras, le dijo con la voz quebrada.

-Pues yo estoy contenta, George elevó el cuerpo, haciendo que él entrara completamente en ella.

Hicieron el amor de nuevo, incluso más despacio, esperándose el uno al otro, hasta que finalmente ella enterró su cabeza en su garganta y gimió de gozo.

-¡Qué agradable! dijo él, y le besó la sien.

Pero ella ya estaba dormida.

Cuando Elliot se despertó, a la mañana siguiente, George ya se había marchado. Encontró una nota al lado de la cafetera.

Te echaré de menos. Cuídate de la toalla fantasma. George.

Siete

La noche del sábado el aire era húmedo y fresco, aunque la niebla todavía no se había extendido por el aeropuerto de San Francisco.

Elliot aparcó suavemente el Jaguar en un sitio cercano a los ascensores. El aparcamiento estaba vacío, porque era cerca de la medianoche. Sonrió al imaginarse la cara de sorpresa de George cuando lo viera.

Lo había llamado una vez desde Nueva York, y habían hecho planes para ir a navegar el domingo. No había pensado en ir a recogerla, pero aquella noche se le había hecho larga, y la semana entera más todavía.

Atravesó el aeropuerto hasta los tablones de los horarios de los aviones, se aseguró de la hora del vuelo de George y fue a la puerta de salida de pasajeros. Se echó dos pasos hacia atrás cuando vio a George. Se le llenaron los ojos con su imagen.

Ella llevaba el pelo recogido en la nuca con un pasador, y se había puesto un traje de lana azul tan caro, seguramente, como las botas de Gucci. Y no llevaba maquillaje.

Levantó la cabeza ligeramente y se cambió la bolsa de viaje de hombro. Tenía aspecto de estar agotada y casi lo pasó de largo.

-George- dijo él suavemente.

George se volvió al oír el sonido de su voz. Sus increíbles ojos color violeta se abrieron como platos al verlo y durante un instante se quedó inmóvil, mirándolo fijamente.

Como por obra de magia, los signos de cansancio de su cara desaparecieron, y él sintió un escalofrío al percibir toda la alegría que había en su mirada.

A pesar suyo, notó que se volvía posesivo hacia ella.

-¡Elliot! -dejó caer el bolso al suelo y se le colgó del cuello. Se rió y lo abrazó, le besó la mejilla, la nariz, la barbilla.- ¿Qué estás haciendo aquí? ¡Oh, qué maravilla! ¡Qué sorpresa más maravillosa!

Elliot la abrazó más fuerte y la levantó en el aire. Durante un momento largo, la abrazó contra él, aspirando el dulce aroma de su pelo, sintiendo la suave entrega de su cuerpo.

-Ha sido una semana endemoniadamente larga- George dijo, y bajó la cabeza para besarla. Oyó que alguien chasqueaba la lengua burlonamente y se volvió para ver quién era.

Dios Santo, tenía casi treinta y ocho años y se estaba comportando como un adolescente excitado en el aeropuerto. Cometió el error de mirarla a los ojos.

Nadie, pensó, debería tener unos ojos tan expresivos. Lo estaba consumiendo con la mirada, con un deseo tan palpable que lo asombraba. Le dio unas palmaditas en la espalda y se inclinó para tomar su bolsa de viaje.

-¿Tienes más equipaje?

-Sí, pero solo una bolsa pequeña- dijo, casi sin respiración. -Los chicos de Branden Tyrol me proporcionaron toda la ropa que necesité para el rodaje y para las apariciones en, público. Todo lo que he tenido que llevarme han sido vaqueros y zapatillas de deporte.

Él la tomó de la mano.

-Tienes aspecto de cansada, George.

-Quizá, pero solo un poco- respondió ella, sonriéndole.

-Mañana dormiremos hasta tarde- dijo él.

-¿He de suponer que tu temperamental Jaguar funcionará esta noche?- preguntó George, con los ojos brillantes, mientras daba un paso largo para ponerse a su altura.

-No se haga la lista, señorita, sobre todo cuando le estoy ahorrando veinte pavos en taxi.

Ella arqueó su ceja perfecta.

-Tendré que pensar en algo para pagarte por todas las molestias.

Más tarde, en casa, Elliot la atrajo hacia si, y le acarició la espalda para calmarla.

Sintió cómo su respiración se volvía tranquila y los latidos de su corazón contra el pecho.

Se dio cuenta de que disfrutaba de una calma que no había tenido nunca. Estaba en paz con el mundo y consigo mismo. Lo asustaba todo aquello. A punto de dormirse, George dijo vagamente:

-No puedo imaginarme vivir sin esto. ¿Siempre vas a hacer que me sienta como si quisiera reír y llorar al mismo tiempo?

«Siempre».

-Sí -dijo él, y la apretó más contra sí.

«Sin calcetines por la rodilla esta noche», pensó. Toda su ropa estaba esparcida al lado de la cama y por la habitación. Notó que ella le acariciaba el pecho medio dormida, jugueteando con los dedos.

-¡Mis plantas! dijo George de repente, despertándose. Espero que Marty se haya acordado de regarlas.

Elliot se rió.

-Alguien que cocine como Marty no se olvidaría de regar. Seguro que hasta te habrá plantado comino.

-Tonto -dijo ella, y rápidamente volvió a quedarse dormida.

No iban a navegar aquel día, pensó Elliot cuando se despertó, más o menos a las ocho, y contempló la lluvia que resbalaba por el cristal de la ventana.

Se sentó en la cama cuando vio que George salía del baño con una de sus enormes toallas anudada al pecho.

Se detuvo a unos pasos de rió.

-Aunque tu barba tiene pinta de raspar mucho, me quedo contigo.

Elliot se pasó la mano por la mandíbula.

-Siempre tengo barba a las ocho de la mañana, dijo, y no tocó la manta que se había caído por debajo de su cintura?. ¿Qué haces tan temprano, George?

-Voy a hacerte un maravilloso desayuno, lleno de colesterol, porque no solo eres una persona muy importante sino también muy sexy.

El gruñó, recordando con claridad su único intento de hacer una tortilla.

-George – le pregunto - ¿cómo sobrevivías antes de conocerme?

-Bueno- dijo ella angelicalmente. No te olvides de los cacahuetes del estadio.

Elliot apartó las sábanas, se puso de pie y se estiró. Notaba que George lo estaba observando, y le agradó que admirara su cuerpo.

-¿Te gustaría ducharte conmigo, Elliot? Nunca lo has hecho, ¿sabes?

-Pero si ya te has duchado.

-No he usado jabón.

-He creado un monstruo- dijo pensativamente, Y fue hacia ella. Tomó una esquina de la toalla y tiró. George gritó y corrió hacía el baño.

-¿Te puedo frotar? le preguntó, cuando estaban juntos bajo la ducha.

-Sí, cariño, pero ¿eres consciente de que corres un gran riesgo?

-¿Es una promesa? -dijo ella, besándole la barbilla.

Le estaba acariciando distraídamente el pecho con las manos enjabonadas.

-Sí - respondió él.

George fue minuciosa. Empezó por su pelo y después recorrió Su cuerpo, centímetro a centímetro.

-Demonios- gruñó él finalmente ¡Nos vamos a quedar sin agua caliente, George!

Ella lo miró sin piedad y se arrodilló. Lo acarició tan suavemente como las alas de una mariposa. Él sintió que casi explotaba cuando, finalmente, ella se echó hacia atrás para aclararlo. Sin embargo, después de hacerlo no se levantó. Él contuvo la respiración y esperó.

La caricia tímida de sus labios fue como el fuego líquido, y le enredó los dedos en el pelo. Notó que le acariciaba los muslos y las nalgas. De repente, ella se sentó en el suelo de la ducha, tosiendo, y dijo:

-Voy a tener que practicar mucho…

-Ven aquí, y deja de burlarte -gruñó él, y la levantó- Rodéame con las piernas, George.

-Oh -exclamó ella, cuando Elliot la penetró suavemente. -Esto es mejor que en mis fantasías susurró contra su boca.

Pero él sabía que no podría darle placer en aquella postura.

-Vamos a salir de aquí antes de ahogarnos- dijo, y George se rió por el tono de lamento que había en su voz.

Era cerca del mediodía cuando por fin hicieron el desayuno.

-¿Te parece suficiente colesterol, cariño?

George miró las magníficas creaciones culinarias con un poco de pena.

-Yo solo puedo tomar un poco, Elliot. Tengo que adelgazar un kilo antes del miércoles.

-¿Qué? -le preguntó él casi gritando-. ¡Por Dios, George! Te veo las costillas desde aquí.

-Lo sé -respondió ella con calma.- Pero la televisión te hace parecer cinco kilos más gorda.

-¿Y de dónde vas a perder peso? ¿Del dedo gordo?

-Tengo los pechos demasiado grandes. ¿Sabes que me hicieron ponerme un sujetador especial para aplanarme un poco?

Elliot echó con rabia un poco de mantequilla en una tostada.

-Demonios. Eso es una ridiculez.

-Ya lo sé. Pero he elegido esta profesión y tengo que aceptar las reglas. A Ben le pareció gracioso; dijo que su mujer no estaría tan celosa una vez que me viera tan plana por delante como por detrás.

Elliot se movió irritado hacia la mesa.

-Bueno, siéntate y come algo.

-Lo más divertido es- continuó ella, sacudiendo la cabeza mientras se sentaba -que no puedo perder peso del pecho. Intenté explicárselo a los del anuncio.

Adelgazo de todas partes, menos del pecho.

Ella se rió y mordió la tostada, calculando

-Eres absolutamente perfecta tal y como eres.

-Y tú, mi señor importantísimo, tienes una imagen predeterminada.

-Soy un hombre, George, y no quiero que adelgaces -le tiró al plato una tostada con mantequilla y miel. Come, o será peor para ti.

A media tarde dejó de llover y fueron a hacer footing a una playa cercana a Seal Rock.

A Elliot lo sorprendió que George pudiera seguir su ritmo. Al final, se dejaron caer sobre una manta que había llevado Elliot.

-Elliot -dijo ella, mirando al horizonte de las aguas del Pacífico -. Háblame sobre tu contable. Yo no estoy contenta con el mío en este momento. Me dio unos consejos bastante estúpidos sobre un sistema de reducción fiscal, algo sobre perforaciones petrolíferas en Detroit, y acabé perdiendo la poca confianza que me quedaba en él. Voy a cambiar.

-George -dijo él, a punto de reír. -Soy un viejo que sabe más de correr que de impuestos.

-Vamos, Elliot. He visto varios folletos en tu despacho, y…

-¡Ajá! saltó él.- Estás preocupada porque pierda hasta la camisa.

George se ruborizó.

-Bueno, es algo que se me da muy bien, en realidad. Creía que no era algo normal cuando estaba en el colegio. Era malísima en Lengua e Historia, pero hace tres años, cuando empecé a ganar dinero, jugué a la Bolsa y obtuve excelentes resultados -se volvió a mirarlo y apoyó la barbilla en las manos. -Los folletos que tienes en el despacho, sobre esa sociedad limitada de apartamentos en Santa Bárbara son interesantes. Merece la pena mirarlos.

-¿Te gustaría que los estudiara?

Elliot la miró fijamente, recordándose a sí mismo a los veintitrés años. No habría reconocido un sistema de reducción fiscal ni aunque lo hubiera mordido. De hecho, no sabía si eso se habría inventado en aquel tiempo. Miró su preciosa cara, muy seria, y le preguntó:

-Te han comentado que los médicos somos notoriamente ingenuos con nuestro dinero?

-Bueno- respondió ella. Los médicos tienen otras cosas de las que preocuparse.

-Me apuesto lo que quieras a que eras el mejor en biología.

-¿Sabes que eres muy poco usual, George? Aparte de tu extraño nombre.

Ella se encogió de hombros.

-Cada persona tiene un talento especial para algo, y por supuesto, yo no voy a ser modelo toda mi vida. ¿Quién sabe lo que estaré haciendo cuando tenga treinta?

-Quizá seas la madama del Mustang Ranch.

-Pero - replicó George, con los ojos brillantes de picardía,- las madamas no pueden acostarse con nadie, ¿verdad? Y yo nunca quiero dejar de hacerlo.

Él soltó una carcajada y se la puso encima.

-Bésame, madama.

-Solo si me prometes que me dejarás estudiar los folletos.

Él tenía la mirada fija en su boca.

-George -le dijo, sonriendo, -puedes estudiar todo lo que te venga en gana.

-¿Eso te incluye a ti?

-Yo soy lo primero en la lista.

Por primera vez, fue ella quien lo besó a él.

-Eres tan guapo -dijo con la voz entrecortada. Le succionó suavemente el labio inferior y se lo acarició suavemente con la lengua.

Él notó que le apretaba ligeramente la ingle con el muslo, y se dio cuenta de que estaban en una playa pública.

-Demonios- masculló él, y con cuidado la apartó un poco de él.

George le lanzó una mirada provocativa y siguió besándolo, sin pensarlo. El soltó un gruñido y se puso de pie.

-Vamos, George, antes de que te tire a la arena y te ataque.

-¿Ir adónde? preguntó ella, levantándose también.

-A casa, a la cama, por supuesto.

Elliot intentó distraerse mientras caminaban por la playa hacia el coche.

-Cuéntame qué tal te fue la semana en Nueva York.

-Vas a ver mi cara en los anuncios del metro la próxima semana. Es un anuncio corto, pero no sabes cuántas horas nos costó hacerlo.

-Cuéntamelo. Creo que sé tanto de tu trabajo como tú sabes del mío.

-Normalmente me levanto a las seis menos diez y estoy en la sala de maquillaje a las seis y media. Verás, el maquillaje tiene que servir

para resaltar el traje que lleve en ese momento, y al maquillador y al encargado de vestuario les encanta discutir interminablemente sobre si la sombra de ojos debería ser morada o verde. Después, normalmente me siento por ahí, y espero a que el director y los técnicos se pongan de acuerdo. En este caso concreto, después de todo eso, el caballo de Central Park no quería cooperar. Y después, se puso a llover.

-¿Y por las noches? lo sorprendió escuchar un extraño tono en su voz.

Afortunadamente, ella no pareció darse cuenta.

-Voy a fiestas. Y sonrío y bebo agua hasta que creo que voy a salir flotando. Por lo menos tengo a Damien.

-¿Quién es Damien? preguntó Elliot cuidadosamente.

-Un buen amigo que tiene una discoteca muy famosa. Lo conozco desde hace muchos años.

-George, ¡tú no has vivido muchos años!

Bueno, desde hace cuatro años. Me ayudó cuando empecé.

-Pero nunca te acostaste con él.

Ella esbozó una sonrisita secreta y dijo simplemente:

-No, te estaba esperando a ti. ¡Ah! Se me había olvidado decirte que le hablé a Tod sobre ti. No te sorprendas si aparece en el umbral de tu puerta, sin avisar, y te hace miles de preguntas tontas sobre tus intenciones conmigo, y cosas así.

-George, ¿cuántos años tiene ese Damien.

- Se llama Damien Whyte, y tiene treinta, supongo. ¿Por qué?

Solo era curiosidad pero no era cierto; se había puesto celoso de repente y aquello lo asombró.

-Elliot- le preguntó George, con indolencia,- ¿qué piensas del matrimonio.

-Es una institución necesaria,- supongo respondió él sin darle importancia, aunque su mente parecía un remolino.

-¿Tu primer matrimonio fue infeliz?

-Hace mucho tiempo, George -le dijo, y para ser franco, no lo recuerdo bien. Tuvimos algunas peleas. Elaine tiene temperamento; no lo digo en el mal sentido, por lo menos ahora. Quizá en aquel tiempo sí lo viera como algo negativo. Yo estaba tan agotado la mayor parte del tiempo, y tan absorbido por el trabajo, que la última cosa que quería era discutir con mi mujer. Mirando atrás, supongo que simplemente me alejé de ella, sin preocuparme por lo que pensaba o hacía. La gota que colmó el vaso fue mi reacción cuando Elaine me dijo que estaba embarazada. Me acuerdo de que me la quedé mirando, pensando en la enorme responsabilidad de tener un hijo. Cuando me recuperé de la impresión, fue demasiado tarde. Elaine abortó.

-Lo siento- dijo George, terriblemente contenta de que Elaine estuviera lejos de él.

-Fui un idiota, y no puedo culparla por dejarme- se detuvo de repente. -Dios, nunca había vuelto a pensar en Elaine de esta forma en todos estos años.

-Entonces -le preguntó ella, moviendo la punta del pie para hacer marcas en la arena - no estás en contra del matrimonio.

-Me gusta mi vida tal y como es.

Ella metió el puño en el hueco de su mano y le sonrió.

-A mí también.

-¿Y qué quieres que le diga a tu hermano Tod?

-Dile que eres el hombre más sexy de la ciudad y que su hermana tiene un gusto exquisito y que te persiguió hasta que te derrumbaste vencido.

-¡La única vez que me he derrumbado ha sido encima de ti!

-Quizá -dijo ella muy seria-, pero será mejor que no le des tantos detalles a Tod. Es muy divertido. Él es un libertino, pero quiere que yo sea su preciosa e ingenua hermanita.

-Bueno, eres su preciosa hermanita

«Y tienes veintitrés años», quiso decirle. Los quince años que los separaban no se podían borrar. Él era su primer amante, así que al menos nunca lo olvidaría. Dijo casi con rudeza:

-Doris y David van a hacer una fiesta por Acción de Gracias. ¿Vas a estar en la ciudad?

-Sí. ¿Es una fiesta para médicos?

Él asintió.

-Es una tradición. Sí, irán algunos médicos con sus mujeres. Y también hay un par de doctoras con sus maridos.

-¿Y tú has sido pareja de alguna en otras ocasiones?

Él sonrió al notar lo aguda que había sonado su voz.

-Sí, pero inconstante. Nunca fui con la misma mujer dos veces, excepto con Eileen. Este año, probablemente todos los hombres me pisotearán en la estampida por llegar a tu lado.

-¿Quién es Eileen?

-Eileen Raeburn, una abogada de la ciudad. Una chica lista.

-Ya veo- bajó los párpados para que él no pudiera ver los celos en su mirada.

-Estoy deseando volver a ver a David y Doris de nuevo -comentó.

-¿Sabes lo que me gustaría hacer en primer lugar?.

-Algo que no sea controvertido,- espero.

-Oh, sí. Ya que voy a conocer a todos esos médicos, me gustaría verlos primero en su elemento. Solo he ido una vez a tu despacho, Elliot. ¿Podría ir mañana?

-Por qué no.

Elliot se dio cuenta de por qué no cuando caminaba con George por el pasillo principal del hospital, a la mañana siguiente.

Ya no llevaba vaqueros, sino un vestido de lana gris, tacones y un elegante maquillaje.

Parecía que acababa de salir de una página de una revista de moda, totalmente fuera de lugar en un hospital. Era demasiado bella como para ser real.

Se le ocurrió que ella se había esforzado para agradarle, para hacer que se sintiera orgulloso de ella. La llevó primero a su despacho.

-¿Te acuerdas de Lisa, ¿verdad?

-Oh, claro -dijo George vivamente.- Hola, me alegro de verla de nuevo.

-Señorita Hathaway.-dijo Lisa.- El doctor Mallory nos dijo que vendría hoy de visita. Todo el mundo está ansioso por conocerla.

-Estoy seguro -dijo Elliot secamente.

-Por qué no empezamos por el departamento de Medicina Nuclear, George.?

Él reconoció a todos los estudiantes y residentes que se cruzaron con ellos en el vestíbulo.

Por no mencionar a los técnicos y a las enfermeras que aparecían a la vuelta de todas las esquinas.

-¿El doctor Bainbrigde-dijo sin apartar la vista de él, intentando hacer caso omiso de toda la atención que se centraba en ellos- es el director del Departamento. Parece un Santa Claus inofensivo y alegre, pero es un perro viejo, y estoy seguro de que sabe más de reducciones fiscales que tú.

El doctor Bainbridge parecía encantador.

-Es un placer, señorita Hathaway -le dijo, estrujándole la mano. Después la presentó al resto del personal del departamento. Le enseñó a George los equipos, cuyos nombres y terminología le sonaron a chino. Sin embargo, ella estaba entusiasmada y llena de vida Elliot notó que todas las miradas iban de George a él y viceversa.

Gruñó para sus adentros. Se preguntó si a partir de aquel momento lo iban a conocer como el viejo verde del hospital.

Mientras le explicaban el funcionamiento de un escáner, Elliot se dio cuenta de que George tenía un talento especial para tratar con la gente.

Los hacía sentirse bien, como si lo que estuvieran diciendo fuera la cosa más importante del mundo.

En el departamento de Radiología encontraron al doctor Randy Hansen.

-¡George! -exclamó, levantándose rápidamente-. ¿Qué estás haciendo aquí? vio a Elliot y tragó saliva.

-Estoy haciendo un tour real, Randy. Elliot me ha estado explicando que la angiografía es una especie de cirugía. Se sigue un procedimiento especial para cortar a la gente, ¿no?

-Todavía no sé mucho- respondió Randy.- Aquí está el doctor Kerlaw. Él, el doctor Wallace y el doctor Prince son prácticamente los mejores de la Costa Oeste.

El doctor Kerlaw, el único de los héroes que había mencionado Randy presente en la oficina, era un hombre de unos treinta años con el pelo y los ojos oscuros y una cara poco expresiva. Le estrechó la mano a George y dijo en un tono insoportablemente monótono:

-En realidad, Randy ha mentido. Somos los mejores prácticamente en ambas costas.

Elliot soltó una carcajada.

-Como ves, no tenemos escasez de médicos con ego desmesurado. Pero ya que Bob está presente, tendré que darle la razón. ¿Qué tal tu mujer, Bob?

-Muy embarazada- observó el doctor Kerlaw. -¿Le gustaría ver uno de nuestros procedimientos- le preguntó a George.

-Si es parecido a la cirugía, entonces hay sangre, ¿verdad?

-Solo la justa para hacer el decorado interesante.

-¡No cuente conmigo! -dijo George, con una suave risa.

Mientras volvían al despacho de Elliot, George comentó:

-Me parece que el doctor Kerlaw tiene el sentido del humor más peculiar del mundo.

-Es verdad. Deberías verlos a los tres Juntos. Es como un circo, pero sin red.

Hasta poco después, Elliot no se dio cuenta de que todos los directores de los departamentos que habían visitado estaban en sus despachos.

Aquello era poco usual. Sonrió forzadamente. Lisa los debía de haber llamado por teléfono para avisarlos de que el doctor Mallory iba a llevar a alguien importante.

-Fascinante -dijo George, haciendo un resumen de su visita.

No sé qué pensar. Todos los médicos han sido tan amables y tan accesibles... No han sido en absoluto arrogantes. Gracias, Elliot.

La próxima vez, señor, tendrá usted que visitarme durante un rodaje.

«Bendita sea tu inocencia», pensó Elliot. No tenía ni la más mínima idea de que todos los médicos de Radiología habían querido conocerla.

Ocho

Elliot sacó unos calcetines del cajón y sonrió al ver las braguitas de George mezcladas con su ropa interior. La asistenta había doblado sus calcetines hasta la rodilla favoritos, rojos, blancos y con rayas azules, y los había puesto en su cajón.

La imaginó desnuda, llevando solamente aquellos calcetines, y se preguntó seriamente cuándo dejaría de excitarse como un adolescente con solo pensar en ella.

Sin embargo, en realidad no quería dejar de desearla nunca.

«No hay nada como ser un tontaina», se dijo a sí mismo.

Cuando la vio, aquella noche, su imagen real sobrepasó con creces lo que él había estado pensando. Le abrió la puerta y se la quedó mirando.

Llevaba una falda larga de lana suave y una blusa de encaje y seda.

Su pelo rubio estaba recogido en un moño alto y se había dejado algunos rizos colgando alrededor del rostro. Estaba preciosa.

-¿Calcetines por las rodillas o medias? -le preguntó.

-Siempre me pongo medias para las ocasiones formales- respondió ella, riéndose.

-Pero, doctor Mallory, está usted guapísimo esta noche- se le pusieron los ojos oscuros al reflejar sus pensamientos, y rápidamente Elliot la ayudó a colocarse una capa y se dirigieron al coche.

-Espero que tengas planeado llenarte hasta arriba. Doris hace muchísima comida para Acción de Gracias.

-Oh, por supuesto- respondió George alegremente-. He adelgazado un kilo y medio y puedo recuperar uno. Estoy lista.

La mano de Elliot, como si tuviera voluntad propia, palpó su pecho.

-Gracias a Dios, todavía sigues siendo la misma.

Ella soltó una risita y se acercó a él, dejando caer la mano en su muslo.

-Elliot- dijo muy seria,- cuando los hombres adelgazan, ¿pierden peso también en… bueno, quiero decir.. ahí? y lo rozó con los dedos.

-No- contestó él casi ahogándose, quitándole la mano rápidamente.

- Tengo hambre y no quiero que nos estropees la cena, así que elige otro tema y cambia tus pensamientos por otros más elevados.

Su idea de pensamientos más elevados era una conversación sobre desgravaciones de impuestos e inversiones en inmuebles.

Se vio a él mismo pidiéndole que le explicara varias palabras que ella usaba con gran facilidad. Ya no estaba sorprendido de que ella supiera tanto, solo un poco aturdido. Una modelo y hechicera de Wall Street. No sabía si sentirse intimidado.

David y Doris vivían en St. Francis Wood, un barrio selecto que a George le parecía diferente del resto de San Francisco. No había casas victorianas, y todos los chales estaban separados y tenían patios. Todas las luces de la casa estaban encendidas cuando llegaron.

-Por los coches, yo diría que ya está aquí todo el mundo. Vamos a ser la atracción.

-Me vas a hacer un refresco de vino para no desentonar mucho?

-Claro, cariño. Una cucharada de vino en un vaso de soda.

-Y un chorrito de limón.

Le estaba besando la punta de la nariz cuando Doris abrió la puerta.

-Bien- dijo, con una risita. -¡Ya era hora! George, qué guapa estás. Por favor, entrad.

La casa de los Davidson estaba decorada con antigüedades norteamericanas, y George exclamó:

-¡Oh, qué alfombras! Son Campbell, ¿verdad? ¿Y esa lámpara? ¿Es Adams? ¡Qué bonito, Doris!

-Sí, muchas gracias. Nos gustan mucho -dijo Doris agradablemente, fijándose en la cara de Elliot.- Dejadme que avise a David.

-¿Alfombras Campbell y lámparas Adams? ¿Hay algo más en lo que seas experta, George?

Ella inclinó levemente la cabeza hacia Elliot y susurró:

-En realidad, me he inventado los nombres y Doris me ha seguido. Y, doctor, hasta hace muy poco tiempo había una cosa muy grande que yo ignoraba por completo.

Elliot no se dejó intimidar.

-¿Te refieres a mí, específicamente, o al sexo en general?

George le estrujó el brazo y dijo con cara de sufrimiento:

-¡Ooh! Creía que esta vez te había engañado.

-Me habría cortado la coleta si eso hubiera sucedido.

-Muy bien. Para tu información, a mi madre le gusta mucho el estilo norteamericano de principios de siglo. No pude evitar aprender sobre ese tema.

-Aquí está la celebridad - dijo David, sonriendo a George-.Te hemos visto en un anuncio hace dos horas, en la tele. Yo te reconocí, y le prometí a Doris que le voy a regalar una botella del perfume.

-No te pases, David- dijo George, sonriendo.- Aunque el perfume no es nada malo...

-Felicidades, George -dijo Elliot

-Si todavía no está lista la cena, me iré a ver la televisión con los niños para ver si te descubro.

De repente George dejó de sonreír.

-Por favor, David, no le digas nada a nadie. Me daría un ataque de timidez.

-Muy bien, señorita -asintió David. Siento no haberte visto cuando fuiste al hospital de visita. ¿Por qué no la trajiste a mi departamento, Elliot?

-Solo estuve en Radiología. ¿Cómo sabes que fui de visita, David?

Elliot soltó un gruñido y David sonrió.

-George- le explicó-, todo el mundo sabe que estuviste allí. De hecho- siguió, lanzándole una mirada significativa a Elliot,- mis estudiantes masculinos todavía están hablando de ti.

-David -dijo Elliot, interrumpiéndolo, -¿vas a presentarle a George a la gente, o me reservas ese placer?

Cerca de un cuarto de hora después, Elliot estaba al lado de la chimenea con el doctor Paul Erikson, un ginecólogo.

Paul, un hombre de buen gusto y con un ingenio irónico, le dijo con voz indolente:

-Bueno, viejo amigo, parece que al fin me has entendido, al menos en un aspecto-dijo, mirando a George.

Ella estaba en un grupo de gente pequeño, riéndose y escuchando la conversación, totalmente integrada en la fiesta.

-Es una chica encantadora. Si no estuviera casado y tuviera quince años menos…

-Yo también he pensado eso -dijo Elliot, dándole un buen trago a su whisky.

-Vamos, Elliot, tú eres prácticamente un polluelo, bueno, un gallo.

-Oh, aquí está Eileen Raeburn, pero esta vez con Alex Amery. Parece que mira hacia aquí, Elliot.

-Ah, la mesa ya está lista dijo él. Con suerte, Paul, podrás tomarte el primer plato sin tener que ir a atender un parto.

-La edad conlleva ciertos privilegios, Elliot- respondió Paul-Solo en caso de que fueran trillizos podrían sacarme de aquí.

Elliot se excusó y fue a saludar a Eileen. No se habían visto desde el verano anterior, antes de que él hubiera conocido a George.

-Hola, Eileen. Estás muy guapa.

Eileen Raebum sonrió y puso su mano sobre la de Elliot durante un segundo.

-Te he echado de menos, Elliot.

-Hacía tiempo que no nos veíamos- respondió Elliot pausadamente.

Señaló al doctor Amery con la cabeza y preguntó:- ¿Dónde has conocido a Alex?

-Yo llevé su divorcio. Creo que ya se está recuperando. ¿Y qué has estado haciendo tú?

-Un poco de todo, ya sabes. Lo normal.

Eileen alzó una de las cejas.

-No es eso lo que yo he oído- dijo, mirando a George.

De repente, la voz de David se sobrepuso a las demás.

-La cena está servida. Todo el mundo a la línea de salida.

«Salvado por el pavo», pensó Elliot con una sonrisa.

La cena era un bufé dispuesto en mesas alargadas, y en el salón había suficientes sillas como para que los treinta y tantos invitados pudieran sentarse al mismo tiempo.

-Elliot- dijo George, probando una de las salsas,- ¿no es comino lo que lleva esta salsa?

-No creo -respondió él-. Normalmente se usa en la comida mexicana. Pero prueba un poco de ese parmesano fresco.

Eileen Raeburn. tenía un nudo de celos en el estómago y los observaba desde la mesa de al lado. Le comentó a Maggie Smith:

-Parece que Elliot está acunando a un bebé. La menopausia masculina lo ha afectado muy pronto.

-Prueba el consomé, Eileen -le dijo Maggie - Está delicioso. Alex continuó sin hacer ninguna pausa- me ha estado contando lo de su beca de investigación. Es muy interesante.

Después de cenar, Elliot se apoyó en el respaldo de la silla observando a George, sonriendo para sus adentros al recordar los momentos de duda que había tenido, sobre si llevarla o no a la fiesta.

Era la persona más joven, y él la había arrojado quisiera o no quisiera al grupo de doctores y sus esposas, la mayoría de ellos de treinta y cuarenta años.

Se preguntó a sí mismo si no había preparado aquella velada como una especie de prueba para ella. ¡Qué idiota era! En aquel momento, estaba escuchando a la señora Krantz hablando del punto de aguja, y de que sus dos hijos pequeños no se llevaban muy bien. Cuando el doctor Krantz le dijo que su cara le resultaba familiar, George le dijo:

-Quizá. Es que anuncio perfume y maquillaje. Es mi trabajo.

La señora Krantz olvidó de repente el punto y acribilló a George durante diez minutos seguidos.

-George- intervino finalmente Elliot-, ¿quieres que te traiga un poco de vino?

-Oh, iré yo misma y me prepararé un refresco -se excusó encantadoramente y se alejaron.- Pff, gracias por el rescate.

-Lo estás haciendo muy bien, cariño. Eres muy famosa, y es normal que todo el mundo se quede fascinado.

-Supongo- dijo con un suspiro.

-¿No te gusta tanta atención?

-Bueno, no realmente. Yo ya lo sé todo sobre mí. Me gusta hablar de otras cosas.

-Algunas veces- dijo él lentamente,- creo que no eres real.

Al cabo de un rato, mientras hablaba con otro colega, Elliot vio cómo Eileen se acercaba a George. Maldijo entre dientes y se excusó.

Tenía la intención de desviar a Eileen cuando Doris lo agarró por el brazo.

-No, Elliot -le dijo calmadamente.- Deja que George se las arregle sola. ¿Conoce a Eileen?

-Se la he mencionado, pero eso es todo.

Eileen había consumido cuatro vasos de vino, pero su mente seguía tan clara como siempre.

Así que le dijo con su mejor voz de abogada a George,- es usted modelo.

Ella se volvió mirando amistosamente a la mujer que le había hablado y asintió.

-Me llamo Eileen Raeburn. Creo que no nos conocemos.

A George no se le borró la sonrisa.

-Yo me llamo Georgina Hathaway. He oído que es una excelente abogada. ¿Ha trabajado mucho tiempo en San Francisco?

-Sí -respondió Eileen, con los ojos brillantes-. La abogacía requiere mucha experiencia. Y usted, ¿ha sido modelo durante mucho tiempo?

-Desde que tenía dieciocho años - respondió George amablemente.

-Tengo entendido que la vida profesional de una modelo es muy corta. La belleza se desvanece, y todas esas cosas.

-Sí, es cierto. Siempre he pensado que es un poco injusto. Las mujeres que son modelos tienen que ser perfectas y muy jóvenes, mientras que los hombres pueden seguir siendo modelos hasta los cuarenta. Las agencias valoran una apariencia de madurez en un hombre, pero eso es un defecto para una mujer. Si quisiera empezar ahora, nadie me contrataría. La mayoría de las mujeres empiezan a los dieciocho años, o incluso antes.

-Entonces es conveniente prepararse. Casarse ahora, por ejemplo, sería una opción razonable, una fuente de ingresos para un futuro incierto.

«Ha desenvainado la espada», pensó George, y dejó escapar un suspiro.

-Las modelos trabajan mucho, señora Raeburn. En realidad, trabajan increíblemente duro.

Eileen se encogió de hombros exageradamente.

-Quizá, pero lo más importante es tener una cara bonita, ¿no?

-Digamos que es necesario tener una cara interesante y ser fotogénica.

-Usted, por ejemplo, es muy fotogénica, en mi opinión.

-Yo, señorita Hathaway, no soy una rubia descerebrada.

-Eileen -dijo Elliot, interrumpiéndola suavemente, -ya veo que George y tú os habéis conocido. ¿Le has hablado sobre el interesante caso antimonopolio que estás llevando ahora?

Las cosas no estaban saliendo como Eileen las había previsto.

El vino se le estaba empezando a subir a la cabeza, y encima Elliot con aquella pregunta sobre el ridículo caso.

-Sí, Eileen- el doctor Amery, su acompañante aquella noche, se unió a la conversación y añadió en tono agradable- A mí tampoco me has contado qué piensas que va a ocurrir.

-Un desastre evitado, y muy suavemente, doctor- le susurró George a Elliot unos minutos después. Es muy agradable, pero creo que está celosa. No le caigo nada bien.

-No, probablemente no.

-Pues eso está muy mal- dijo ella, mirando hacia Eileen.- Es una buena abogada, ¿verdad?

-Una de las mejores- le aseguró Elliot gravemente. -¿Estás segura de que tienes cerebro? Con todo ese pelo rubio.

George le lanzó una mirada intensa.

-Te he mentido le susurró. Llevo calcetines hasta las rodillas.

-¿Debajo de ese vestido? dijo con escepticismo.

-Sí. Los negros con lunares naranjas.

-No puedo dominarme ante tal pensamiento. Vámonos de aquí.

Nueve

Elliot siempre había disfrutado mucho pasando las Navidades en Connecticut con sus padres, su hermana y su cuñado, y sus tres sobrinos. Pero al mirar por la ventana el jardín cubierto de nieve, sabía que aquel año era diferente. George estaba en Inglaterra, rodando un anuncio para Branden-Tyrol en Warkwickshire, en un castillo medieval. La echaba de menos, y admitirlo lo alarmó. Sonrió distraídamente a sus sobrinos, que nunca terminarían el muñeco de nieve que estaban haciendo si no dejaban de pelearse.

Miró la hora en su reloj nuevo. Era un regalo de George.

Tenía grabadas las palabras: Para el único hombre en San Francisco.

No estaba muy seguro de lo que había querido decir. Sonrió, recordando su reacción ante el regalo que él le había hecho: una docena de calcetines largos hechos a manos, cada uno más espantoso que el

anterior. Se le tensó la mandíbula al pensar en la última noche que habían pasado juntos, con sus piernas largas cubiertas hasta las rodillas con unos calcetines rosas con estrellas negras, entrelazadas con las suyas. Todavía se sentía dentro de ella, y no podía pensar nada razonable.

Aquella noche había accedido a pasar la primera semana de febrero con ella y con su familia en Aspen, esquiando.

-Es nuestra reunión familiar anual -le había dicho ella, besándole la oreja-Esquiamos mucho, y mis sobrinos y sobrinas hacen mucho ruido todo el rato. Son cinco, todos menores de siete años. Una casa de locos.

Sabía que no debería conocer a sus padres ni a su familia. Él tenía treinta y ocho años y ella veintitrés. Nada podía cambiar aquello. No podía olvidarse de que, a pesar de ser tan sofisticada, era muy joven y necesitaba un hombre de su misma edad, de su misma generación.

Además, estaba a punto de convertirse en toda una celebridad. Tenía una vida muy emocionante antes de conocerlo, y Elliot no tenía ninguna intención de cambiarla casándose con ella. Hablaría con ella en febrero. Sin embargo, le resultaba muy difícil. Ella pasaba fuera de casa muchos días al mes, y volverla a ver después de una semana de ausencia era como un vaso de agua para el sediento. Pero sabía que estaba siendo egoísta.

Igual que ella lo había visitado en el hospital, él había ido a ver uno de sus rodajes. Aunque la había creído cuando le había dicho que trabajaba mucho, la había imaginado besando una botella de perfume con ropa maravillosa. Pero aquella mañana, en el embarcadero de Monterrey, había presenciado cómo una docena de profesionales orquestaban un anuncio de treinta segundos. Rodarlo les llevó aproximadamente cuatro horas, durante las cuales George había estado sentada pacientemente mientras el maquillador, el peluquero y el encargado del vestuario probaban con su cara, su pelo y la ropa que debía llevan. Elliot notó que ella empezaba a acusar el cansancio, pero no se quejó. Durante cada toma, George sonreía y adoptaba la expresión que el director le pedía. El se dio cuenta de que era tan profesional como los demás.

Elliot no insistió para que volvieran a Carmel, al hotel Brittany Inn, donde habían pasado la noche anterior. Estaba exhausta y se quedó dormida en cuanto se subieron al coche.

No se despertó hasta que llegaron a San Francisco.

De repente, volvió a la realidad y abrió la ventana para chillarles a sus sobrinos:

- ¡Ya está bien, Jeff! ¡Se acabó! Las pasas son para los ojos del muñeco, no para los oídos de Mark.

Abajo, en el salón, olía a madera de pino de la chimenea. La señora Mallory estaba tomándose una taza de café y escuchando lo que le contaba su hija.

- ¡Está raro, mamá, tienes que haberlo notado! Anoche incluso perdió al ajedrez con papá, y tú sabes que eso es inusitado -hizo una

pausa y tomó aire-. Dios mío, tiene que ser una mujer. ¡Mi querido hermano está enamorado!

La señora Mallory miró a su habladora hija por encima de la taza de café. Lindy era un encanto, pero tan cotilla

-Cariño -le dijo con una voz muy tranquila-, Elliot se divorció hace siete años. Ya ha tenido tiempo suficiente para buscarse otra esposa, y no ha demostrado el menor interés.

-Entonces, ¿cómo explicas sus... -Lisa dudó un momento, buscando la palabra más precisa- lapsus? Habla como siempre, y se aguanta las travesuras de los niños como siempre, pero está en las nubes. Y tiene un reloj nuevo. Cuando se lo comenté, y le dije que me lo enseñara, se puso incómodo.

- ¿Y no te lo enseñó? Qué raro. Yo también se lo pedí.

- ¡Ahí está! Sss -le dijo Lindy a su madre en un susurro, mientras Elliot entraba en la habitación.

-Parece que mamá está pensativa -dijo él, mirando a su hermana con la ceja arqueada- así que supongo que le has estado contando cuentos otra vez, Lindy.

- ¡Sobre ti, hermanito!

- ¿Te apetece café, Elliot?

-No, mamá, ahora no. Creo que tengo que ir a salvar a Mark del sentido del humor de Jeff.

- ¿Quieres que te cuide el reloj, Elliot? -le preguntó Lindy-. No querrás que se te estropee en la nieve.

-Lindy -le respondió él-, algunas veces me gustaría que tuvieras cinco años para poder meterse otra vez en el cubo de la basura.

Por lo menos, pensó Elliot más tarde, mientras contemplaba admirativamente el muñeco de nieve de sus sobrinos, Lindy era fácil de distraer. La había dejado contando en el salón todas las veces en que de pequeños él la había zurrado.

No vio a George hasta la segunda semana de enero. Después de su trabajo en Inglaterra, ella fue a Michigan a visitar a sus padres.

-Estás más solo que la una, idiota -se dijo en voz alta, admitiéndolo por fin. Inmediatamente se sintió mejor.

Sin embargo, se dio cuenta de que tendría que hablar con ella cuando volviera a San Francisco. Le diría que empezara a salir con otros hombres, hombres de su edad. ¿Cuánto tiempo duraría lo suyo entonces? ¿Un mes? ¿Dos? En teoría, él lo aceptaba, pero se le encogía el estómago al pensar en que otro hombre pudiera besarla. Entonces ella volvió a casa, y aquella idea se le borró de la cabeza.

Elliot no supo qué era lo que lo había despertado. Estaba soñando y de repente se encontró sentado en la cama, completamente despierto. George no estaba a su lado. Miró la hora: las tres de la madrugada.

Apartó de un manotazo las mantas y salió de la habitación. George no estaba allí.

-¿George? -dijo. Pero no obtuvo respuesta.

De repente, bajó las escaleras corriendo y encendió la luz cuando llegó a la cocina. Había oído un gemido de dolor y acababa de darse cuenta de que eso era lo que lo había despertado.

Se quedó sin respiración cuando vio a George acurrucada al lado de la nevera, en el suelo.

-¿George?

Ella levantó la cabeza. Estaba pálida y tenía los ojos llenos de lágrimas. La expresión de la cara estaba crispada de dolor y no podía hablar.

-¿Qué te pasa, George? -se arrodilló a su lado e intentó abrazarla. El mismo notó su dolor-. ¡Por Dios! ¿Qué te pasa? -le levantó el camisón y le palpó el vientre. Ella se incorporó y se sentó, intentando apartarlo.

-¿Dónde te duele? -le tomó la cara entre las manos-. ¿Dónde?

George no podía hablar. Estaba intentando no gritar.

-No se me pasa -consiguió articular-. Antes siempre se me pasaba, pero esta vez es mucho peor.

Elliot intentó calmarse.

-¿Dónde, George? -le deslizó la mano suavemente sobre el vientre y palpó otra vez-. ¿Es aquí?

-No, es aquí. Siempre aquí.

La tumbó sobre el suelo de la cocina y le bajó un poco las braguitas.

-Dime dónde.

Con los dedos, tocó con ligereza donde ella le había indicado, y pensó que probablemente sería algo de ovarios.

- ¿Te ha ocurrido esto antes? ¿Cuándo?

-En los últimos dos meses -dijo, intentando acurrucarse de nuevo para mitigar el dolor- no era tan fuerte, y se me pasaba en unas horas.

-¿Siempre en la misma época del mes? ¿Cerca del período?

-Sí.

Él pensó con rapidez. Había terminado el período el día anterior. Rápidamente le subió las braguitas, le bajó el camisón y le dijo:

-No te muevas. Ahora mismo bajo y nos vamos al hospital.

Cinco minutos después, Elliot bajó de cuatro en cuatro las escaleras. Se había puesto unos vaqueros y un jersey. Nunca había estado tan preocupado en su vida. La envolvió en su bata y la tomó en brazos.

-No vamos a tardar nada, cariño -le dijo con ternura mientras la llevaba al coche.

No había apenas tráfico, y llegaron en doce minutos. Dejó el coche en el parking de Urgencias. Cuando Elliot la tomó en brazos de nuevo, George dejó escapar un quejido y se apretó contra él.

La enfermera de servicio los vio y dedujo la situación rápidamente. Lo miró esperando a que le dijera lo que quería que hiciese.

-Soy el doctor Mallory. Necesito una enfermera y una sala de consulta rápidamente.

-Sí, doctor -dijo ella.

La enfermera fue directamente a la consulta de ginecología donde estaban ellos.

Elliot le dio las instrucciones y le pidió una inyección de sulfato de morfina. Mientras lo disponían todo, acunó a George en sus brazos, incapaz de soltarla sobre la camilla.

-Un minuto más, y no te dolerá -sabía que no debía administrarle ningún medicamento hasta estar seguro de qué era lo que le pasaba, pero no podía aguantar verla sufrir tanto.

Le estaba tomando la presión sanguínea cuando la enfermera volvió con la inyección preparada.

-Un momento, cariño. Vas a notar una aguja en el brazo -rápidamente, Elliot le extendió el brazo en la camilla y pinchó la aguja en la vena. «Ni siquiera lo nota», pensó.

Le levantó el camisón y empezó a presionarle el vientre, pero ella volvió a gemir de dolor. Entonces le administró una dosis más fuerte de morfina, lo suficiente como para dormirla. Esperó un minuto, y le dijo:

-George, intenta respirar hondo. ¿Está desapareciendo el dolor? -la tenía abrazada, y notaba que se estaba relajando. Ella asintió contra su pecho-. Respira hondo. Eso es -quería preguntarle por qué no lo había despertado. Aquel era el tercer mes con aquel dolor.

-¿Ha dejado de dolerte?

-Sí. Sé que continúa ahí, pero es como si estuviera a distancia. Tengo mucho sueño. Entonces se le cerraron los ojos y murmuró:

-Lo siento, Elliot. Siento mucho molestarte . Lo siento.

-No seas tonta -le dijo él con la voz ronca, pero ella ya se había dormido. La besó suavemente en la boca y avisó a la enfermera. Mientras el médico residente preparaba la ecografía, llamó a David. Solo después de haber marcado y de haber dejado sonar el teléfono cuatro veces se acordó de que Maggie era su ginecóloga.

-¿Dígame? -escuchó la voz somnolienta de Doris.

-Hola, Doris, soy Elliot. Siento haberte despertado, pero tengo que hablar con David. Es una emergencia.

La voz de David sonó intranquila.

-¿Qué pasa, Elliot?

-Es George. Tiene un dolor en el lado derecho del vientre, pero no creo que sea apendicitis. Es el tercer mes seguido que le duele pero no

me lo había dicho. Creo que es un endometrioma. Sé que no debería haberlo hecho, pero estaba sufriendo mucho y le he puesto una inyección de morfina.

-Estoy allí en media hora -respondió David, y colgó.

Elliot estaba examinando la ecografía de George cuando David entró en la habitación. Le pasó las placas para que las viera, y David le dijo:

-Probablemente tienes razón, Elliot. Voy a examinarla y ya veremos. Relájate. No le va a pasar nada. Has hecho todo lo correcto.

Elliot no se había dado cuenta de que estuviera tan tenso, y sonrió forzadamente.

-Me ha dado un susto de muerte.

-No me extraña –respondió su amigo.

Mientras David la exploraba, Elliot le preguntó impaciente:

-¿Y bien? -estaba de pie al lado de la camilla, agarrándole la mano a George.

-¡Por Dios, Elliot, dame un minuto!

De repente, los dos hombres se quedaron petrificados. Ella estaba murmurando algo, agarrando a Elliot con fuerza.

-Sss, cariño -le dijo él suavemente, acariciándole la cara, Todo va bien. Duérmete otra vez.

George estaba tan dormida que tenía que concentrarse para mantener los ojos abiertos. Pero lo que tenía que decirle era muy importante, pensó. -

-Elliot -susurró-. Por favor, no ha sido así.

-Lo sé, cariño -le dijo para tranquilizarla.

-Por favor, no debes pensar que te elegí para ser el primero solo por cosas triviales.

David abrió los ojos como platos, pero Elliot no le hizo caso.

-Lo sé -le contestó como un loro.

-Me enamoré de ti cuando saqué y acerté en tu estómago. Me encantó tu forma de reírte -lo veía a través de un velo. Sintió sus labios en la frente e intentó levantar la cabeza para que la besara.

Él lo hizo con ternura.

-Muy bien, George -dijo, rozándole la boca como una pluma-. Ya lo he entendido. Ahora duérmete, cariño.

Ella sonrió y se hundió en el sueño.

George oyó voces, lejanas al principio, y acercándose cada vez más. Parpadeó y abrió los ojos lentamente. Por un momento, no tuvo ni idea de dónde estaba. Después su memoria empezó a funcionar, y contuvo la respiración esperando aquel dolor horrible. Pero no hubo ninguno. Vio a Elliot y a David Thornton a los pies de su cama, hablando en voz baja.

-Hola -dijo.

Elliot se volvió hacia ella rápidamente, y al instante dejó de fruncir el ceño.

-Hola, George -se movió hacia su lado y le tomó la mano-. ¿Cómo te encuentras?

-No me mentiste. Ya no me duele.

-No debería dolerte, desde luego -le dijo David-. La dosis que te administró Elliot hubiera dejado fuera de combate a un elefante -se dio cuenta de que George se sorprendía y añadió-: Voy a llamar a Maggie, George. Con los nervios, a Elliot se le olvidó que era tu ginecóloga.

-¿Qué me pasa?

David notó un temblor en su voz.

-Nada que no tenga arreglo -le aseguró-. Déjame que te explique -se metió la mano en el bolsillo de la bata y sacó un papel y un bolígrafo-. Soy mucho mejor dibujándolo. Tienes un quiste en el ovario, George -se sentó al lado de ella en la cama y le dibujó la anatomía femenina-. Por eso has tenido ese dolor durante tres meses en los mismos días del cielo. A medida que el quiste se ha hecho mayor, el dolor también. Todo lo que hay que hacer es quitártelo, y dejarte el ovario intacto.

-David conoce a un buen cirujano en Los Ángeles. Estábamos hablando acerca de cuándo podrá venir a operarte.

-¿No es maligno? -preguntó ella.

-No -respondió Elliot, estrujándole la mano-. Pero se puede romper, y eso sí sería peligroso. Hay que extirpártelo antes de tu próxima regla.

-No es una operación complicada, George-le comentó David-, pero sí delicada. Por eso quiero que te opere Norman Greenberg. Es el mejor.

-¿No podéis hacerlo Maggie o tú, David?

-Norman tiene un diez redondo en este tipo de intervenciones, George.

Elliot asintió con una sonrisa.

-Tu cuerpo es demasiado valioso como para confiárselo a alguien que tenga un nueve. David y yo hemos decidido dejar a Norman que duerma un par de horas más antes de llamarlo. Seguramente estará aquí mañana por la noche y podrá operarte el lunes.

George se quedó pensativa.

-Has dicho, David, que la operación debe llevarse a cabo antes del mes que viene.

-Sí.

-Entonces no tenemos tanta prisa, ¿no?

-George -le dijo Elliot con firmeza-.Anoche me diste un susto mortal. No creo que pueda dormir tranquilo hasta que lo hayamos solucionado.

-No puedo. Mañana tengo que ir a México D.E., Elliot. ¿No te acuerdas?

-¡Al demonio México!

George sonrió.

-Hay algo que se te ha olvidado. Vuelvo el viernes a mediodía. Después, doctor Mallory, vamos a pasar una semana a Aspen.

Elliot maldijo entre dientes.

-Son solo dos semanas, Elliot, y es importante -ella vio que no iba a cambiar de opinión, y se volvió rápidamente hacia David.

-¿Cuánto tiempo estaré fuera de juego?

-Podrás jugar al voleibol de nuevo en tres semanas. Pero tendrás que hacer reposo absoluto durante una semana.

-¿Y se puede arreglar para que ese Norman Greenberg venga dentro de dos semanas, David?

David miró de reojo a Elliot y asintió.

-Cuando oiga quién es su paciente, probablemente se teletransportará hasta aquí.

-¿Puedo volver a casa ahora, David?

David se rascó la barbilla.

-Preferiría que te quedaras hoy en el hospital, pero ya que estás con Elliot, supongo que no hay problema. Él tiene aspecto de estar medio muerto, y son ya las seis de la mañana del sábado.

Voy a llamar a Maggie y le voy a contar lo que ha pasado. No os preocupéis ¿de acuerdo?

-De acuerdo -respondió George-. ¡Y ahora, David, repíteselo a Elliot!

Diez

George sabía que a Elliot no le parecía bien su decisión, pero no se esperaba lo contrario.

Si hubiera sido de verdad una urgencia, habría llamado a Ben inmediatamente para cancelar el viaje con la gente de Branden-Tyrol, pero no lo era. Se sentó al borde de la cama del hospital, a esperar a que Elliot terminase con el papeleo, y bostezó. «Es como una cárcel», pensó. «Estoy en libertad condicional durante dos semanas».

-Eh, nena -dijo Elliot, apoyado en el marco de la puerta, con su mejor voz de Humphrey Bogart-, ¿estás lista para salir de este tugurio?

Ella sonrió, pero rápidamente se quedó seria otra vez. Parecía una adolescente, pensó él, con las piernas colgando, desnudas hasta los muslos, y el pelo revuelto por la cara.

-Sí, muchachote respondió ella,- emulando a Mae West-.¿Quieres que me ponga algo en especial?

El se acercó a la cama.

-Solo mi bata y tus braguitas, George.

-¿No te apetece que salga con plumas de pavo real?

Intentó seguir bromeando, pero no pudo. La agarró por los hombros y la atrajo hacia él.

-Dios, George, me has asustado mucho.

-Yo también me asusté - murmuró ella, apretando la mejilla contra su estómago. -Gracias, Elliot.

Él le levantó la cara, y se inclinó para besarla.

-Vamos a casa, cariño.

-Muy bien.

-Te compré un par de calcetines largos, y los estaba reservando para una ocasión especial.

-¿Vale una ocasión traumática?

-Sí. Son violetas con panteras rosas.

Ella soltó una carcajada.

-¡Oh, Dios mío! Y yo pensaba que estabas cansado.

-Tendría que estar muerto para estar tan cansado respondió. Deshizo las ataduras de la espalda de su camisón y empezó a quitárselo. Entonces levantó la vista y vio a una enfermera en la puerta, esperando.

-¿Sí? -Preguntó, en un tono de voz muy diferente.

He venido a ayudar a la señorita Hathaway, señor.

Él notó que George empezaba a agitarse de la risa.

-Si te ríes -le gruñó suavemente, te pego y no hay calcetines largos.- Sí, enfermera, gracias. Vuelvo en unos minutos, George.

Por lo menos, es muy temprano y hay muy poca gente le dijo la enfermera mientras ayudaba a George a ponerse la bata de Elliot. La mujer se fijó en que estaba descalza.

-Bueno, la van a llevar en silla de ruedas, así que no importa. Además, el suelo de los hospitales está limpísimo. Son las normas - respondió la enfermera.- Usted es la modelo, ¿verdad?

-Sí -respondió George, intentando anudarse más fuerte la cinta de la bata. -Si alguien me viera ahora, seguramente me despedirían.

-Oh, no -dijo la mujer muy seria.- ¿Y conoce al doctor Mallory desde hace mucho?

-Su padre y yo somos buenos amigos -dijo Elliot con voz inocua desde el umbral-Gracias, enfermera. George, vámonos.

-¿Y tiene que ser en silla de ruedas?

-Sí. Yo voy a ser tu bestia de carga - la tomó en brazos y la sentó con suavidad sobre la silla.

-David me dijo que la operación no será hasta dentro de tres semanas porque os vais a esquiar. No dejes que George se rompa una pierna, Elliot. Eso complicaría las cosas.

-George me ha dicho que es capaz de esquiar en círculos alrededor de cualquier miserable doctor, incluido yo. Probablemente, yo seré el que vuelva enyesado.

-Me pregunto -le dijo Margaret, mirándolo pensativamente- si ella se quedaría en casa a cuidarte.

Yo podría proporcionaros un ejemplar del Kama Sutra.

-Ya basta, Maggie.

Once

George llegó a su despacho con muy buen aspecto, bronceada e impecablemente vestida con un traje de lino blanco. Llevaba un sombrero graciosamente inclinado hacia delante, y unas gafas oscuras.

- ¿De incógnito, señora? -le preguntó él, levantándose para acercarse.

Ella lo abrazó y se rió en su oído.

-Leí en ese libro, en el avión hacia México, que tengo que ser misteriosa para conservar a mi hombre.

Él hizo caso omiso de sus bromas y la observó fijamente.

- ¿Estás bien?

-Perfectamente, doctor, se lo prometo.

Elliot le besó la punta de la nariz y se alejó. Por el rabillo del ojo vio a Lisa, que estaba apoyada en el quicio de la puerta observándolos con curiosidad inocente.

-Gracias, Lisa, por acompañar a la señorita Hathaway.

-Bueno, ya sabes cómo es, Elliot -respondió Lisa-. Vio la puerta cerrada, y supuso, como siempre, que estabas inmerso en la salvación de la raza humana, así que quiso echar a correr.

George silbó de admiración.

- ¡Todo eso sin respirar, Lisa! Me has dejado en evidencia como groupie.

-Oh, no, en absoluto -dijo ella sonriendo. Después le preguntó a Elliot-: ¿Cancelo tus citas?

- ¡Demonios! -exclamó él-. No pensé que llegarías hasta dentro de una hora, George.

-No hay ningún problema. Me iré a casa, me pondré un atuendo apropiado para Aspen y me prepararé un refresco de vino -saludó con la cabeza a Lisa y terminó mientras salía por la puerta-: Incluso voy a quitarles las telarañas a tus esquís. No quiero que parezcas un completo inútil.

-Gracias -respondió él secamente.

Se volvió para mirar a Lisa, que estaba frunciendo el ceño.

- ¿No le has contado a George que fuiste campeón del estado de Connecticut?

-No -respondió, sonriendo-. Pero lo va a averiguar muy pronto. Va a merecer la pena ver la cara que se le va a quedar.

Para sorpresa de Elliot, la noción de George sobre el atuendo apropiado para Aspen no era el mono de lana gorda que él se había imaginado, sino un vestido negro largo y suelto. Arqueó una ceja y le preguntó:

- ¿Esto está en el capítulo diez de Cómo ser misteriosa?

-Oh, no -dijo ella desenfadadamente-. Sólo quiero estar cómoda.

-El vuelo no es tan largo, George. Los esquís están muy bien, gracias por tu trabajo.

Ella se rió y lo siguió por las escaleras hacia su habitación. Se sentó, cruzó las piernas y lo observó mientras se cambiaba. Él se dio la vuelta cuando se bajó la cremallera de los Pantalones.

-George -le dijo por encima del hombro-, ¿te importaría dejar de mirarme? ¡Vamos a perder el avión!

George no dijo nada durante un momento, con la vista fija en un lunar que él tenía en el final de la espalda y que a ella le encantaba besar.-Supongo que no es el momento-dijo.

Él se puso unos pantalones de pana marrón oscura y la miró. Ella siguió con la mirada la sexy línea de vello que bajaba por su pecho y se perdía después de su ombligo, y suspiró.

-George -le dijo, con la voz ahogada por el jersey de cuello alto que se estaba poniendo-, prepárate para el celibato. No creo que a tus padres les guste que durmamos juntos bajo su techo.

-No había pensado en eso -respondió ella pensativamente.

-Bueno, pues yo sí. Me va a matar. Vamos, niña, tenemos que salir ya. Créeme, este es el último vuelo o habría reservado otro más tarde.

Llegaron a la puerta de embarque con solo cinco minutos de antelación. Como siempre, el hombre que asignaba los asientos en el mostrador le lanzó a George una mirada más larga de lo normal.

Volaban en primera clase, lo cual era una novedad para Elliot, que siempre viajaba en turista.

Una vez que los bolsos de mano estuvieron guardados en el compartimiento, George se recostó en el asiento y suspiró profundamente.

-Ha sido un día muy largo -dijo, y cerró los ojos.

-Solo me has llamado una vez -le dijo Elliot, abrochándose el cinturón de seguridad.

-Me he sentido asquerosamente sana -respondió ella-. No he sufrido la venganza de Moctezuma, ni nada.

-Para sufrirla tienes que comer.

-Cierto. Puedo ganar dos kilos, y créeme, tal y como cocina mi madre, estaré otra vez a dieta el segundo día.

El avión se elevó suavemente en el aire, y George se pegó a la ventana para ver San Francisco desde lo alto.

-Nunca me cansaré de esta vista. Siempre pensé que querría vivir en Nueva York, pero después de estar en San Francisco dos años, la idea palidece.

- ¿Vivir en Nueva York sería mejor para tu carrera?

-Quizá, al menos en el futuro, después de que mi contrato con Branden-Tyrol se haya terminado -se volvió hacia él y sonrió-. Ya veremos.

Una azafata se acercó a preguntarles qué iban a tomar.

Elliot pidió un whisky y George un ginger ale.

-No sé por qué viajas en primera clase, George. La única ventaja que le veo es que tienes Unos cuantos centímetros más de asiento y bebidas gratis. Y tú ni siquiera bebes...

-Tienes razón. Nunca lo había pensado.

El avión había alcanzado la velocidad de crucero cuando la azafata, una mujer alta y muy guapa, se acercó a su asiento.

-Perdóneme -dijo, un poco avergonzada-. ¿Usted es la mujer del anuncio de Branden-Tyrol, Georgina?

Elliot vio que su sonrisa cambiaba un poco a la sonrisa que utilizaba en público.

-Sí, soy yo.

-¿Le importaría firmarme un autógrafo? Le prometo que nadie más se le acercará. Me llamo Marissa.

-Me encantaría... ¿Marissa? Qué nombre más bonito.

-Sí... Y otro para Tommy y otro para Candice.

Elliot se apoyó en el respaldo y cerró los ojos. Oyó cómo la azafata le decía entusiasmada:

-Es un placer haberla conocido en persona. Me encanta el anuncio del Central Park.

-Muchas gracias. Fue muy divertido grabar aquel anuncio.

Él oyó que la azafata se alejaba y abrió los ojos.

-¿Esto te ocurre muy a menudo?

-No, si llevara el sombrero y las gafas oscuras. Pero no me importa. La gente, normalmente, es muy agradable.

George se quedó callada, pensando. De repente, respiró muy hondo y le puso a Elliot la mano en el muslo.

-No van a servir la cena hasta dentro de treinta minutos.

-¿Estás deseando engordar esos dos kilos que has perdido en México?

Ella empezó a mover la mano muy despacio por su muslo, hacia arriba.

-No. Lo que quiero hacer es otra cosa.

Él la miró a los ojos y le dijo violentamente:

-¡No seas loca, George! Estamos en un avión, ¿te acuerdas?

La mano ya le estaba acariciando la parte interna del muslo.

-En el lavabo hay privacidad.

Él notó una oleada de deseo, pero sacudió la cabeza con fuerza.

-No hay suficiente sitio.

-Ha sido una semana, Elliot. ¿No estás ni siquiera un poco interesado?

Elliot se revolvió en el asiento.

-Así que por eso te has puesto un vestido ¿eh? -dijo, sacudiendo otra vez la cabeza.-Ya lo tenías planeado.

Cruzó las piernas pero la mano de George se quedó atrapada entre sus muslos.

-Sería como cuando hacía el amor en el asiento de atrás del coche de mi padre.

-Ya veremos -contestó ella.

-¡Demonios, George, no vamos a encajar!

-Siempre lo hemos hecho -replicó ella, mirándolo directamente a los ojos.

Él descruzó las piernas, y entonces sintió los dedos de George acariciándolo suavemente.

- ¿De acuerdo?

El resopló.

-Quizá.

-Dame dos minutos y después llama a la puerta.

Ella se levantó y fue andando por el pasillo. Cuando desapareció, Elliot miró al suelo. Gracias a Dios que estaban en primera clase, y no había filas de gente que pudiera notar su excitación o verlo andar detrás de ella.

Miró el reloj, sintiéndose como un completo idiota. Pero exactamente un segundo después de que se cumplieran los dos minutos, se levantó. Llamó a la puerta del servicio, y cuando se abrió se deslizó dentro. Estaban apretados como dos sardinas en lata.. Elliot estalló en una carcajada.

-¡George, tonta, esto es ridículo!

-Oh, no -dijo ella con tranquilidad-. Lo tengo todo pensado. Primero, bésame.

Ella le rodeó el cuello con los brazos. Al acariciarla y sentir su olor se le aceleró el corazón.

El vestido dibujaba cada una de sus curvas a la perfección, y por el momento le bastaba acariciarla a través de la lana.

-Sí, estás interesado -murmuró ella en su boca, entre besos. Se puso de puntillas y se apretó para adaptarse a él.

-¿Y qué pasa si hay un accidente?

-¡Qué forma de morir! -dijo ella con una risita.

El deslizó las manos bajo el vestido y, casi se ahogó. Estaba desnuda.

-Dios mío -gimió él. No necesitaba más instrucciones de George. La levantó y la sentó en el mostrador del lavabo, se echó para atrás cuanto pudo y se bajó la cremallera de los pantalones.

-George, no va a ser muy divertido para ti en esta situación -le dijo.

-Sí va a serlo.

Penetró en ella con un suave empujón. Ella le Puso las piernas en la cintura y escondió la cara en su hombro.

Él notó su tensión contra su cuerpo, y la apretó más contra él, agarrándole con fuerza las nalgas. -Ha pasado tanto tiempo... -dijo él con la voz entrecortada.

Ella respondió con un gemido casi inaudible. Elliot notó cómo su cuerpo se quedaba rígido y las piernas le temblaban alrededor de su cintura. Murmuró su nombre, y ahogó sus gemidos con besos.

-Oh -gimió George-, es tan estupendo.

Echó la cabeza para atrás y arqueó la espalda para que él entrara más en ella. El avión pasó por una turbulencia, y él medio rió, medio gimió, notando cómo los músculos de George lo apretaban.

Por fin explotó en su interior.

Se quedaron pegados el uno al otro, hasta que Elliot recobró la capacidad de pensar.

-¿Qué hacemos ahora?

-Yo soy la que tengo el problema -le contestó, mordisqueándole el oído-. Tú no eres más que un desagradable ejemplar masculino que no tiene nada de qué preocuparse.

-¿Estarás bien? -le preguntó con ternura.

-En una hora o así podré caminar de nuevo -lo abrazó con fuerza-. Bueno, ¿ha sido como hacer el amor en el asiento de atrás del coche de tu padre?

-Lo voy a pensar y luego te lo digo.

Salió del lavabo un momento después y se chocó con una azafata. Casi pudo jurar que la había oído soltar una risita.

Cuando salió George, parecía que acababa de salir de las páginas de una revista de moda, excepto por sus ojos, satisfechos y alegres. Se sentó y se abrazó a él.

-Todavía nos quedan quince minutos antes de la cena.

-Muchacha insaciable.

Ella se rió y él le dijo:

-No tenía espacio suficiente para besarte los pechos.

George dejó escapar un suave silbido.

-¿Siempre tienes que tener la última palabra?

-De cualquier modo, el último empujón.

La azafata que les sirvió la cena era la misma con la que Elliot se había tropezado al salir del baño.

-Estoy segura de que debe de tener hambre -le dijo con la voz seria, mientras le ponía la bandeja enfrente.

-¿Por qué cree que he pedido carne? -replicó Elliot, en el mismo tono.

La azafata asintió.

-Tiene razón, desde luego. Volar es un trabajo agotador. Es de sentido común mantener alto el nivel de fuerzas.

Elliot reprimió varias contestaciones que se le ocurrieron, y dijo:

-Son muchas cosas las que hay que mantener altas, incluso en los aviones.

-Muy cierto -respondió la azafata, con un brillo pecaminoso en los ojos.

-¿De qué iba la conversación, Elliot? -le preguntó George cuando se quedaron solos.

-Una especie de castigo. Sabe exactamente lo que estábamos haciendo en el baño.

-Pues creo que te ha castigado muy bien.

-Bueno, eso es porque yo no he tenido ocasión de castigarla a ella como...

-¡No te atrevas a continuar, Elliot Mallory! Cómete la cena y piensa en cosas elevadas.

-Un juego de palabras malo, George, muy malo.

George fue la que se quedó callada primero. Solo picoteó un poco la cena.

-Estás bien, ¿verdad? -le preguntó Elliot.

-Por supuesto -le dijo, con la expresión ansiosa-. Elliot, quiero hablar contigo. Dentro de un minuto -añadió, viendo que la azafata volvía a retirarles las bandejas.

Él esperó pacientemente, creyendo que ella querría hablarle sobre la operación.

Se quedó completamente asombrado cuando ella se volvió hacia él y le soltó:

-¿Vas a casarte conmigo?

Aquello lo tomó por sorpresa y lo único que pudo hacer fue quedársela mirando.

Tenía los ojos brillantes de entusiasmo. Lo primero que él sintió fue que se le encogía el estómago y que se le cortaba la respiración. Nunca se le había ocurrido pensar que ella tomaría la iniciativa.

Otro ejemplo, pensó en medio de la confusión, de la diferencia de edad que había entre ellos. A una mujer de su edad nunca se le habría ocurrido nada semejante. No sabía qué decir. Apartó la mirada de sus ojos, con el «no» y las razones temblándole en los labios. Se acordó de su operación.

Tenía que estar seguro de que todo se llevaría a cabo. Muy despacio, para ganar tiempo, le repitió:

-¿Casarme contigo?

-No quiero asustarte -le dijo, estrujándole el brazo-. Quiero que nos casemos, Elliot, con todas mis fuerzas. Quiero pasar toda la vida contigo. Somos compatibles. No discutimos casi nada, y disfrutamos mucho del sexo juntos.

-George -dijo, levantando la mano en un gesto que intentaba contener aquella marea.

-Elliot, sé que soy joven, pero no tan joven. Y no sería un parásito. Mis ingresos aumentan gradualmente, con un gran salto este año. Tengo dos apartamentos en Upper Haight, bueno, el banco y yo. Puedo decirte el nombre de mi nueva contable y ella te dará un informe de mis bienes. Mi dinero no es líquido, pero...

-!George, por Dios, me importa un comino tu dinero!

Ella asintió con seriedad.

-No. Estoy segura de que a ti no te importa mi dinero más de lo que a mí me importa el tuyo. Pero quiero que sepas que puedo mantenerme por mí misma. Elliot, no es solo por el sexo. Eres un cocinero excepcional, y me haces reír, y lo pasamos muy bien juntos -él no respondió, y ella continuó-.Si quieres, puedo volver a estudiar. Probablemente pensarás que soy muy ignorante, y no quiero que te avergüences de mí.

-George, no eres ignorante. Si alguna vez quisieras volver a la universidad, hazlo por ti misma, no por mí. Y en lo que respecta a que yo me avergüence de ti, no seas boba.

Ella sonrió feliz.

-Entonces, ¿me quieres? ¿Vas a casarte conmigo?

Elliot cerró los ojos un segundo, tragándose los argumentos que había preparado para cuando estuviera totalmente recuperada de la operación.

-George -le dijo en voz baja-, me has tomado por sorpresa. No había pensado en el matrimonio. Es un paso muy grande, una decisión muy importante -aquello era una mentira y sabía que estaba pareciendo evasivo-. Dame algo de tiempo para pensarlo, ¿de acuerdo?

Ella escrutó su rostro ansiosamente.

-Y tú también, piensa más sobre ello -«¡tienes veintitrés años y yo tengo treinta y ocho! Tienes toda la vida por delante».

-Ya lo he hecho -respondió. Dejó caer la mirada sobre sus propias manos, que descansaban sobre su regazo-. Supongo que sí te he tomado por sorpresa, Elliot. No quiero presionarte.

-Lo sé -dijo Elliot, tragando saliva, y repitió-: Dame algo de tiempo, George.

-Se me había olvidado decirte que me gustaría manejar las inversiones que hagas, si quieres.

«Shakespeare tenía razón», pensó Elliot, esbozando una sonrisa. «No hay nada como lo cómico para aligerar lo trágico».

-Lo pensaré, George -respondió, soltando una carcajada que le salió del nudo de pena que se le había formado en la garganta.

Doce

-¿No te había prometido que sería una locura? -le susurró George a Elliot al oído.

-Una locura deliciosa -contestó él, retirándole la silla para que se sentara a la mesa para la cena.

Los sobrinos de George estaban llenos de energía y entusiasmo. Tanto, que Elliot reflexionó sobre la posibilidad de llenarse la copa de vino hasta arriba, pero de whisky. En la mesa había comida suficiente para un batallón, en opinión de Elliot, pero George le aseguró que era lo normal cuando toda la familia estaba reunida.

Tammy, la mujer de Derek, estaba sirviéndoles la cena a sus tres hijos. Era una mujer alta y morena, un poco rellenita y totalmente inmune a todo aquel jaleo. Derek, el hermano mayor de George, era alto y atlético. Tenía unos treinta y cinco años y la misma personalidad extrovertida de su hermana, con un toque perverso. Elevó la voz por encima del barullo y le puso al pequeño de tres años un plato de patatas fritas y ensalada.

-¡No desfallezcas, Elliot! 0 te acostumbras, o estarás, las veinticuatro horas del día esquiando para escapar de la casa.

Elliot sonrió y le preguntó, aprovechando un momento de calma:

-George me ha dicho que eres empresario. ¿A qué te dedicas?

Jason Hathaway, el mediano, un joven esbelto con los ojos iguales a los de George, se carcajeó.

-¿Me creerás si te digo que a los baños?

Irene, su mujer, le dio un codazo en las costillas.

-¡Vamos, tonto! No lo creas, Elliot; Derek es diseñador de unas cocinas y baños muy futuristas.

Duke Hathaway levantó una mano para indicarles que bajaran el tono, y para sorpresa de Elliot, incluso los niños se calmaron.

-Antes de que sepas más de lo que quieres saber sobre esta familia, Elliot, déjame decirte que nos alegramos mucho de que hayas venido -Sonrió a George y alzó la copa de vino para hacer un brindis-. ¡Por una buena semana de esquí sin un solo hueso roto!

-Bueno, pero tenemos un médico para que nos atienda -dijo Tod-. Siempre he dicho que George es más lista que el hambre y lo planea todo hasta el último detalle.

-Por lo menos, merece más la pena que un lanzador de béisbol que ni siquiera puede terminar la liga -replicó ella sin piedad.

-¿Quieres decir que no nos va a recetar una aspirina y a decimos que son cincuenta dólares la consulta? -apostilló Derek.

-Te diría que te tomaras una dosis de arsénico y saltaras del telesilla, hermano. Y con respecto a ti, Tod, te aconsejaría que te hicieras con un brazo nuevo de lanzador antes de que comience la temporada.

-George necesita que se le bajen los humos -dijo Tod-. Toda esa fama se le ha subido a la cabeza y a la boca.

-A mí no me lo parece. La única razón por la que alguien ve los partidos de béisbol de tu equipo en la tele son los anuncios.

La señora Hathaway, que estaba observando la escena, dijo en tono ácido:

-¡Es tan maravilloso tener a la familia reunida! Espero que los niños nunca cambien.

-George me ha dicho que vienen todos los años a esquiar aquí.

-Sí. Compramos esta cabaña hace diez años.

-Yo, no la llamaría «cabaña» -dijo Elliot, paseando la vista por el enorme salón.

-Supongo que no. Es algo que tenemos que agradecerle a Duke, porque fue él quien dijo que había que pensar en los nietos. Las cinco habitaciones de arriba ya están llenas y Tod y George todavía no se han casado. ¿Tienes una familia muy grande, Elliot?

-Solo una hermana, Lindy, dos sobrinos y una sobrina. Creo que va a ser una semana muy educativa.

-Oh, esto no es nada. Espera a que se pongan realmente en acción. ¿Te apetecen judías?

Elliot asintió.

-George se parece mucho a usted, señora Hathaway.

-Llámame Dorothy, por favor. Ha heredado la belleza de su abuela. Sin embargo, no sabemos de dónde le viene la intuición para las finanzas.

-Sí, me ha estado dando la lata para que le deje llevar mis inversiones, que no son muchas.

-Yo la dejaría -dijo Dorothy-. Hace tres años que asesora a su padre. Su hermano Derek se rió con desdén masculino cuando se enteró, pero Tammy me dijo que, el año pasado, Derek tuvo una idea, anduvo madurándola durante dos días y finalmente llamó a su hermana. Tammy, por supuesto, cree que es maravilloso. Es enfermera y está a punto de volver a trabajar. Seguro que presenciarás discusiones entre Derek y George sobre las mujeres que dejan a los niños en manos de extraños. Creo que ya conocías a Tod, ¿verdad?

Elliot asintió, mirando al guapísimo hermano pequeño de George, que estaba tirándole una alita de pollo a uno de sus sobrinos.

-¿Ella te llevó a un partido?

-Sí, pero se le olvidó decirme que el lanzador del equipo era su hermano.

Dorothy soltó una carcajada.

-¿No te gusta el béisbol?

-Digamos que me estoy acostumbrando. Realmente, hasta la fecha no había visto muchos partidos.

-Bueno, a todos mis hijos les interesa mucho el deporte.

-¿Excepto la natación? -preguntó Elliot.

-Eso es verdad, aunque George me dijo que había empezado hacía algunos meses. Jason era un buen golfista hasta que se encaprichó con los ordenadores. Me temo que los palos se estarán oxidando en el armario.

-Jason es programador?

-Eso, también. Ahora es propietario de, su propia empresa.

Elliot se rió.

-Parece que estoy rodeado de ganadores.

-¿No es maravilloso? Nunca me lo habría imaginado. Y aquí estoy yo, la hija de un pobre granjero.

-Me apuesto a que bajo la suciedad había petróleo.

-Bueno, también hay que concederle cierto mérito a Duke. ¡Tod, sácale el hueso de pollo de la oreja a Ginger!

Elliot esperó a que la oreja de Ginger estuviese libre y le comentó a Dorothy:

-Tengo una pregunta. Aunque George es tan guapa, espectacular, de hecho, nunca he notado engreimiento alguno en ella. Cada vez que yo u otra persona hace un comentario sobre su belleza, ella no le presta mucha atención y dice que es algo muy beneficioso, porque de lo contrario no tendría trabajo.

-¿Y no lo entiendes?

-Francamente, no. Sigo esperando a que algo de satisfacción por su aspecto salga a la superficie.

-Creo que es la influencia de su abuela. Su abuela Camilla, mi madre, era muy bella. Murió hace un par de años, casi a los ochenta, y continuaba siéndolo. Tenía una buena estructura ósea, y todo eso. De todas formas, Camilla siempre vigiló a George mientras crecía, y si alguna vez presumió o fue arrogante, ella se encargó de bajarle los humos. Y también, por supuesto, tiene algo que ver haber crecido con tres hermanos. Ellos están más interesados en los deportes que en la belleza, y no la ven como la ve un extraño. ¿Lo entiendes?

-Sí, supongo que sí. Me hubiera gustado conocer a su abuela.

-Era una gran mujer. La echamos de menos -Dorothy se volvió para llenarle a su nieto el vaso de leche.

George aprovechó la oportunidad para susurrarle a Elliot al oído:

-¿Ya te ha contado mi madre lo grandes que somos todos?

-Dechados de virtudes. La he escuchado con interés.

-Te apuesto lo que quieras a que tu madre es igual. No puede evitar alardear de tener un hijo tan brillante.

-Pero por lo menos, eso es verdad -replicó.

-Creo que el hueso que tenía Ginger en la oreja era de tu boca.

-Mira, George, si no puedes competir, no te metas en el juego.

-Doctor Mallory -lo llamó Tammy Hathaway desde el otro lado de la mesa-, usted es el jefe del departamento de Radiología, ¿verdad?

-Sí, y llámame Elliot. Creo que tú eres enfermera.

Tammy miró de reojo a su marido.

-Sí, y el año que viene vuelvo a trabajar.

-Mira, Tammy -dijo Derek-, los niños necesitan...

George estalló en carcajadas.

-¡Solo llevamos juntos dos horas y ya estás consiguiendo que me hierva la sangre, Derek!

-Una tregua -dijo Duke Hathaway-. Al menos, durante la cena.

-Eso, Derek -le dijo Jason-. ¡Vete a diseñar otro retrete, anda!

-¡Espera a que te ponga las manos encima, cerebro de circuito!

-Yo os voy a dar para el pelo a los dos -les gritó Tod.

-Y la historia se repite... -dijo George.

-No creo que nadie pudiera aburrirse nunca con tu familia -le dijo Elliot en voz baja.

-No, pero a cualquiera le podría explotar la cabeza. ¿Qué opinas de Mariana? Es extraño -añadió pensativamente-. Es la primera mujer sobre la que Tod no me pide opinión.

Mariana Hanimond era muy guapa y callada. Parecía bastante confusa con el ruido, pero una sonrisa traviesa asomaba en sus ojos marrones.

-Quizá el playboy de Tod esta vez vaya en serio -respondió él.

-Mmmm -dijo George, Bueno, todo el mundo empezó a mirarte a ti en el mismo segundo en el que entramos por la puerta. Mariana -dijo en voz alta-, ¿dónde conociste al zopenco de mi hermano?

-En un baile de beneficencia. Tod era nuestro invitado de honor.

-Ah, el deportista de la noche, ¿no?

-George -se burló Tod-. Nunca solo una noche.

-Te han dado otra vez, cariño -le dijo Elliot bajo el estruendo de risas alrededor de la mesa. Para su disfrute, George se había puesto muy roja.

De repente, hubo varias exclamaciones. Mariana Hanimond se había inclinado hacia delante en su silla y le había echado a Tod el vino que le quedaba en la copa sobre la camisa.

El dio un salto y se cayó encima de sus sobrinos, y sus hermanos continuaron riéndose.

-¡Muy bien, Mariana! -le dijo el señor Hathaway-. ¿Quieres un poco más de vino,?

-Papá, ¿de qué lado estás? -se quejó Tod, limpiándose la camisa con una servilleta.

-Mi querido Tod -le preguntó su padre-. Mira a tu hermana y a tu madre. ¿Tú qué crees?

-Sí me gustaría tomar un poco más de vino, señor Hathaway -dijo Mariana con calma.

Elliot se había imaginado que la sobremesa sería un poco más tranquila. Pero se equivocó. Mandaron a los niños a la cama, pero los cuatro hermanos Hathaway, después de una cena tan copiosa, tenían el ánimo demasiado elevado como para irse a dormir. Elliot se sentó al lado de Mariana, y mientras conversaban animadamente, observaban los juegos y las bobadas de los hermanos.

-¡Derek, orangután! Bájame.

Elliot miró hacia el lugar de donde provenían los gritos y vio que Derek estaba dando vueltas con George agarrada sobre su cabeza.

-Si no fueras un alfeñique, no lloriquearías tanto, George. Cerebro de circuito te está ganando en lucha libre. ¡Eh, Elliot! ¿La quieres?

Rápidamente, dejó la taza de café en la mesa de al lado, justo a tiempo para agarrar a George, en su caída libre. Sonrió, se tambaleó hacia atrás y cayó al suelo con George encima.

Hubo un silencio sepulcral.

-¡Elliot! -gritó ella, quitándoselo de encima.

- ¿No te parece que ahora estamos empatados? Estalló en carcajadas y vio cómo la expresión de su cara cambiaba desde el miedo a la incredulidad, y encima. Le tomó la muñeca para ver si tenía pulso-.

- ¡Idiota -le dijo a su hermano-, se ha hecho daño!

Elliot no pudo disimular durante más tiempo por último se puso roja de ira. Él se estaba ahogando de la risa, y rodó hacia un lado.

-¡Tonto! ¡Me has dado un susto de muerte! -empezó a pegarle fuerte con los puños. Elliot le agarró las muñecas y la tiró al suelo a su lado.

-Ahora -le dijo suavemente- tienes una idea de cómo me sentí.

Ella dejó de luchar, pero todavía seguía con cara de pocos amigos.

-Eso no ha sido justo.

-No. No lo creo.

Elliot puso cara de terror.

-¡Oh, Señor! ¿Qué será de mí ahora, me pregunto?

Duke Hathaway dio la orden de retirada a medianoche.

-Nos espera un buen día de esquí mañana. Todos a la cama. El desayuno es a las siete.

-Tus famosas tortitas de mora, papá -preguntó George.

-Exacto, cariño. Y un montón de sirope para mis hijos en proceso de crecimiento.

-Sí, creo que a Derek todavía le faltan cinco centímetros. Lo he medido.

-Solo porque yo pueda tocar Oh, Susana en tus costillas, George...

Elliot dejó a George en la puerta de su habitación.

-Creo -dijo ella suavemente- que Mariana y Tod se han quedado abajo besuqueándose. ¿No quieres entrar un rato?

Él le acarició la mejilla con los nudillos.

-Bajo este techo, George, mantendremos la compostura -la acercó a él con ternura y la besó-. Buenas noches, cariño. Que duermas bien.

-Demonios -farfulló-. Voy a dormir, pero no sé si lo haré bien.

El sol brillaba con fuerza y el aire estaba muy limpio. Los pinos cargados de nieve formaban líneas a ambos lados de la pista. George estaba esquiando delante de Elliot, con un traje rojo que remarcaba su espléndida figura. Sus movimientos eran ágiles y flexibles.

Se volvió y lo saludó con la mano, y después dio una vuelta perfecta en el aire al saltar un montículo.

-Eso ha sido un juego de niños, George -le gritó él. Oyó su risa y después repitió lo que ella había hecho.

George llegó al final de la pista y se detuvo a mirarlo.

-Tengo que admitir, vaquero, que no eres exactamente un principiante.

-Tú eres la que asumió esa idea, George.

-Y además, estás como para comerte con ese traje azul.

-Espera a ver el verde. Es del color de mis ojos.

-¡Tonto engreído! -dijo ella en tono burlón-. ¿Nos vamos a descansar? He visto que mis padres iban hacia la cafetería.

Se quitaron los esquís y fueron hacia el hotel.

-Hemos tenido mucha suerte -comentó George, quitándose las gafas y el gorro-. Cuando mamá y papá compraron la casa todavía no habían construido el hotel. Quisieron comprarles el terreno, pero ellos no cedieron, así que estamos a solo diez minutos de la pista. El único inconveniente son los turistas.

-Ha crecido mucho desde la última vez que esquié aquí -dijo Elliot.

-¿Has competido alguna vez?

-Sí -contestó-. Un poco. ¿Te importaría que te hiciera papilla esta tarde?

-Tu confianza, en ti mismo es un poco excesiva.

Elliot todavía se estaba riendo cuando se unieron a los padres de George.

-¿Dónde están los niños?

-Hacemos turnos -dijo Dorothy-. Ya que es tu primera visita, Elliot, no tendrás que vigilarlos en la pista de los principiantes.

-No me importaría -dijo Elliot cortésmente, tomando la taza de café, que le había servido el camarero.

George lo miró con incredulidad mientras se acercaba a la chimenea a calentarse las manos. Elliot se acercó a ella, dejando a sus padres en las dos únicas sillas libres, mientras el vestíbulo del hotel se llenaba rápidamente de esquiadores. Ella sorbió un poco de su chocolate y le preguntó:

-¿Has pensado en lo que te dije en el avión?

-te refieres a que hay un lavabo por aquí?

Ella se ruborizó, y su mirada alegre se volvió cautelosa.

-Sí, George -le dijo en voz baja-. Pero…

-¿Pero qué? El suspiró y evitó mirarla a los ojos.

-Tiempo, George -quería gritarle que era demasiado viejo como para ser su hermano mayor, así que era mejor no hablar de ser su marido.

George lo miró en silencio durante un momento y le dedicó una sonrisa resplandeciente que le hizo desear tirarla al suelo y amarla hasta que no pudieran respirar.

-Después de comer, ¿te apetece que llevemos a los niños a la pista de principiantes?

-Por supuesto -dijo él-. Y mañana te enseñaré a bajar colinas a toda velocidad.

Para sorpresa de Elliot, los tres pequeños Hathaways estaban deseando hacer lo que él les decía. Y eran buenos.

-Niños -le dijo a George-. No conocen el miedo.

-En absoluto. Derek el pequeño ser rompió la pierna el año pasado y ni se inmutó.

-Mira a Kathy -dijo, señalando a la hija de Jason-. ¡Dobla las rodillas! Eso es. Y ahora ¡gira! -le dijo a la niña.

-Sí, ya estoy mirando -. Y por primera vez, estaba pensado en tener hijos con Elliot. Durante un momento perfecto, los imaginó sobre unos esquís, riéndose, saludando con las manitas, jugando con ellos en la nieve…

-¿Estás en las nubes, George?

-¿Qué? Oh, no, solo estaba pensando.

-¿Sobre mis apartamentos en Santa Bárbara?

«Mantén una conversación trivial, George», pensó.

-Exactamente. Y tengo un par de sugerencias que hacerte, Elliot.

-Y yo que le decía a Maggie que tú querías que solo las mujeres fueran ricas.

-Oh, la doctora Smith. ¿Cuándo has estado con ella?

-A principios de la semana pasada, para disculparme por llamar a David en vez de llamarla a ella. Me preguntó si te habías sentido cohibida con David, pero le dije que lo tuyo no tenía nada que ver con el pudor, sino que querías que las mujeres fueran ricas y tuvieran éxito.

-¿David fisgoneó mucho?

-No, no mucho -mintió él con delicadeza.

.-No te creo, y nunca seré capaz de volver a mirarlo a la cara -dijo George con firmeza.

-Bueno -contestó él, incapaz de contenerse- realmente, él no estaba muy concentrado en tu cara.

Ella lo tomó por sorpresa y lo derribó al suelo de un porrazo.

-¡Te vas a enterar, Elliot Mallory! ¡Espera y verás!

Él se levantó de un salto ágil, riéndose de ella.

-¿Y qué vas a hacer, George? ¿Vas a llamar a una doctora para que me examine? -dijo, y esquivó una bola de nieve. En un minuto, los tres niños se habían quitado los esquís y estaban lanzando bolas tan rápido como podían hacerlas.

Trece

El miércoles, ante una mesa llena de pizzas, Duke Hathaway proclamó a Elliot «Rey de las Colinas». Había ganado la carrera con facilidad, y George había quedado segunda. Jason recibió el premio «Cara en la nieve» y obtuvo una corona de rodajas de salchichón.

-Has estado bastante bien para ser un médico perezoso- se burló George.

-¿Y todo este resentimiento por la natación? -replicó Elliot, alzando su jarra de cerveza hacia ella-. Tendrías una oportunidad contra mí si fueras capaz de hacer más de seis largos.

El le estaba sonriendo y se sentía totalmente relajado, hasta que Dorothy le dijo:

-Encajáis muy bien, Elliot. No creo que George pudiera ser realmente feliz con alguien que no fuera tan deportista como ella.

Casi se ahogó con la cerveza. Le había resultado asombrosamente fácil convertirse en uno más de la familia, reírse y alborotar como ellos, y empezar a abrazar a George delante dé sus padres.

Duke Hathaway los había visto, incluso, besándose apasionadamente la puerta de la habitación de su hija. Pero, seguramente, no querrían que George se casara con un hombre tan mayor. Como si estuviera respondiendo a sus pensamientos, Dorothy continuó serenamente:

-George siempre ha sido mayor que los otros chicos de su edad.

Supongo que es por eso, y porque siempre ha intimidado a los hombres más jóvenes que han querido salir con ella.

-Es tan guapa...- dijo Elliot cautelosamente.

-Oh, no, no es por eso. Yo no era como ella cuando tenía dieciocho o veintitrés años... Ella es muy madura.

-Estoy seguro -dijo Elliot, con la voz clara pero baja -de que George conocerá a un hombre joven que no se sienta intimidado.

Después de una breve pausa, Dorothy contestó:

-Seguramente, tienes razón. La semana ha pasado muy rápidamente. Me horroriza pensar que el viernes ya estaremos otra vez esparcidos por todo el país.

Aquello le recordó a Elliot que George tendría que operarse el lunes siguiente. Ella no había querido que su familia lo supiera. Cuando le preguntó extrañado el porqué, ella respondió con una sonrisa perversa:

-No puedes imaginarte la clase de preocupación que tendría que soportar durante la semana. «Un problema de mujeres», ya has oído a Derek.

A Dorothy se le había quitado el apetito. No era ciega. La felicidad de su hija resplandecía como un faro en la oscuridad, y pensó sin dudarlo que su hija se había acostado con Elliot. Entre ellos existía una intimidad que no necesitaba palabras. Y él era, al fin y al cabo, el primer hombre al que George traía a la familia. Simplemente, al principio no se le había ocurrido pensar que no es tuviera tan intensamente enamorado como su hija.

Escuchó cómo George se reía encantadamente, por algo que había dicho Derek, y se le llenaron los ojos de lágrimas.

Después de la cena, George agarró a Elliot del brazo.

-Vamos a dar un paseo. Ha dejado de nevar.

-¿De dónde sacas tanta energía? -le preguntó.

Bueno, digamos que no la estoy usando en... otras cosas -le dijo en secreto.

La noche estaba clara y fría, y la nieve recién caída crujía bajo sus botas.

-Este ha sido el mejor año de todos dijo George.

Él gruñó en respuesta.

-Espero que te haya caído bien mi familia.

-Es mejor que un circo- él hizo una pausa.

Sabía que ella quería escuchar algo más.

-Tus padres son muy cariñosos.

-¿Te caen bien todos?

-Solo le podrían caer mal a Scrooge.

Se quedó callada durante un momento, y luego lo acusó:

-Tú habías competido en carreras antes, ¿verdad?

Él soltó una carcajada de alivio.

-Bueno, fui campeón del estado de Connecticut hace quince años. Cuando tú tenías catorce, George -añadió.

-¿Pensaste alguna vez en ir a las Olimpiadas?

-¡No, por Dios! Aunque pienses que soy el mejor deportista del mundo, George, soy un inútil comparado a la gente que va a las Olimpiadas.

-Sí, supongo que tienes razón -le concedió de mala gana. Se detuvo en un montículo desde el que se divisaba el hotel-. Es tan bonito, con las luces encendidas, y sin ver a un solo turista desde aquí... -lo miró a la cara, escrutándolo.

-Has estado muy callado desde la cena. ¿Te esperabas una corona de salchichón?

-Pues sí. Estoy muy desilusionado.

De repente, George pensó que no lo conocía en absoluto. Estaba encantador, como siempre, pero evasivo. Recordó que al principio había pensado que era demasiado difícil para ella, y lo pensó de nuevo.

Se obligó a sí misma a sonreír. Estaba demasiado oscuro como para que él notara que era mentira.

-Tengo frío. Ni siquiera mis calcetines negros son suficientes.

Lo agarró del brazo y volvieron a la casa pisoteando la nieve.

Elliot estaba al lado de Derek y Tammy y el señor y la señora Hathaway, en la cafetería del hotel, esperando a que George bajara de la Pista.

Los ojos le brillaron cuando la vio aparecer a lo lejos, como un pequeño reflejo azul.

-Esa es mi chica- dijo Duke.

George los vio y saludó con la mano. De repente, perdió el equilibrio y se tropezó con un Montículo. Elliot presenció, aterrorizado, cómo los palos salían volando y ella saltaba descontrolada por el aire.

Cayó de espaldas, con los brazos y las piernas totalmente extendidos en la nieve. Se deslizó un poco y se quedó inmóvil.

-Dios mío- murmuró Elliot.

Corrió hacia ella con el estómago encogido de miedo. Oyó que Duke Hathaway lo llamaba pero no le hizo caso. No se detuvo hasta que llegó al lado de George y cayó de rodillas. Respiró hondo y se obligó a sí mismo a reconocerla. El pulso de su garganta era fuerte.

La miró a la cara durante un segundo, asustado. «Contrólate», pensó severamente. Con cuidado, le levantó los párpados.

Se movieron un poco.

-George -le dijo, dándole suaves palmaditas en las mejillas-. Vamos, cariño.

Para su confusión, George abrió, los ojos y le hizo un guiño. Al momento, se puso rápidamente de rodillas y le tiró un montón de nieve a la cara.

-¡Te pillé!- le dijo, con gran satisfacción.

Él se sentó, consciente de las risas que llegaban a sus espaldas.

-¿Todo ha sido una broma?- preguntó lentamente.

-Lo he estado haciendo durante años- le contestó. Normalmente, doy dos vueltas en el aire, pero hoy iba demasiado lenta como para hacer la mejor de mis actuaciones.

El alivio que había sentido se transformó en furia.

-¡Venganza! -le dijo ella, sin darse cuenta.-Ahora, doctor, sí que estamos empatados.

-¡Desgraciada! -le gritó. Se incorporó de un salto, la agarró por un brazo y la obligó a ponerse de pie.

-¡No se te ocurra hacer algo así nunca más en tu vida! ¡Maldita idiota! -juró con rudeza y la arrastró detrás de él.

-¡Mis esquís, Elliot!

-¡Al demonio con tus esquís!

Derek lo estaba presenciando todo y cada vez le parecía más divertido.

-Creo- les dijo a su mujer y a sus padres -que George por fin ha encontrado la horma de su zapato.

-¿George ha hecho su truquito? -preguntó Jason, uniéndose al grupo.

-Sí - Derek se encogió de hombros mientras observaba cómo Elliot arrastraba a su hermana hacia la casa.

-No creo -dijo Duke lentamente- que debamos volver a casa en un buen rato.

-¿Elliot? - le suplicó George, intentando zafarse de su mano-, por Dios, mi familia nos está mirando.

-Déjalos -contestó furioso.- Seguramente estarán aplaudiendo.

Abrió la puerta de la casa y la metió dentro. No había nadie más.

-¿Qué vas a hacer? Era solo una broma, Elliot.

-Te voy a dar una paliza -le dijo muy en serio.

Ella echó a correr y subió las escaleras con Elliot pisándole los talones.

Él la agarró a mitad del camino y se la echó al hombro.

-¿Te has vuelto loco? ¡Bájame ahora mismo!

-Ni lo pienses- le dio una patada a la puerta de la habitación y la tiró sobre la cama.

-Me has dado un susto de muerte la tomó por la cintura y se la puso bocabajo sobre el regazo.

Le dio unos cuantos azotes en el trasero y la volvió a dejar sobre la cama.

Ella se quedó quieta, mirándolo fijamente.

-Muy bien. Y ahora, ¿qué tienes que decir?

Se le derramó una lágrima por la mejilla.

Él juró en voz baja, la tomó en sus brazos y la apretó contra su pecho.

No encontró resistencia. La besó y probó las lágrimas saladas que había en su boca. Él estaba temblando por el susto y la impresión que había supuesto su ataque de ira, y todo se estaba transformando en deseo. Empezó a revolverle con locura la ropa.

George no entendía lo que le estaba ocurriendo, y permaneció inmóvil mientras él la desnudaba.

El corazón le latía con fuerza.

Elliot se puso de pie y se quitó la ropa. Se puso encima de ella y se colocó sus brazos en el cuello, y la besó con toda la furia que había sentido convertida en pasión.

-Elliot- susurró ella en su boca.

Cuando, finalmente, él penetró en su cuerpo, lo deseaba con todas sus fuerzas.

Los días de tensión sexual entre ellos habían intensificado su voluptuosidad, y su encuentro fue breve y violento. Elliot se derrumbó sobre ella, respirando entrecortadamente en su oído.

-Lo siento -susurró George.- Por favor, no te enfades conmigo.

-¿Te he hecho daño?- le preguntó, mirándola a los ojos.

-En el trasero.

-Eso te lo merecías -se quedó callado un momento, y apartó la mirada de sus ojos-Ni siquiera he pensado en tu placer. Lo siento.

-Si lo hubieras hecho, probablemente estaría muerta.

Él le sonrió, de mala gana, y rodó sobre su espalda, sujetándola sobre él. Estaba exhausto y muy disgustado consigo mismo por su falta de control. Notó el aire frío, y puso la manta sobre ellos.

-Ha sido un comportamiento digno de un héroe romántico -dijo ella, con cierta satisfacción, mientras se acurrucaba a su lado.

Él la miró estupefacto.

-¿Un héroe romántico? -le preguntó sin entender nada.

-Oh, sí. Un héroe romántico se deja arrastrar por sus pasiones. Es incapaz de controlarse, ¿sabes?

-Pues no veo que eso sea muy romántico.

-Es una fantasía maravillosa. Se supone que es un mujeriego, que cambia tanto de mujer como de calcetines hasta que encuentra a la mujer perfecta. La trata mal, por supuesto, pero se da cuenta, hacia el final de la historia, de que no puede vivir sin ella. Entonces, como por arte de magia, se transforma en un hombre dulce, adorable, con toda probabilidad completamente aburrido.

-Me estás tomando el pelo.

-No. No lo entiendes. En la fantasía del héroe romántico, el hombre tiene mucha experiencia, es muy mundano, pero tiene que olvidarse de todo y ser fiel, y evidentemente, amable y tierno con la heroína.

-¿Tú tienes esa fantasía, George? -le preguntó.

Ella casi soltó una carcajada.

-Por supuesto, doctor. ¿No has sido tú maravillosamente violento y desagradable conmigo?

-Demonios -farfulló él.

-George, ¿te estás riendo de mí?

-Lo siento, Elliot. Por favor, no me hagas cosquillas. Estoy demasiado cansada como para hacer ejercicio.

-¿Yo también? -suspiró.- Prefiero ser encantador y aburrido todo el rato.

-No, eso nunca -le dijo en tono somnoliento.

El la besó el cuello y le acarició el pelo.

-¿Sabes que tienes unos ricitos muy femeninos y muy sexys en la nuca?

-¿Ricitos muy sexys? ¡Oh, Dios mío!

-Que no se te olvide femeninos.

Elliot la abrazó más fuerte, y cerró los ojos. En un instante se había dormido.

George estaba dolorida, confundida y feliz.

Él la quería, pensó mientras se quedaba dormida; de lo contrario, no se habría enfadado tanto con ella. No se acordó de que en un rato, la casa se llenaría de gente. Se acurrucó contra él y se durmió.

-¡Oh, qué desastre!

George levantó la cabeza y parpadeó para intentar despertarse completamente.

-¡Está oscuro! -Elliot agarró frenéticamente el despertador para mirar la hora. Las ocho y media.

Se sintió completamente mortificado. Le había hecho el amor sin pensar ni por un segundo en su familia y después, para rematar la faena, se había quedado dormido como un maldito idiota.

-Seguro que mamá nos ha dejado algo de cena- dijo George.

Él soltó una maldición.

George se rió suavemente.

Creo que todo el mundo se habrá imaginado lo que hemos hecho.

Él volvió a maldecir.

-Elliot- dijo ella, razonablemente. No somos adolescentes. Me arrastraste hacia la casa como un hombre de las cavernas. Si hubieran estado un poco preocupados, habrían venido a rescatarme.

-Deberían haberlo hecho -respondió él. Suspiró, encendió la lámpara de la mesilla y miró la ropa tirada por el suelo- No tenemos otro remedio que enfrentarnos a la situación.

El primero que los hizo enfrentarse a la situación fue el pequeño Derek.

-¡Tía George, has estado durmiendo durante la cena! Hemos comido pollo otra vez.

-Creo que lo que necesita tu tía es un buen filete- observó Tod en tono neutro. -Elliot también. Qué raro.

-Tod- le dijo Mariana, entrecerrando los ojos.

-El pollo es perfecto -dijo George.

-Está en el horno, cariño -dijo Dorothy.

Elliot tenía la esperanza de que podrían cenar en privado. Pero pronto descubrió que no sería así. Todos sus hermanos y sus mujeres se les unieron en la mesa.

-Los niños ya están en la cama -dijo Jason, sin dirigirse a nadie en particular.

-¿Y qué significa eso? ¿Que puedes ser horrible si quieres? -preguntó su hermana sin rodeos.

-Bueno- apostilló Tod. Te habrás dado cuenta de que papá y mamá no están tampoco.

George le tiró a Tod un hueso de pollo a la cara.

-Te agradecería, Tod, que no avergonzaras a Elliot.

-¿Elliot? -dijo Derek-. Él es un hombre, muchachita. Eres tú, mi pequeña hermana virgen, la que debería estar avergonzada.

Tammy le dio un codazo a su marido en las costillas.

-Déjalo ya, Derek. George no es una niña. Dios sabe que tu contable no opina eso.

George se dio cuenta de repente de que Tod todavía llevaba el traje de esquiar.

Se preguntó si había entrado en la habitación que compartía con Elliot. Por lo menos, no se había quedado para cambiarse de ropa. Se puso muy roja.

-Ah, George -dijo Tod, con un brillo malvado en los ojos.- Me pregunto qué estarás pensando.

-Probablemente no lo entenderías- le contestó Mariana. Eres el zopenco más insensible que he conocido en mi vida.

-No es un zopenco -apostilló George. -Es un deportista idiota.

-Es lo mismo- respondió Mariana. Si no fuera por su familia, ya lo habría dejado plantado.

Elliot dejó escapar un suave suspiro de alivio. Por lo menos, el fuego se dirigía a otro en ese momento.

Se preguntó si podía decir algo. « ¿Decir qué, tonto?», pensó, riéndose de sí mismo.

-Mariana- amenazó Tod,- si no controlas lo que dices no me caso contigo.

-¿Tú, casarte? -preguntó George sin dar crédito.

-¿El playboy de San Francisco? ¡No lo creo! -añadió Derek.

Tammy miró a su cuñado pensativamente.

-Mariana es demasiado lista como para casarse contigo, Tod. Te sugiero que seas un poco humilde si tienes alguna esperanza.-Mariana sonreía picaramente, con la mano puesta en el brazo de Tod. -Nunca

olvidaré cómo se me insinuó. Me invitó a su apartamento para ver las fotos de sus lanzamientos.

-Probablemente, es lo único en lo que tiene control absoluto -dijo Derek por encima de las risas.

-Creo -farfulló Tod -que ya está bien.

-Pobrecito -se burló George. -¿Estamos mancillando tu reputación?

-¡Dale un diccionario, George! -gritó Jason.

- Muy bien, cerebro de circuito amenazó Tod- Puede que todavía seas capaz de zurrar a George, pero yo…

-Tod -le dijo George a Elliot- siempre usa amenazas de fanfarrón cuando con un poco de ingenio podría arreglarlo todo.

-¡Por lo menos mi ropa no estaba esparcida por todo el suelo de la habitación!- rugió Tod.

Mariana le dio unas palmaditas en el brazo.

-Ssss -le dijo con dulzura. -No deberías demostrar la envidia con tanto descaro.

-Bueno -gruñó Tod, y sonrió sin querer.- Es que me estoy empezando a cansar de que nos tengamos que besuquear en ese maldito sofá.

Hubo un carraspeo en la puerta.

-Perdonadme, niños -dijo Dorothy Hathaway.-Bajad la voz o vais a despertar a los crios.

-¡Eh, mamá! ¿Vamos a seguir siendo niños cuando tengamos sesenta años?- preguntó Derek.

-Algunos de vosotros, indudablemente, sí- respondió Dorothy. Sacudió la cabeza y sonrió-. Supongo que ahora todos sois mayores de edad. Pero ese «maldito» sofá ha sido vuestro mueble favorito. Tammny, ¿te acuerdas de cuando Derek se torció el cuello en él después de tanto… ejercicio?

-Oh, me acuerdo perfectamente. ¡El angelito! He tenido que estar cuidándolo durante trece años.

-¡Por lo menos, hiciste un hombre honrado de mí! -respondió Derek. Se levantó de la silla y sonrió con mala idea a George y a Elliot.- Ya que Tammy y yo estamos en situación legal, y no como vosotros, me la llevo ahora mismo. -¡Morid de envidia, chicos!

Un cuarto de hora después, Elliot se encontró solo con Jason Hathaway porque George se había subido corriendo para aprovechar su turno en la ducha.

-La primera vez que George hizo ese truquito- le contó Jason, jugueteando con la taza de café, a mis padres les dio un paro cardiaco. Tenía nueve años.

Elliot lo miró arrepentido.

-Me ha dado un susto de muerte.

-Supongo que alguien debería haberte avisado- sonrió.- Deberías haber visto la cara que se te puso.

-No, gracias -contestó Elliot lacónicamente.

Jason se quedó callado un momento, y luego continuó:

-Como sabes, Irene y yo vivimos cerca de Filadelfia. Cuando George apareció en la televisión, no sabes la tomadura de pelo que me hicieron en el trabajo. Un par de compañeros entraron en mi oficina a gatas y se pusieron de rodillas para pedirme su teléfono.

-Me pregunto qué tal llevas todo, eso.

- ¿En qué sentido? -preguntó Elliot, arqueando una ceja.

-Como por ejemplo, cuando le piden un autógrafo. ¿Os ha ocurrido ya?

-Sí. Ya entiendo lo que quieres decir, resultó un poco desconcertante las dos primeras veces, pero ahora... -se encogió de hombros.

-No -dijo Jason-. No creo que tú te sientas intimidado. Ya sabes, por ser el acompañante de mi espectacular hermana.

- ¿Por mi ego destrozado? No, George lo hace todo muy fácil, ¿sabes?

Jason sonrió y se levantó.

-No quería ser entrometido -dijo-. Voy a ver la televisión, ¿te apetece?

-Muy bien -sonrió Elliot-. Quizá veamos a George besando un frasco de perfume.

Catorce

-Tengo una sorpresa para ti, Elliot.

Elliot se volvió hacia George en el asiento del avión y sonrió enigmáticamente.

- ¿Otra vez?

- ¡Oh, no! -le aseguró ella-. Me imagino que si has sacado un diez redondo a treinta y cinco mil pies de altura, no tengo que probar nada más. Te daré veinte pistas, pero nunca vas a adivinarlo.

-Me has comprado un bono de regalo para el Mustang Ranch.

-¡Elliot!

-¿Te ruborizas, George? -le acarició la mejilla con la punta de un dedo-. Es un prostíbulo legal, ¿sabes? -suspiró profundamente-. No, supongo que no es eso.

- ¡No, viejo verde!

-Bueno, ya que tenemos bebidas gratis en primera clase, déjame que engulla un whisky Para darle vigor a mi cerebro.

Elliot gastó la vigésima pista cuando estaban a punto de aterrizar en San Francisco.

-Muy bien. Me rindo. Ya me he abrochado el cinturón de seguridad. Suéltalo.

-Mañana por la mañana, mi amor, nos vamos a levantar a las cuatro y media.

- ¿Te has vuelto loca?

- ¡No, no, es en serio! Y yo voy a llamar por teléfono -añadió en tono misterioso.

- ¿A quién? ¿A mi madre?

-No, a Napa. Y si el tiempo es bueno, tú y yo vamos a ir a Napa en coche, y a las seis vamos a subir en un globo.

Los ojos se le encendieron.

- ¿Cómo sabías que yo quería hacer eso? ¡Juraría que nunca te lo había contado! ¡Qué sorpresa, George! -se inclinó hacia ella y le estampó un sonoro beso en la mejilla---. Nunca me plantearía hacer ninguna otra cosa a las cuatro y media de la mañana.

-No nos podemos fiar del tiempo en esta época, pero crucemos los dedos. Y si está lloviendo, o hay vientos huracanados, siempre podemos volvemos a la cama a... dormir.

-Ya veremos -dijo él suavemente.

Estaba amaneciendo cuando llegaron. Dejaron el coche en el aparcamiento y se unieron a los otros cinco pasajeros. Eran turistas de fuera del Estado, y todos estaban igual de emocionados. El capitán era un hombre llamado Martínez, un joven con mostacho que podría pasar por un pirata, pensó Elliot.

Se tomaron un café mientras la tripulación lo preparaba todo. Cuando el enorme globo azul, rojo y blanco estuvo flotando, perfectamente inflado, por encima de sus cabezas, subieron.

-Millie -le dijo George a una mujer mayor de Nebraska-. Ponga el pie aquí y deme la mano.

La mañana estaba muy clara y había una ligera brisa. Elliot se preguntó si habría turbulencias, pero el globo se elevó por el aire tan suavemente que apenas notaron el movimiento. Alcanzaron dos mil pies de altura en diez minutos, totalmente en silencio, excepto por el ruido que hacía Martínez cada vez que abría la llave del propano para mantener el globo inflado. El valle de Napa se extendía bajo ellos, proporcionándoles una preciosa vista de los campos de viñedos.

Normalmente, el vuelo duraba una hora. Una hora, si George no iba en el globo, claro. Ella y David Martínez se hicieron amigos. La dejó hablar con el miembro de la tripulación de tierra que estaba a cargo de la radio para darle la altitud y el rumbo. Incluso le prestó sus guantes y

le permitió abrir la llave de propano. Elliot no tenía duda de que Martínez hubiera dado una semana de vacaciones por tener más combustible en los tanques. Pero no tuvieron suficiente para cruzar las montañas y llegar al Pacífico.

-Está tan silencioso -suspiró George, apoyándose sobre el hombro de Elliot, después de hablar otra vez con tierra-. No se oye nada.

-Los pájaros todavía están durmiendo -contestó Elliot.

- ¿Te ha gustado la sorpresa?

-Lo has hecho muy bien, niña, muy bien.

- ¿Están ustedes en su luna de miel? -preguntó Millie, mirándolos con benevolencia.

-Todavía no -respondió George-. Primero tengo que atraparlo.

-Si alguien es capaz, esa es usted -le dijo otro hombre mayor que había en el globo.

Aterrizaron en el parking de unas bodegas. El globo se enredó en un árbol, y la tripulación tuvo que desengancharlo.

-Ocurre todo el rato -dijo Martínez-. Una vez aterrizamos en una piscina. El dueño no se puso muy contento.

-Supongo que los dueños de la bodega tampoco estarían muy contentos si aterrizara en los viñedos -comentó Elliot.

-Tengo al menos cincuenta historias de ese tipo -dijo Martínez con una media sonrisa.

Después del aterrizaje, los pasajeros fueron agasajados con champán, pan y queso francés en un agradable restaurante de Napa.

-Mira, Elliot, mi certificado de haber volado en globo aerostático. Vamos, ve por el tuyo, y que Drew nos saque una foto.

La empresa de vuelo en globo tenía un fotógrafo que tomaba fotos del despegue, el aterrizaje y de los pasajeros agarrando, con cara de felicidad, el certificado.

-Tenía que haberme afeitado -murmuró Elliot con la boca torcida mientras el fotógrafo disparaba la cámara.

-Tienes un aspecto maravillosamente feroz. Drew nos mandará las fotos dentro de tres semanas; y por supuesto las enmarcaremos.

-Por supuesto -respondió él.

- ¿Las vas a poner en tu despacho de casa o en la oficina?

-Ya veremos.

El doctor David Thornton llamó ligeramente con los nudillos a la puerta de la habitación del hospital y asomó la cabeza.

-Hay alguien que quiere conocerte, George. Norman, aquí está tu paciente, Georgina Hathaway.

George se incorporó y sonrió. El doctor Greenberg era un hombre de unos cuarenta años, delgado y alto, con gafas y que parecía un poco tímido para ser médico.

-Es un placer, doctor Greenberg -dijo ella, tendiéndole la mano.

Norman Greenberg tragó saliva y se la estrechó. Le lanzó a David una mirada de reproche, porque le había dicho que su paciente tenía alrededor de cincuenta años.

- ¿Sorprendido? -le preguntó Elliot, sonriendo ante su incomodidad.

David sonrió también.

-Norman, este es el doctor Mallory.

Norman saludó con la cabeza. Intentó hablar con voz profesional, pero le salió un poco chillona.

-Señorita Hathaway, hay poco de lo que preocuparse. He visto las radiografías y creo que todo nos llevará media hora.

-Cuántas veces, Norman, habré oído esa perorata -lo interrumpió David con una sonrisa.

-Mira, David -dijo George, sintiéndose un poco mal por el doctor Greenberg-, yo no lo he oído nunca, y Dios sabe que necesito que me, den confianza. Doctor Greenberg, David me ha dicho que usted tiene mucha experiencia en este tipo de operaciones, así que no tengo ninguna duda de que saldré de esto con vida. Si los señores se callan, puede usted continuar, por favor.

-¿Cuántos años tiene? -le preguntó el doctor de repente.

-Veintitrés; muy pronto cumpliré veinticuatro -respondió George, mirando de reojo a Elliot.

-Ah -respondió Norman, dándole a la interjección un tono misterioso. Después carraspeó y dijo-: Quiero hablar con mi paciente a solas.

-Nos acaban de dar pasaporte, Elliot -dijo David-. Pero volveremos. No dejes que te engatuse, George.

George estaba pensativa y callada cuando Elliot y ella se quedaron finalmente a solas. Eran las diez de la noche del domingo, y el hospital estaba demasiado tranquilo.

-Esto es para que duermas, cariño.

George miró la pastilla con cara de pocos amigos.

-Ya sabes lo que pienso de las medicinas, Elliot.

-Te apuesto lo que quieras a que vas a estar despierta y sufriendo hasta las tres de la madrugada. Tómatela -observó cómo se la tragaba-. Estarás dormida en diez minutos. Y entonces, yo me voy a ir a casa a tomarme mi propia pastilla.

-Vamos a empezar a las ocho en punto -le dijo George.

-Y para mediodía estaremos comiendo – algo ligero.

- ¿No me encontraré mal?

-No, a menos que hayas estado mintiéndome acerca de tus genes superiores.

Ella le sonrió vagamente.

-Bueno, quizá un poco.

-Entonces te daré muy poco de comer. Y por la noche jugaremos una partida de ajedrez, George, te lo prometo.

Se inclinó hacia ella y la abrazó.

-Todo va a salir perfectamente, cariño -la tuvo entre sus brazos en silencio durante un buen rato, y después la besó en la boca-. Te veré mañana muy temprano -le dijo suavemente, y la tendió sobre la cama.

-De acuerdo -murmuró ella. Elliot esperó unos minutos más hasta que escuchó su respiración tranquila y salió sigilosamente de la habitación.

George abrió los ojos y miró al techo. Notó el efecto de la pastilla pero luchó contra él. Quería sentir el miedo, por lo menos un rato. Se tocó el vientre. Al día siguiente tendría su primera cicatriz. El doctor Greenberg le aseguró que apenas sería visible, e incluso hizo alguna broma sobre llevar biquini.

Ella no le había contado a Elliot que lo había invitado a subir en globo porque era algo que siempre había querido hacer antes de morir. Su último pensamiento antes de quedarse dormida fue que ojalá el doctor no fuera tan inseguro en la sala de operaciones como cuando había querido infundirle confianza.

Habría estado encantada de saber que Elliot estuvo despierto hasta las tres de la madrugada.

George se sentía mareada y desorientada a la mañana siguiente, cuando una enfermera la despertó para darle un tranquilizante. Elliot la acompañó mientras la trasladaban en camilla al quirófano. Se encontró con Maggie antes de la operación.

-Tienes un aspecto horrible -le dijo, mirándolo de pies a cabeza.

-Gracias -le dijo secamente-. ¿Dónde está nuestro cirujano?

-Está hablando con el anestesista. Es muy nervioso, Elliot, pero muy bueno. No te preocupes, ¿de acuerdo? ¿Vas a asistir a la operación?

-Iba a hacerlo, pero ahora ya no lo creo. Esperaré en mi despacho, Maggie. Llámame en cuanto terminéis.

-Muy bien. El amigo de George, el doctor Hansen, me pidió que lo dejara estar presente, y no le pude decir que no.

Elliot farfulló una respuesta ininteligible, y se marchó. Se hizo un café y anduvo enredando con los papeles que tenía sobre el escritorio.

Intentó concentrarse en el trabajo y esperó con impaciencia a que Lisa entrara para avisarlo.

Lo primero que le dijo fue:

-No te asustes, Elliot. Nos han puesto una línea directa con el quirófano.

-Supongo que todo el mundo se ha enterado de que George está aquí.

-Probablemente. Cuando vinisteis, hace casi un mes, todo el mundo sabía a primera hora de la mañana que la habías traído en brazos tú mismo, en bata.

-Ella estaba en bata. Yo venía vestido apropiadamente.

-Perdona mi sintaxis -se disculpó ella-. ¿Qué tal fueron las vacaciones? ¿Habéis esquiado mucho?

-Bien -contestó secamente.

-No te sientas obligado a mantener una conversación normal conmigo, Elliot. Considérame como un mueble.

-Lo siento, Lisa, pero estoy…

-Estás malo de preocupación -terminó la frase por él---. Es lógico. Yo descolgaré el teléfono para que no estés pendiente todo el rato, ¿de acuerdo?

-Muchas gracias -respondió Elliot amablemente.

Cuando, al fin, Lisa entró en su despacho y le dijo que todo había salido perfectamente, salió disparado hacia la habitación de George para estar con ella mientras salía de la anestesia. Para su sorpresa, estaba hablándole en francés a él y a todo el que se acercaba a la cama. Por lo menos, el acento sonaba francés. Las palabras no tenían sentido, por supuesto, y David se moría de la risa.

-Cada uno reacciona de forma diferente -comentó-.Una vez, un chico se puso a recitar a Shakespeare.

- ¿Dónde está Greensberg? -Vendrá en un minuto. Ha hecho un trabajo, excelente, Elliot. Pero creí que se iba a desmayar cuando el equipo desnudó a George en la mesa de operaciones.

-Ya tuviste que sacar el tema –contestó -Hansen no estaba, ¿verdad?

-Ah, los celos. Vamos, Elliot, te estaba tomando el pelo. Creo que George está en mejor forma que tú.

En aquel momento, George empezó a cantar el himno francés, e incluso la enfermera empezó a reírse.

Se recuperó a la media hora, y la primera persona a la que vio fue a Elliot. Sonrió burlonamente y preguntó: - ¿Ya me han abierto?

-Y te han vuelto a coser. ¿Sientes algún dolor, George?

-No. Pero es muy extraño. Sé que el dolor está ahí, pero no lo noto.

-Es por la morfina.

-Y otra cosa muy rara, Elliot. ¿Alguien por aquí estaba cantando en francés?

Él le estrujó la mano.

-En realidad, sí. Se la han llevado para operarle el cerebro.

Estaba a punto de explicárselo cuando entró el doctor Greenberg. Saludó con sequedad a Elliot y le dedicó una amplia sonrisa a George.

-Parece que está usted muy contento, doctor. ¿Ha dado bien las puntadas?

-Hice una incisión minúscula, señorita Hathaway, y he tenido que darle muy pocos puntos. Por desgracia, tengo que volver a Los Angeles hoy. El doctor Smith se los quitará la semana que viene -miró de reojo a Elliot, carraspeó y dijo-: ¿Va alguna vez a Los Ángeles, señorita Hathaway?

-Oh, sí. Cada dos meses, aproximadamente.

Carraspeó de nuevo, sin dejar de mirar a Elliot.

-Quizá la próxima vez que pase por allí le gustaría comer conmigo.

-Sería muy agradable, doctor – le respondió George en un tono muy agradable-. Muchas gracias por venir a cuidarme.

-De nada, señorita Hathaway. Ha sido un placer.

El doctor Greenberg se quedó quince minutos Más. Cuando se marchó, Elliot farfulló:

-Seguro que tiene mujer y cuatro niños en casa.

-No -respondió George, guiñándole un ojo- Anoche me dijo que se divorció hace tres años.

-¡Oh, estupendo! Es lo suficientemente mayor como para ser tu padre.

-Cierto -convino ella tranquilamente- muy cierto. ¿Y qué hay de esa comida ligera, doctor?

Quince

-Es maravilloso estar de vuelta en casa -dijo George, abrazándole el cuello a Elliot al entrar en el vestíbulo, y paseando la mirada, por la estancia con una satisfacción inmensa.

-Nada de subir y bajar corriendo las escaleras durante unos días, George -le dijo, apretándola contra él- Tengo una sorpresa para ti.

-Ya que no estamos a treinta y cinco mil pies de altura –suspiró- probablemente será un chasco.

-No entiendo cómo puedes seguir pensando en lo mismo con todos esos puntos en la panza. No. Lo que tú necesitas es una enfermera durante los dos próximos días y voy a ser yo. Puedes mandarme todo lo que te apetezca.

-¡Dios Santo! -dijo, asombrada -¿Y puedes permitirte dos días de tu tiempo? -le preguntó con seriedad.-De verdad, no tienes porqué hacerlo.

-¿Así es como aceptas los caballos regalados?

-Semental- le murmuró al oído.

Él soltó una carcajada y la dejó sobre la cama.

-Eso también significa que tendrás que hacer lo que yo te diga. ¿De acuerdo?

-Esto es una vergüenza. Lo sabía. Lo que quieres es ser un semental dictatorial.

-Lo único que quiero es que no seas demasiado exuberante.

-¿Vas a dormir conmigo?

-Quizá. Ya hablaremos más tarde -miró el calendario que había al lado del despertador. Miércoles. El domingo hablaría con ella de cosas más importantes.

-Solo dormir, Elliot. Tú eres muy grande y calentito.

-Ya lo sé. Se te ha olvidado «adorable» -le dijo, forzándose a sonreír - ¿Qué tal te encuentras?

-Estoy un poco incómoda, pero nada importante. En realidad, no tienes por qué quedarte en casa conmigo.

-Pero quiero. Vamos a ir a dar un paseo esta tarde para que empieces a recobrar fuerzas. El viernes, estaremos echando carreras por las escaleras. Y el lunes estarás al cien por cien.

-Muy bien. Ben está nervioso. Me ha llamado tres veces al hospital para asegurarse de que estaré… exuberante en dos semanas. Los de Branden-Tyrol ya están preparando el siguiente anuncio. No te lo vas a creer, pero quieren que sea en un campo de trigo en Nebraska. Creo que me van a poner trenzas y tendré que correr por el campo con Rin Tin Tin.

-Quizá te encuentres a Millie saludándote con el delantal.

-Era tan dulce… Incluso me dio su dirección.

Elliot sacudió la cabeza cariñosamente.

-Ella… quería una invitación para nuestra boda -dijo George, mientras jugueteaba con los pliegues de la colcha.

Elliot no dijo nada.

-¿Te apetece un poco de sopa para comer, cariño? Tengo hambre.

George asintió, mirándolo fijamente.

Elliot se dio la vuelta en la puerta.

-Te he comprado varias novelas para que no te subas por las paredes.

Después de comer, Elliot la obligó a tomarse otro analgésico y la puso a dormir.

Bajó a la cocina y empezó a recogerlo todo mecánicamente.

Se sobresaltó cuando sonó el teléfono.

-¿Dígame?

-¿Elliot? Soy Dorothy Hathaway. Estoy intentando encontrar a George. ¿Está contigo?

¡Demonios!

-No-mintió con facilidad. Creo que tenía una sesión de fotos esta tarde. -¿Quieres que le diga que has llamado?

-Sí, por favor. Solo quería darle la noticia. Tod y Mariana se van a casar el mes que viene aquí, en Michigan. Mariana quiere que George sea su dama de honor.

-¡Qué estupendo, Dorothy! Estoy seguro de que George se va a poner contentísima. Le diré que te llame. Probablemente esta noche vendrá a cenar - aquello, por lo menos, no era una mentira descarada.

-Muchas gracias.

Hablaron durante unos minutos más, y Dorothy se despidió. Elliot se quedó mirando fijamente al teléfono y después fue al despacho.

-No puedo creérmelo- le dijo George a Elliot mientras paseaban aquella tarde.- Tod, casado. Ayer hablé con Mariana, y estaba tan tranquila como siempre. Es la persona más plácida y dulce que he conocido en mi vida. Creo que mantendrá a Tod a raya.

-Una verdadera californiana.

-¿Quieres venir a la boda conmigo?

Elliot se miró los pies.

-Ya veremos -dijo finalmente- Tienes un aspecto estupendo, George, y caminas con facilidad.

Ella se rió.

-Sigo pensando que si estoy de pie mucho rato, los puntos van a soltarse. No puedo esperar a que me los quiten -se detuvo un momento y miró hacia la bahía de San Francisco.

El cielo estaba azul claro y había algunas nubes blancas. Los barquitos dejaban el rastro en el agua.

-¿No es precioso? Es más bonito creo, que el Mediterráneo. Ellos no tienen San Francisco, después de todo.

-Resulta de ayuda que no haya niebla.

-Si hace bueno mañana, ¿podemos ir a navegar?

-Si quieres... -le dijo- Ya veremos si mañana estás fuerte.

Nunca debería haberlo dudado. Metieron la comida en una cesta y se fueron a navegar a las doce. Llegaron a Angel Island, bajaron a tierra y pasearon un poco, hasta que Elliot dio el alto Y comieron.

-Siempre sé cuándo necesitas tomarte las cosas con más calma porque te quedas callada.

Ella le dio una patadita a una piedra.

-¿Te parece que hablo demasiado?

-No digas tonterías, George -le dijo.- Eso era una observación cariñosa, y no una crítica.

-Tiene que haber algo en mí que no te guste, algo que te gustaría cambiar.

-Hmmm… Déjame que reflexione. Estoy seguro de que hay una docena de cosas, pero en este momento estoy saciado de navegar y de comer. Mi cerebro crítico está descansando -él no quería decir nada más, pero las palabras se le escaparon sin permiso- ¿Y a ti, qué te gustaría cambiar de mí?

«Eres completamente evasivo y no sé qué demonios estás pensando».

-Bueno, eres demasiado suave.

Él arqueó una ceja a modo de pregunta.

-¿Y qué significa eso?

-Que siempre eres muy controlado.

Él soltó una carcajada.

-¿Te refieres a aquel día, en Aspen, cuando hice el hombre de las cavernas delante de toda tu familia y nos puse en ridículo a los dos?

-Tienes razón. Quizá debería encontrar otra palabra -añadió pensativamente.

-Pero esa fue la primera vez que algo te sacó de tus casillas y te hizo saltar. Sin embargo, la mayor parte del tiempo siempre piensas antes de hacer o decir algo. Al contrario que yo.

-Me ha costado bastantes años aprender que puedo evitar quedar como un tonto si pienso un poco antes de abrir la bocaza.

-¿Así que tú piensas que cuando llegue a tu avanzada edad, seré lo suficientemente sabia como para callarme la boca?

-Algo así. Mira, George, un cormorán.

«Evasivo como siempre», pensó ella, y miró el pájaro demostrando gran interés.

Cuando llegaron a casa de Elliot, George no le dio motivos para enfadarse y se metió en la cama antes de cenar. Odiaba sentirse fatigada, porque le hacía sentir que no tenía control sobre sí misma.

Se levantó mucho mejor, pero tuvo cuidado de conservar sus energías durante la velada. Vieron la televisión durante una hora.

George se sentó en su sitio de siempre, en el suelo, entre las piernas de Elliot. A las diez volvió la cabeza para mirarlo.

-Estás guapo incluso visto desde abajo -le dijo, sonriendo. No, no lo digas. Has tenido años Para perfeccionar esa pose.

-Muy bien, cariño, no lo diré. ¿Estás lista Para ir a la cama?

Asintió, y bajó la cara rápidamente para que él no pudiera ver las lágrimas en sus ojos.

-¿Vas a venir tú también? -sonrió al notar su propia voz hablando en un tono normal

Había estado tratándola como un paciente asexuado durante toda la semana.

-Sí- contestó él, poniéndose de pie- Creo que sí.

-Voy a ducharme.

-Procura que no se te mojen los puntos.

Elliot estaba leyendo una de sus revistas de medicina en la cama cuando ella salió del baño, con un camisón de franela azul. Bostezó y se metió en la cama.

-Espero que no te hayas fatigado demasiado hoy. Consigues que se me olvide que te operaron hace cinco días.

-Sí- dijo ella. -Pero no olvides que soy una mujer, y las mujeres tenemos más resistencia que los hombres.

-Nunca debería haberte enseñado aquel artículo- le dijo, y apagó la luz.

Ella se acercó a él para que le diera un beso casto de buenas noches. Después, muy despacio ' se fue quitando el camisón.

-Te resulta difícil quedarte dormida

-No.

Se acercó a él y se pegó a su cuerpo. Oyó que él tomaba aire y se quedaba totalmente callado. Ella se apoyó sobre los codos y apoyó los pechos sobre el torso desnudo de Elliot.

-¿George...?-empezó a decirle.

Ella le puso la pierna sobre el vientre.

-No puedes escaparte, Mallory -susurró. Le tomó la cara entre las manos y lo besó.

Él notó su muslo frotándolo suavemente, y a pesar de todas sus nobles intenciones, su cuerpo reaccionó al instante.

-¿No? -dijo, entre los besos.

- No, George.

Le empujó los hombros para apartarla, pero notó sus pechos en la piel y perdió el control.

-Me encuentro perfectamente y te deseo, Elliot. Por favor.

«Pero yo no quiero sentirme como un canalla», pensó él.

George deslizó la lengua en su boca, y en vez de apartarla de él, Elliot la acercó más.

«La última vez, maldita sea, la última vez, George».

Ella lo abrazó dulcemente y él notó que se le escapaba un gemido. Se odió a sí mismo.

George lo intentó una vez más.

- No quiero hacerte daño.

-Si eres mi semental regalado -susurró ella, -entonces tienes que hacer lo que yo diga.

-Demonios -dijo él, con la voz ronca. -Ha sido mucho tiempo -la besó con fiereza y bajó las manos por su cuerpo. Ella notó las puntas de sus dedos y se perdió en la sensación de sus caricias. Elliot la levantó y la puso encima de él, sujetándola por la cintura para no dejar que la penetración fuera completa, para hacerla esperar.

-Por favor- dijo George en un susurro.

Entonces él entró en ella con fuerza y la acarició con los dedos, y después la atrajo hacia delante para besarle los pechos.

George tuvo convulsiones al alcanzar el clímax, y sus suaves gemidos rompieron el silencio. Elliot tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para retrasar su propio placer.

-Te quiero -le dijo ella y suspiró en su hombro. Él notó que el sentimiento de culpabilidad le atenazaba el estómago, pero lo ignoró y explotó dentro de ella.

-Dios- dijo un momento después. Ella se quedó tendida encima de él, y cuando Elliot intentó salir de su cuerpo, se quedó rígida. El corazón le latía fuertemente y él lo notaba el, su pecho.

-Creí que iba a morirme -le dijo con la voz temblorosa.

Después le acarició la espalda, calmándola, deseando que aquel simple movimiento lo calmara a él también.

-Estoy demasiado cansada como para moverme -dijo ella, suspirando.

-Entonces puedes ser mi manta esta noche- Elliot se detuvo, al recordar la venda de su vientre. No te he hecho daño ¿verdad?

-Solo me harás daño si te sales de mí - respondió ella.

-Soy un hombre, George. Ya sabes, sin resistencia.

-¿Sin poder de permanencia? le preguntó- moviéndose sensualmente encima de él.

Sin poder evitarlo, George notó que él volvía a crecer dentro de ella.

-Eso es agradable -murmuró, y lo salvó quedándose dormida, con la mejilla apoyada en su cuello.

Elliot se quedó despierto durante mucho rato, mirando al techo.

Contrólate, idiota murmuró con la voz llena de ira hacia sí mismo.

George se despertó con una sonrisa en los ojos y buscó a Elliot. Pero estaba sola en la cama. Se incorporó y miró el despertador.

-¡Dios Santo! -dijo en voz alta. Eran casi las once.

Mientras se duchaba, canturreaba suavemente. Cuando salió del baño, se sorprendió al ver su ropa extendida sobre la cama.

-¡Gracias! -gritó hacia abajo, y se rió de los calcetines largos que Elliot había elegido. Eran blancos con rosas rojas.

Se sentía completamente feliz, y todavía estaba canturreando cuando bajó las escaleras. Elliot salió de la cocina y ella se quedó mirándolo durante un instante. Llevaba un pantalón de pana y un jersey de cuello alto.

-Olvida lo que te dije acerca de tu control -le dijo, sonriéndole-. Eres perfecto tal y como eres.

Él no la miró a los ojos, y ella inclinó la cabeza hacia un lado para intentar verlo.

-Ven a la cocina -dijo él-. He hecho tortitas y beicon.

Siempre que George se sentía insegura, parloteaba.

-Me he pesado y puedo engordar medio kilo. Muchas tortitas, si quieres. Y el beicon está crujiente, justo como a mí me gusta.

Elliot sonrió con tristeza, pero no la interrumpió. Se sentó a la mesa y se tomó una taza de café mirándola comer.

-... así que si no le importa, doctor, creo que no correré cinco kilómetros hoy. He oído que cerca de aquí hay un museo nuevo y una exposición interesante. Pero también podríamos ir al acuario. Siempre es divertido. Quizá...

Él notó un sudor frío en la frente. Sabía que ella percibía que algo no iba bien. Se encontró a sí mismo memorizando el sonido de su voz, la forma en que terminaba las frases.

-¿Qué te parece, Elliot?

Miró hacia arriba y estudió su rostro. Se obligó a sonreír y notó como si la cara se le estuviera rompiendo.

-¿Has terminado de desayunar?

Ella asintió y se dio unas palmaditas en el estómago.

-Me gustaría que me enseñaras a hacer tortitas como las tuyas.

-No es difícil. Solo tienes que seguir las instrucciones de la caja -su voz le sonaba como la de un canalla. Se puso de pie-. George, por favor, ¿te importaría venir al salón? Ella lo siguió mirándolo cautelosamente, y cuando llegaron al sofá ella saludó como un soldado.

-¿Sí, mi sargento mayor?

El dejó escapar un profundo suspiro.

-Tenemos que hablar, George -se pasó la mano por el pelo. Estaba furioso consigo mismo y con la situación-. No puedo casarme contigo, George -le dijo de repente.

Hubo un silencio sepulcral. George sintió como si le hubiesen dado un puñetazo en el estómago. Sin embargo, no estaba del todo sorprendida. Se oyó decir a sí misma, con la voz calmada:

-¿Puedo preguntar por qué?

-Por varios motivos -dijo él con la voz entrecortada-. Creo que la razón más importante es obvia. Tienes veintitrés años...

-Casi veinticuatro -lo interrumpió.

-Y yo voy a cumplir treinta y nueve a finales de año. Hay quince años de diferencia entre nosotros, George. Son muchos años. No eres de mi generación, o yo no soy de la tuya, como quieras verlo. Si tienes algún recuerdo de los años sesenta, será de jugar con tus hermanos.

-Yo crecí en los sesenta.

-No, tú eras una niña en los sesenta, no una adulta. ¿No entiendes que yo estaba en el instituto cuando tú naciste? Podía haber sido tu canguro.

George intentó controlar el terror frío que le estaban provocando sus palabras. Tenía una sensación rara, como si la puerta de una cárcel se estuviera cerrando con ella dentro. Sonrió y le dijo con voz tranquila:

-Elliot, te comportas como si yo fuera una niña que no es capaz de pensar, como si no supiera lo que quiero, como si no fuera lo suficientemente madura como para tomar decisiones. Los quince años no significan nada, para mí. No he notado que dudaras a la hora de hablar conmigo sobre algún tema. Yo siempre he pensado que eso era una parte muy importante del matrimonio: dos personas que disfrutan en compañía del otro, comparten ideas y, bueno, juegan juntas. ¿Me he engañado a mí misma? ¿No te lo pasas bien conmigo?

-Sí, disfruto mucho, pero nos conocemos solo desde hace seis meses, George.

-¿Así que piensas que me voy a volver aburrida solo porque no me acuerdo de Kennedy? ¿Qué tiene eso que ver con nosotros?

-Es más la diferencia entre nuestras experiencias en la vida -notó la tensión en su voz. ¿Qué se creía, que George iba a recoger las velas y dejarlo sin ninguna discusión?-. George, la mayoría de mis amigos son de mi edad o mayores. Mira David y Doris. Podrían ser tus padres, por Dios.

-Dudo que les gustara oír eso.

-Probablemente no, pero es cierto.

-Te aseguro que si tú tuvieras veintitrés años y yo treinta y ocho, me sentiría igual que ahora.

Él tuvo que sonreír, pero sacudió la cabeza al mismo tiempo.

-Quizá en la época victoriana un matrimonio con tanta diferencia de edad habría sido apropiado, pero no hoy en día, George. Seguro que no quieres pasar tu vida con un hombre que tendrá cincuenta años cuando tú tengas treinta y cinco. Treinta y cinco son menos años de los que yo tengo ahora.

-Así que -dijo ella lentamente, con los ojos fijos en los de Elliot- tú estás tomando la determinación en mi lugar, y yo no tengo nada que decir.

Él suspiró.

-Sí -dijo.

-¿Y no significa nada que yo te quiera? ¿Que quiera pasar el resto de mi vida contigo?

-George -respondió él en voz baja-. Me aproveché de tu juventud y de tu inexperiencia. No, no me interrumpas. Es verdad que fuiste tú quien me eligió a mí, tal y como me contaste, porque yo era mayor y confiabas en mí para descubrir el sexo. Yo sabía que esto iba a ocurrir, George. Tú no. Crees que estás enamorada de mí, pero solo es el encaprichamiento del primer amor.

George se levantó de un salto del sofá.

-¿Encaprichada contigo? Eso es lo más engreído y estúpido que te he oído decir nunca. ¡Demonios, Elliot Mallory, no soy ninguna idiota! Concédeme que conozco la diferencia entre tener un capricho y estar enamorada.

Él prefirió no hacer caso de sus palabras.

-Escúchame -le dijo con rudeza-. Es natural, si el hombre no es un completo inútil, que una mujer virgen se enamore de él si el sexo entre ellos funciona. George, soy el único hombre con el que te has acostado. Yo, por otra parte, me he acostado con muchas mujeres.

Ella soltó un gemido de dolor y los ojos se le llenaron de lágrimas. Agitó las manos hacia él para rogarle que se detuviera.

-¿Así que para ti solo he significado sexo satisfactorio? ¿Hasta que aparezca otra?

-Ahora estás siendo una estúpida. Exactamente igual que yo experimenté a tu edad, es normal que tú lo hagas también. Ya no me necesitas. Es hora de que estés con hombres de tu edad. Y al final encontrarás a alguien con el que querrás casarte, y lo harás porque sabrás...

-¡Pareces un ordenador!

-George, he pasado seis meses muy buenos contigo. No quiero que pienses que no han significado nada para mí. Pero no voy a aprovecharme más de ti. No solo eres muy joven, sino que además tienes un futuro increíble por delante.

Vas a convertirte en una celebridad en muy poco tiempo, y tu vida será muy emocionante. No puedo formar parte de eso, ni te voy a atrapar en un matrimonio que te resultará agobiante en menos de un año.

-Lo has pensado todo muy bien, ¿eh?

-Sí.

George intentó ser sarcástica, pero no pudo.

-¡Qué mala impresión debiste de llevarte cuando te pedí que te casaras conmigo! Me imagino que una mujer de tu generación nunca habría hecho algo tan chocante.

-Probablemente no.

-Tú eres todo un hombre, y estoy segura de que te repondrías del shock rápidamente. ¿Por qué no me dijiste que no te querías casar conmigo cuando te lo pedí, hace dos semanas?

Él no pudo mirarla a los ojos.

-¡Oh, Dios! ¿Cómo puedes ser tan estúpido? -ella soltó una carcajada ronca-. Creíste que no me operaría. Piensas que soy tan infantil y me cuido tan poco que me quedaría devastada por tu rechazo y me mataría. !Contéstame!

-Sí -dijo.

-No te creo, no puedo. Debes de pensar que soy tonta. Y encima me atrevo a interrumpir tu precioso discurso preparado con tanta antelación. ¿Puedo decir algo sin que me ignores?

-He escuchado lo que me has dicho, George.

-Pero no era lo suficientemente importante como para que me respondieras.

-Te he respondido lo mejor que he podido.

-Eres un desgraciado y crees que tienes superioridad moral sobre mí -le soltó-. ¿Ahora no estás preocupado porque se me salten los puntos? Me pregunto por qué no has esperado para dejarme hasta mañana.

-¡Basta ya, George! -le gritó-. Estoy haciendo lo que creo que es mejor para los dos. Si he sido un necio, lo siento. Pero George, tienes que creerme. El tipo de enamoramiento que tienes no dura. Dios sabe con cuántas de las chicas con las que me he acostado he querido pasar el resto de mi vida. Simplemente, no es verdad. No permanece.

De repente, George sintió que le fallaban las piernas y se dejó caer en el sofá.

-Hay algo que quiero saber -dijo.

-¿Sí?

-¿Me quieres?

Él desvió la mirada y notó los labios tensos. George quiso gritarle, pero todo lo que dijo fue:

-No, no lo digas. Creo que puedo soportar oír muchas cosas, pero eso no -él no podía quererla de la misma forma que ella, pensó.

«Qué vas a decirle ahora, maldito imbécil».

-Me importas mucho, George -le dijo calmadamente-, pero eso no tiene nada que ver. Ya es hora de que disfrutes tu éxito sin que yo esté colgado de tu cuello. Y quizá dentro de muy poco tiempo estés preparada para salir con otros hombres más jóvenes que pertenezcan al mismo mundo que tú. Encontrarás un hombre apropiado para ti, ya lo

verás. Y yo también me encontraré mejor con una mujer más cercana a mi edad.

-¿Corno Eileen Raeburn?

-Sí, como Eileen.

-Supongo que no hay nada más que decir, ¿verdad?

Él podía sentir perfectamente la pena en su voz. «Estoy haciendo lo correcto», se dijo de nuevo.

-No. He hecho tus maletas.

Ella estalló en carcajadas.

-¡Y yo me preguntaba por qué habías dejado mi ropa sobre la cama! Todo lo demás estaba esperándome al lado de la puerta.

-Te llevo a tu casa.

-No voy a ir ni a la esquina contigo.

Anduvo rápidamente hasta la puerta, y miró por encima del hombro a Elliot.

-Muchas gracias por la experiencia educativa, doctor Mallory. Estoy segura de que con su estilo, muy pronto tendrá a otra mujer en su cama para que lo mantenga caliente.

-George, te voy a llevar a casa.

-Vete al infierno -dijo en voz baja. Se encerró en su orgullo y dio un portazo al salir de la casa.

Elliot se quedó inmóvil durante varios minutos. Después fue hacia la puerta, tomó las maletas y caminó hacia el coche. Condujo lentamente, buscándola. Finalmente, paró en su casa, se bajó del coche y dejó las maletas en su porche. Volvió al coche y esperó. Un cuarto de hora después, la vio caminando hacia su casa. Iba mirando el suelo y con los hombros hundidos hacia delante. Él vio cómo se detenía a mirar el equipaje, y cómo abría la Puerta con la llave. Metió las maletas de dos patadas y sin mirar atrás, entró y cerró tras ella.

Elliot volvió a casa lentamente, sintiéndose muy viejo.

Dieciséis

El doctor David Thorriton miró pensativamente a la calle desde la ventana de su despacho. Vio a la doctora Margaret detenerse al pasar Elliot, para hablar con él. Seguramente, estarían conversando sobre el tiempo, se imaginó David. Elliot no hablaba de otra cosa. Y había sido así durante los últimos seis meses. Sacudió la cabeza y fue hacia su escritorio. Diez minutos después, Maggie llamó ligeramente a la puerta y entró.

-¿Qué tal estás, Maggie? -le dijo, señalándole una silla.

-Sobrevivo, lo cual es mucho decir comparado con alguno de mis amigos.

-Te he visto hablando con Elliot -le dijo, jugueteando con la pluma.

-Sí, un segundo. Acababa de llegar de su sesión de natación diaria. Me estoy empezando a preguntar si todavía lo puedo considerar como un amigo.

-Han sido seis meses -dijo David. Se sentó en su silla giratoria y apoyó la cabeza en el respaldo, con los ojos cerrados-. ¿Sabes? Al principio, me enfurecí con George por haberlo mandado a paseo. Después de todo, ella es la joven bellísima que va camino a la fama, que conoce gente muy interesante y se libera del exceso de equipaje. Estuve tentado de ponerle precio a su cabeza por haber tratado así a Elliot. Y luego, uno de los residentes de Radiología, un amigo de ella, dejó caer que había sido Elliot quien la había mandado a paseo -suspiró profundamente-. No me lo creía.

-¡Ni tú, ni nadie! Casualmente, el nombre del residente es Randy Hansen, y yo le sonsaqué lo mismo.

David abrió unos ojos como platos y le lanzó una mirada admirativa.

-Bien hecho, Maggie. A mí no se me ocurrió investigarlo por mí mismo.

-Elliot debe de estar loco.

-Bueno, y si no estaba loco cuando la dejó, lo está ahora. Ha perdido mucho peso, se ha vuelto peor que un dictador y ha rechazado todas las invitaciones que le ha mandado Doris.

-Y no hay nada que podamos hacer al respecto -gimió Maggie-. Yo intenté hablar con él hace dos meses, y lo lamento. No me gritó ni nada de eso; simplemente se quedó congelado. Me sentí como si estuviera al lado de un iceberg.

-Y a mí me trata como a un colega bienintencionado que no entiende nada. No he visto ningún anuncio de George últimamente en la televisión. ¿Qué será de ella?

Era una pregunta retórica y Maggie se encogió de hombros.

-Si se te ocurre alguna idea brillante, dímelo. ¿Cuánto tiempo va a seguir así?

-Dios sabe. Yo no. Supongo que es mejor que hablemos de algo en lo que podamos intervenir. ¿Qué pasa con la señora Winthrop? ¿Has visto su ecografía?

Todavía estaban hablando de trabajo cuando la secretaria de David asomó la cabeza por la puerta.

-Su mujer está aquí, doctor. Dice que es urgente.

David saltó de la silla. Doris nunca iba al hospital sin ser invitada a no ser que hubiera ocurrido una catástrofe.

-¡David! -Doris se quedó quieta un segundo cuando reconoció a Maggie.

Se volvió Y cerró la puerta.

-¿Qué pasa? ¿Están bien los niños?

-Están perfectamente -dijo Doris-. Y dentro de poco, Elliot lo estará también. ¿Qué tal, Maggie? Venid aquí los dos -continuó sin tomar aire-. ¡Mirad esto!

-¿Una revista de moda? -preguntó David, totalmente sorprendido.

Doris pasó las páginas a toda prisa.

-Espera un minuto -dijo ella, con una sonrisa perversa en los labios.

Maggie gritó.

- ¡Oh, Dios mío!

David se rascó la cabeza.

-Me parece que el día de Elliot no va a acabar tal y como ha empezado.

Cinco minutos después, David entró en la oficina de Elliot con la revista bajo el brazo.

-Hola, Lisa. ¿Está ocupado tu jefe?

Lisa Dickerson puso los ojos en blanco.

-Está preparando una conferencia. Ha destrozado a dos estudiantes esta mañana, y me ha vociferado cuando ha vuelto de nadar. ¿Está seguro de que quiere verlo?

-¡Por supuesto que quiero verlo! -fue hacia el despacho y al llegar a la puerta se volvió sonriendo-. Espera unos minutos, Lisa. Te apuesto cien dólares a que lo ves salir muy cambiado.

-Sí, claro, y Tom Selleck va a entrar a formar parte de mi vida.

-Espera y verás -reiteró David; llamó a la puerta y entró.

Lisa oyó que Elliot decía de mala manera: -¿Qué quieres, Lisa?

«Creo, doctor Thornton», pensó con tristeza «que va a perder cien dólares».

-Buenas, Elliot. Hace un día precioso, ¿verdad? Y no hay niebla, lo cual es poco corriente en julio.

Elliot se pasó una mano por el pelo.

-¿Qué quieres, David? Estoy muy ocupado.

-Pues en un segundo vas a estar todavía más ocupado.

-Mira, David, estoy trabajando, y no tengo tiempo para tu ingenio críptico.

-Te he traído algo. Mira.

David le dio a Elliot la revista, abierta por una página doble a todo color. Elliot le lanzó a David una mirada impaciente, y miró hacia abajo.

-¡Oh, Dios mío!

-Sí -convino David en tono agradable-. Yo he pensado algo parecido.

Elliot miró a George, que sonreía en doce posturas diferentes, bellísima en todas ellas y muy embarazada. Le temblaron las manos. Las fotos la mostraban en todos los estadios de su embarazo.

Tragó saliva.

-¿Dónde has conseguido esto?

-Me lo acaba de traer Doris.

-¿De... cuánto está, David?

David miró las fotos.

-De unos seis meses, diría yo.

La expresión de Elliot fue de dolor.

-Yo no lo sabía -dijo con tristeza-. No me lo había dicho.

-Evidentemente. Pero ahora ya lo sabes.

David observó la transformación asombrosa en décimas de segundo. A Elliot le brillaron los ojos y se levantó lleno de determinación. Sonrió débilmente y dijo:

-Te debo una, David. Si me disculpas...

Tomó la chaqueta y fue hacia la puerta.

-Buena suerte -le dijo su amigo.

-Bueno -dijo Lisa cuando David salió del despacho-. Me alegro de no haber aceptado su apuesta. ¿Qué ha pasado? Me ha dicho que probablemente se tomaría el resto de la semana libre.

David sonrió, le pasó a Lisa la revista y salió silbando por la puerta.

-¡Qué maravilla!

Él todavía estaba sonriendo cuando llegó a su oficina.

Elliot apretó el timbre, y luego llamó con los nudillos. Oyó la voz de George y el corazón le dio un vuelco.

-¿Quién es?

¿Qué pasaría si ella no lo dejaba entrar? Elliot apretó los dientes. Tiraría la puerta abajo, si era necesario.

-Soy Elliot. Abre la puerta, George.

Oyó que quitaba la cadena y el cerrojo. Abrió la puerta lentamente, y Elliot empujó para abrirla rápidamente y pasó.

La miró durante un momento, y sonrió.

-Hola, George -dijo-. Estás... diferente, de alguna manera.

Realmente, pensó, estaba horrible, si aquello era posible en George. Llevaba un vestido rosa hasta el suelo que le moldeaba perfectamente la tripa de embarazada. Tenía el pelo recogido en una coleta mal hecha. Estaba pálida y tenía los ojos hinchados. Deseó abrazarla más que ninguna otra cosa en el mundo, pero se quedó inmóvil, observándola. No sabía qué hacer, pero su voz dulce lo sorprendió.

-Elliot Mallory, vivo y coleando. Entre, doctor. Creía que los personajes tan importantes se limitaban a hacer llamadas a domicilio.

George no esperó a que le respondiera. Se dio la vuelta y entró en el salón. Parecía un barco. Se balanceaba a la izquierda y a la derecha.

-No -dijo él amablemente, siguiéndola-. He venido a verte.

-¡Qué agradable! -murmuró-. ¡Y qué maleducada soy yo! ¿Quiere algo de beber, doctor?

-Es demasiado pronto.

George sonrió burlonamente y desapareció en la cocina. Elliot la siguió de nuevo. La cocina estaba totalmente limpia, excepto por las botellas de vino vacías agrupadas a un lado del fregadero. Observó, asombrado y disgustado, cómo George abría la nevera y sacaba una botella. Entonces la elevó hacia él como saludo.

-¿Estás seguro de que no quieres un poco?

Elliot negó con la cabeza.

Ella se sirvió un vaso. Un vaso de los de agua, pensó él, frunciendo el ceño. Se lo llevó a los labios y bebió un tercio del contenido de un trago.

Agarró la botella en una mano y el vaso en la otra, y fue de nuevo hacia el salón. Se sentó en una silla y, para estupefacción de Elliot, encendió un cigarro, le dio una calada y expulsó el humo formando un anillo.

Él vio un cenicero lleno sobre la mesilla que había a su lado.

-Por favor, siéntese, doctor -le dijo, señalándole el sofá- Quizá sea tan amable de decirme para qué ha venido. Es un día de entre semana, ¿sabe? Y un hombre tan importante como usted tendrá muchos asuntos que atender.

George -le dijo con delicadeza-. ¿Por qué no me lo dijiste?

-Deduzco que has visto el anuncio de la revista.

George le dio otro trago al vaso de vino y sonrió dulcemente.

-¿Por qué tendría que haberte informado de mi... estado?

-Creo que es evidente.

-Oh -le dijo, como si estuviera sorprendida-. ¿Crees que es tuyo? Un error comprensible, supongo. Pero no tienes que preocuparte. Este niño no es tuyo.

-Déjalo, George. Sabes que tendrías que habérmelo dicho inmediatamente.

-Bueno, bueno -dijo ella, burlona-. No empieces a sentirte culpable. No voy a demandarte para que lo reconozcas -frunció el ceño pensativamente-. De hecho, si quisiera demandar a alguien, no sabría a quien.

-¿Qué demonios quieres decir con eso? Estás embarazada de seis meses, lo cual quiere decir que te quedaste en febrero.

-No, estás equivocado. Estoy de un poco más de cinco meses, pero el bebé es bastante grande. Y, como ya te he dicho, tú no eres el padre -se tomó otro trago de vino.

-¿Cuándo has dejado de trabajar? -le preguntó de repente.

-Veamos -dijo ella, apretando los labios-. Hoy es miércoles. Supongo que mi último día fue el viernes. Sí, el viernes.

Gracias a Dios, no llevaría bebiendo y fumando más de una semana.

Miró fijamente a su tripa.

-No me mientas, George. Sé que tienes todo el derecho a estar enfadada, pero...

Ella lo interrumpió con una risa chirriante.

-¿Enfadada? ¿Contigo? Demuestras tu engreimiento una vez más. Tenías razón, ¿sabes? Cuando estaba en Nebraska, en los campos de trigo, conocí a un hombre muy agradable. Era el director del anuncio. No tenía más de treinta años, y nos hicimos amigos. Era casi tan buen amante como tú. Él podría ser el padre. 0 sino, Damien, con quien estuve después en Nueva York. Aunque él no es muy grande, así que no sé si el bebé será suyo

Dios mío, espero que no se parezca a Norman Greenberg. Aunque en realidad, pasé un estupendo fin de semana con él en Los Ángeles.

Él no la creyó ni por un instante. Quería abrazarla. Su hijo. Estaba embarazada de su hijo.

-¿Quién es tu médico? -preguntó, con la voz aguda.

Ella encendió otro cigarrillo.

-¿No estás yendo al médico?

-No creo que sea asunto suyo. Parece que tienes la noción equivocada de que, sin ti, estoy indefensa -le explicó con indiferencia-. Quizá las mujeres de tu generación sean unas bobas que no pueden funcionar sin un hombre fuerte a su lado. Pero no te engañes, yo sí.

Encendió otro cigarrillo. Le temblaban las manos.

-No -respondió él, mirándoselas-. Yo nunca pensé que tú estuvieras indefensa. Debiste de quedarte embarazada la última noche que pasamos juntos -añadió sin pausa.

-Pero ¿todavía no quieres escucharme ni creerme, verdad? -se encogió de hombros-. Bueno, no es nada nuevo. Debería recordar que una vez que has decidido algo, nada Puede hacerte cambiar de opinión. Especialmente una veinteañera frívola. De cualquier forma, doctor, no tengo nada más que decirle. Siento lo del anuncio de la revista, pero ya

ha salido del atolladero. No se sienta culpable. ¿Le importaría marcharse ahora?

Él no quería otra cosa que abrazarla. Pero en vez de eso, asintió y se puso de pie.

-Ha sido muy noble por tu parte venir a verme -le dijo, con la ira asomándole en la voz-. No tengo que decir que espero no verte nunca más en la vida. Ah, y por cierto, el regalo de boda que les enviaste a Mariana y a Tod era muy bonito. Pensé que habría sido más apropiado un sapo gigante. Pero de nuevo, ¿qué sé yo?

-Adiós, George -le dijo él. No se detuvo, salió rápidamente del salón y de la casa.

Cerró la puerta suavemente.

George engulló el resto del vino y sonrió amargamente. Se había ido. Para siempre. ¿Qué se esperaba? Tomó la botella de vino y se la llevó a la boca. «No me importas, maldito seas. No me vas a importar más».

Dos horas después, a las cuatro, alguien volvió a llamar al timbre. George miró con los ojos medio nublados a la puerta de donde provenía aquel sonido espantoso. Se levantó y anduvo tambaleándose.

-¿Quién es? -

Hubo una pausa, y después un gruñido.

-¿La señorita Hathaway? Un telegrama.

Un telegrama. Alguien estaba enfermo. Se le encogió el estómago y abrió rápidamente. Elliot estaba enfrente de ella. Intentó darle con la puerta en las narices, pero estaba torpe y lenta, y él empujó y pasó al vestíbulo.

-¡Vete! -le gritó-. ¡Sapo mentiroso!

-Puedes lanzarme todos los insultos del diccionario si va a hacer que te sientas mejor. Vamos, George, tenemos que hacer tus maletas.

Lo miró, parpadeando.

-Maletas -repitió estúpidamente-. ¿De qué estás hablando?

-Voy a desintoxicarte, cariño. Dios, te has emborrachado.

-¡Aléjate de mí, Elliot Mallory! -levantó las manos y extendió los brazos para mantenerlo lejos de ella-. ¡El niño no es tuyo, por Dios! ¡Vete!

-Mientras me maldices, puedes seguir contándome cosas sobre tus amantes -le dijo calmadamente-. Vamos, vamos a recoger tus cosas.

Ella sintió rabia. Seis meses de dolor y soledad. Fue hacia él y empezó a golpearlo con los puños, llorando de furia.

Elliot la agarró y la apretó contra su pecho.

-Perdóname, cariño -le susurró contra la sien.

De repente, ella se quedó inmóvil.

-¿George?

Levantó la cabeza.

-Creo que voy a vomitar -dijo. Se liberó de sus manos y fue torpemente hacia el baño. Ya no tenía fuerza para luchar contra él, así que le permitió ayudarla mientras vomitaba todo el vino que había consumido. Gimió suavemente, deseando morirse.

-No -murmuró cuando él la levantó en brazos y la llevó a su habitación. La dejó con cuidado sobre la cama y le dijo:

-Quédate quieta. Ahora mismo vuelvo.

Elliot le trajo un trapo húmedo para que se lo pusiera en la frente.

-Tómate esto -le dijo, y la incorporó ligeramente-. Y ahora enjuágate la boca. Te hará sentirte mejor.

George hizo gárgaras con el agua y sintió que se le hacía otro nudo en el estómago. Escupió en el vaso que él sostenía.

-No me lo creo -dijo.

-Lo sé -él tampoco podía creérselo. Ver a George borracha y vomitando lo había impresionado. Y era todo culpa suya.

-¿Qué estás haciendo?

-Nos vamos a Carmel.

George intento incorporarse y sentarse en la cama, pero volvió a caerse sobre la almohada.

-Ni lo pienses -le dijo rabiosamente, tirando el trapo al suelo-. No iría contigo ni al Cielo.

-No tienes elección.

Estaba empezando a sentirse somnolienta.

-¿Qué eran esas pastillas?

«Algo para hacerte más dócil».

-Algo para que te calme el estómago. Concéntrate en orientarte de nuevo, George. Todo irá bien, te lo prometo.

-Nada irá bien -le dijo con amargura-. Tus promesas no valen nada -«pero él nunca te hizo promesas, idiota. Ni una sola», pensó.

Oyó que él se movía por la habitación. Si no se sintiera tan mal, si pudiera levantarse y echarlo a patadas…

Elliot sonrió al doblar algunos de los pares de calcetines más espantosos que tenía. Ver su ropa interior lo hizo sentirse muy mal. Ya no tenía braguitas sexys de seda; en su lugar había bragas de algodón muy prácticas. Todo era blanco y puritano. Sintió una profunda tristeza por lo que había hecho, y se preguntó si habría forma de arreglarlo.

Metió la ropa en la maleta metódicamente; cada dos minutos miraba hacia la cama. George se había quedado casi dormida. «Mucho mejor», pensó. No quería imaginarse cómo sería llevarla hacia el coche gritando y pataleando. Salió de la casa rápidamente, y metió la maleta en el maletero.

Cuando volvió, se inclinó sobre ella para asegurarse de que estaba dormida, y la tomó en brazos con cuidado. Ella se movió y murmuró enfadada:

-¡Suéltame, estúpido! No voy a ir a ninguna parte contigo.

-Está bien, cariño -le dijo. Sintió que el bebé se movía, y la apretó más fuerte con su pecho. La puso en el asiento del coche y la tapó con una manta.

Fue dormida todo el trayecto hasta Carmel, con la mejilla apoyada en su muslo. Casi había anochecido cuando llegaron al aparcamiento de Brittany Inn. Había conseguido reservar la misma habitación en la que había estado con George hacía ocho meses. La dejó dormida en el coche y fue al mostrador para recoger las llaves.

George se despertó de repente cuando la dejó sobre la cama de su habitación. Lo miró totalmente confusa.

-No... entiendo nada -empezó a decir, intentando sentarse en la cama.

-Estamos en Brittany Inn. He traído zumo de naranja. ¿Quieres un poco? Es muy bueno para el estómago.

Su tono profesional hizo que ella soltara una carcajada sarcástica, pero aceptó el zumo. Bebió dos vasos enteros. Se apoyó en las almohadas y lo observó mientras deshacía las maletas. No quería sentirse tan cansada y tan indefensa.

-¿Te apetece tomar un baño? -le preguntó cuando terminó de colocar la ropa en el armario-. He traído champú, tu secador y todo lo que necesites.

Ella no dijo nada, pero soltó otra carcajada.

-Después de que te bañes, cenaremos en la habitación -y añadió con seriedad-: Sin vino.

-Desgraciado -le soltó entre dientes.

Él le sonrió.

-Está bien -le dijo ella, dándose cuenta de que le picaba el cuero cabelludo.

-Estupendo-contestó él vivamente-. Voy a llenar la bañera. Solo será un minuto.

Ella estaba apoyada en el lavabo cuando él se incorporó al lado de la bañera. Elliot prefería mil veces antes su ira que la mirada de derrota que tenía en los ojos.

-¿Quieres que te ayude a entrar en la bañera?

Intentó acercarse para bajarle la cremallera del vestido, pero ella le dio un manotazo.

-No necesito su ayuda, Doctor Mallory -le soltó con rabia-.¡No necesito nada de ti!

Él le acarició la tripa con los ojos.

-Creo que ya has conseguido algo de mí -le dijo.

Ella lo miró fijamente.

-Enjabónate un rato. Te aclarará la mente, después de las pastillas que te he dado. No eres buen rival en este estado.

Ella le tiró un tubo de pasta de dientes, pero él lo esquivó y salió del baño.

Diecisiete

Había una reposición de Star Trek en la televisión, y Elliot la dejó encendida. Quería que George comiese algo y pensó que con la distracción sería más fácil.

Oyó que llamaban a la puerta por encima del ruido de su secador. Un camarero llevaba la cena en un carrito.

Elliot mantuvo una conversación breve con él, le dio la propina y cerró la puerta cuando hubo salido.

-George -le dijo-. Ya han traído la cena. Espaguetis con salsa de almejas y pan de ajo.

La puerta del baño se abrió y salió George, con mucho mejor aspecto que antes. «Nada como un buen baño para llevarse el mal humor», pensó él. El pelo le caía suave y sedoso alrededor de la cara, y llevaba un camisón y, una bata limpias.

Se detuvo, sin saber qué hacer.

Él sonrió, acercó una silla a la mesa y dijo:

-Si quieres, puedes ver al Capitán Kirk mientras comes. Creo que es el capítulo en el que la comandante Romulana se enamoraba del capitán Spock.

-Y por supuesto, al final pierde la mujer -dijo ella mientras se sentaba, con la voz irritada.

Elliot no se dejó provocar.

-He pedido más zumo de naranja.

-Gracias -contestó ella secamente.

Al final del episodio, George se lo había comido todo, y había bebido bastante zumo.

Elliot se levantó, puso todos los platos en el carrito y lo sacó al pasillo.

-Voy a ducharme -dijo cuando volvió.

Ella dio un respingo y lo miró. Se pasó la lengua por los labios nerviosamente.

-¿Qué pasa? -le preguntó él, amablemente. Vio de qué forma miraba hacia la cama y comprendió.

-¿Dónde vas a dormir? -le soltó sin miramientos.

-George -le dijo con la voz muy tranquila-. Vamos a dormir en esa cama. No te voy a hacer nada. ¿Quieres irte a dormir ahora?

Ella asintió, se agarró a los brazos de la silla y se levantó. Él tuvo la tentación de sonreír al ver su torpeza. Parecía como si estuviera buscando su nuevo centro de gravedad. Cuando estuvo de pie, George suspiró profundamente y le dijo:

-Quiero marcharme mañana. No quiero estar aquí contigo

Elliot la miró pensativamente, buscando algo que decirle.

-¡Maldito seas! ¡No quiero tu compasión!

-Compasión -repitió él.

-Te he dicho que el niño no es tuyo, Elliot. No sé a qué estás jugando, pero yo no quiero participar.

-Siéntate -le dijo.

-No me des órdenes, desgraciado.

-Siéntate, George -caminó hacia ella, y George se hundió en la silla. Él se detuvo detrás de lasilla que había enfrente, y agarró el respaldo hasta que los nudillos se le quedaron blancos.

-Y ahora escúchame un minuto -le dijo con calma-. Deja de mentir sobre el niño. Y dime por qué no me lo contaste en el mismo instante en que descubriste que estabas embarazada.

-¿Para qué? -espetó ella fríamente-. ¿Para que te ofrecieras a pagar el aborto? ¿Para que pudieras acusarme de quedarme embarazada a propósito para que te casaras conmigo?

-¿De verdad crees que habría querido que abortaras? -le preguntó en voz baja.

Ella se encogió de hombros.

-No hubiera tenido importancia, realmente. Para cuando me di cuenta, habría sido demasiado tarde. ¡Dios sabe que yo no quería esto!

Elliot cerró los ojos un instante para intentar controlarse. Entendía toda su ira y su desconfianza, e intentó encontrar las mejores palabras.

-¿Qué le ocurre, doctor? ¿La idea de ser padre le causa mucho estrés? El niño es mío, y solo mío. Juraré que me he acostado con todos los hombres de San Francisco si intentas conseguir la custodia.

Él hizo caso omiso de sus palabras y la miró a la cara.

-¿Realmente crees, George, que habría sugerido un aborto? ¿0 que habría pensado que te quedaste embarazada a propósito?

Ella se quitó el pelo de la frente y volvió a encogerse de hombros.

-¿Por qué no? Creía que te conocía, pero estaba equivocada. Cuando Randy Hansen vino a verme y me acusó de dejarte, comprendí

lo manipulador que eres, y que yo había sido una estúpida. Pero incluso los estúpidos aprenden. Y ahora, si me perdonas, estoy cansada.

-Tú sabías que probablemente te vería embarazada en la revista. ¿Pensabas que iba a hacer caso omiso de la situación?

-No, pensé que probablemente me llamarías. De hecho, lo estaba deseando, porque sabía que en el fondo te sentirías terriblemente culpable. Supongo que los hombres de tu edad pueden sentir culpabilidad, aunque yo solo sea una modelo superficial. Pero viniste a mi casa, con tanta mesura y tan contundente como siempre. No hay ninguna diferencia, Elliot. Ninguna en absoluto.

-Ya lo veremos -dijo él.

Vio cómo ella apretaba los puños y luego abría las manos otra vez.

-No hay nada más que ver -respondió, y se levantó de la silla. Él no añadió una palabra.

Una vez que ella estuvo en la cama, apagó la luz y se fue al baño. Se duchó rápidamente, preocupado por que ella se escapara.

George no se movió cuando se deslizó entre las sábanas a su lado. Se quedó un momento pensativo en la oscuridad y volvió a levantarse para bajar el termostato a diez grados.

Volvió a la cama con una sonrisa en los labios.

Cuando se despertó, de madrugada, se quedó muy quieto. George estaba acurrucada junto él, con el cuerpo curvado contra su espalda, y el brazo atravesado en su torso. Notar su nueva forma le resultó delicioso, y deseó con todas su fuerzas darse la vuelta para acariciarle la tripa y sentir al niño. Con mucho cuidado, se apoyó sobre el costado para ponerse de frente a ella. La abrazó y volvió a dormirse, notando alguna patadita suave del niño contra su estómago.

George salió lentamente de un sueño agradable, consciente de que estaba muy calentita. Se quedó rígida al darse cuenta de que estaba pegada por completo al cuerpo de Elliot, con la cara metida en el hueco de su cuello. El camisón se le había subido un poco, y sus piernas estaban en contacto con las de Elliot. Intentó alejarse de él sin despertarlo, pero lo único que consiguió fue que él la abrazara más fuerte. No sabía si estaba dormido o no, pero oyó su murmullo:

-Vuelve a dormirte. El despertador no ha sonado todavía.

Había pasado mucho tiempo, pensó ella. El orgullo y la rabia habían luchado contra su tristeza, pero incluso ellos habían flaqueado, y se sentía como una hoja en otoño, recién caída del árbol, frágil y quebradiza, pisoteada sin ningún cuidado. ¿Había querido, realmente, que se limitara a llamarla por teléfono cuando viera la revista? No, admitió finalmente. Sabía que iría a verla, y lo deseaba. ¿Qué haría él? Y lo más importante, ¿qué iba a hacer ella? Los ojos se le llenaron de lágrimas.

-Buenos días.

George se quedó helada al oír su voz.

-¿Qué hora es? -le preguntó.

-Casi las nueve, la hora del desayuno. ¿Has dormido bien?

Elliot dejó que se separara.

-Creo que sí, pero ha hecho mucho frío.

-Sí, es cierto -convino él suavemente.

-Tengo que ir al baño -dijo George, después de un momento de silencio.

-¿Te encuentras bien?

-Por supuesto -le dijo cortante-. ¡No estoy enferma!

-Espero que te encuentres repelentemente bien -hizo una pausa, y sus ojos se detuvieron en su estómago-. Estás preciosa, George.

Ella se lo quedó mirando. Sabía que tenía el pelo enredado, y que estaba tapada de pies a cabeza con un camisón de franela azul.

-Claro -dijo, esbozando una sonrisa burlona-- ¡Y los burros vuelan!

Su risa la siguió hasta el cuarto de baño.

-¿Estás preparada? -le preguntó Elliot al rato.

George asintió. Llevaba un jersey gris y unos pantalones cómodos, y unos zapatos de tacón bajo. Se había recogido el pelo con un pasador.

-¿Ahora me creerás si te digo que estás muy guapa esta mañana?

-Es una broma, ¿verdad?

Suavemente, la tomó por los hombros y la hizo girar para que viera su imagen en el espejo.

-¿Por qué no te miras?

Pero en vez de mirarse a sí misma, George observó a Elliot.

-¿No te fías de mí? -se inclinó hacia delante y con ternura le besó el cuello. Ella se apartó.

-Bueno, por lo menos le he dado un poco de color a tus mejillas -sonrió, y se volvió hacia la puerta-. Señora -dijo, ofreciéndole el brazo.

Ella intentó pasar sin mirarlo, pero su estómago lo rozó.

-Ah, más color -dijo él suavemente.

-Déjalo, Elliot -le dijo entre dientes-. Ya te he dicho que no voy a jugar a tu juego.

-Tienes razón -contestó él en tono conciliador-. No más jueguecitos. Solo el desayuno.

El dueño de Brittany Inn, Pietro Cippolo, era un hombre rotundo, bajito y calvo que, sospechaba Elliot, exageraba el acento italiano para sus clientes.

-¡Ah, dottore Mallory! He visto su nombre en el libro de registros -le estrechó la mano a Elliot con una sonrisa resplandeciente-. ¡Por fin, usted y la bella signorina se han convertido en hombre y mujer!

-«Marido», y mujer -corrigió George ácidamente, y se ruborizó cuando se dio cuenta de lo que había dicho.

El signore Cippolo le sonrió más.

-¡Y un bambino de camino! El dottore no ha perdido el tiempo. Va a tener a su guapa mujer en casa, embarazada, para mantenerla a salvo de todos esos lobos hambrientos, ¿eh?

George se dio cuenta de que había escondido la mano entre los pliegues del jersey.

¿Por qué, se preguntó en silencio, no le decía a aquel pequeño machista que ella y el dottore no estaban casados?

-Vengan conmigo -dijo el signore Cippolo, e inclinó la cabeza hacia George-. Les daremos un desayuno exquisito, a usted y a su pequeño.

-Sí, George -dijo Elliot-. Vamos. El grande también quiere comer.

Ella se volvió a mirarlo, pensando en cualquier insulto para lanzarle, pero cuando lo vio, no se le ocurrió nada. Él le estaba sonriendo y tenía una mirada tan tierna que se sintió incómoda. Se volvió y siguió al signore Cippolo.

Al llegar al comedor, Pietro le sostuvo la silla y volvió a hacerle otra reverencia.

-Signora -dijo con la voz resonando por todo el comedor-, ¿a partir de ahora se quedará en casa haciendo niños con su marido? ¿No más televisión?

Elliot dijo rápidamente:

-Me pegarían un tiro, Pietro, si obligara a George dejar de trabajar. Es una mujer moderna ¿sabe? Puede cuidar de su marido y de sus hijos y dejar al mundo boquiabierto con su belleza en la televisión.

-¡Ah, no! -dijo Pietro-. Yo sería demasiado celoso como para eso. Pero usted tiene razón. El mundo ha cambiado, y nuestras mujeres con él. Aquí está María. Ella les tomará nota. Usted beberá un vaso de leche, signora George. Quiero que su bambino sea tan guapo y atlético como su padre.

-Yo quiero que sea una bambina -dijo George.

-Para mí es perfecto una bambina -le dijo Elliot una vez que Pietro se hubo marchado.

Se sentía absurdamente feliz de que ella no le hubiera dicho que no estaban casados.

-Para mí, tostadas, María -le pidió George a la camarera, sin hacerle caso a Elliot-. Y beicon.

-Que esté crujiente, María -dijo él.

George miró a su alrededor. El salón era muy acogedor y estaba decorado con antigüedades americanas. Por qué un italiano como el señor Cippolo había elegido amueblar su hotel de aquella forma era algo que se le escapaba. Se había enamorado de Brittany Inn la primera vez que Elliot la había llevado allí.

-¿Café, George?

Ella asintió y él le llenó la taza.

-Hace un día precioso.

-Sí.

-¿Por qué no le has dicho que no estábamos casados?

Ella se quedó callada.

-No tenía sentido avergonzar al pobre hombre -dijo por fin.

-Gracias por ahorrarnos la vergüenza, a él y a mí -dijo secamente-. ¿Realmente quieres una bambina, George?

-Siendo un hombre, supongo que te gustaría más tener un niño -se contuvo, y añadió rápidamente-: Solo quiero un hijo sano.

-Bueno, yo también. Niño o niña, nuestro hijo será un estupendo deportista -contestó Elliot. Ella se quedó rígida y muy seria, y él se apresuró a cambiar de tema.

-¿Qué vas a hacer con lo de Branden-Tyrol? ¿Qué ha pasado con tu contrato de tres años con ellos? -como no contestó rápidamente, Elliot puntualizó con amabilidad-: Espero que no te importe que te pregunte. Es solo curiosidad.

Ella sonrió, acordándose de la impresión que se llevó Ben cuando le contó que estaba embarazada.

-No estaban muy contentos al principio -admitió-. Ni siquiera sabía si iba a poder grabar el anuncio de Mount Rushinore, en abril.

-¿Mount Rushinore? -preguntó él. Arqueó una ceja, aunque había visto el anuncio en la televisión. Quería que ella siguiera hablando.

-La intención del anuncio era mostrar que ningún hombre, ni siquiera aquellos esculpidos en piedra, serían capaces de resistirse a una mujer que llevara su maquillaje y su perfume. Supongo que los efectos especiales estaban bien pensados. Yo iba volando en un ultraligero y ellos se volvían a mirarme. Fue mi propio maquillador el que me preguntó si estaba embarazada -hizo una pausa-.

Me quedé sin habla, como puedes imaginarte.

Cuando Ben se lo contó a los jefazos de Branden-Tyrol, querían despedirme. Pero tuve suerte, porque hasta aquel momento todo había funcionado muy bien y decidieron conservarme. He llegado a un acuerdo con ellos, que consiste en que trabajaré dos semanas seguidas en noviembre para rodar como mínimo tres anuncios que emitirán inmediatamente. Después, no viajaré más de una semana al mes.

-El bebé nacerá en octubre -dijo Elliot-. No vas a tener mucho tiempo para ponerte en pie de nuevo.

-Están mucho más preocupados por mi figura que por mis pies -contestó George irónicamente-. Pero lo conseguiré.

-¿Cuánto has engordado hasta ahora?

-Unos cinco kilos. Voy a intentar no ganar más de ocho. No más, porque sino no voy a tener ninguna oportunidad de no parecer un zeppelin en la tele, en noviembre.

Hasta aquel momento, él no se había dado cuenta de lo delgada que estaba. Tenía los pómulos más pronunciados, y un aspecto muy frágil. Le costó un gran esfuerzo callarse.

-¿Y cómo es que Branden-Tyrol te permitió salir embarazada en la revista?

Ella sonrió, pero no contestó hasta que María le puso la tostada enfrente y se fue.

-Clyde, mi fotógrafo, estaba encantado con el bebé, e insistió en hacerme fotos cada semana. En realidad, la idea se le ocurrió a Ben al ver todas las fotografías. Y da la casualidad de que Branden Tyrol también tiene tiendas de ropa infantil, así que les pareció una estupenda idea que posara con ropa de embarazada. Funcionó bien. Como estaba bajo contrato con ellos, consiguieron las fotos gratis.

Se quedaron en silencio un rato, mientras desayunaban. Elliot pensó en los meses tan penosos que había pasado, sin imaginarse, en su tristeza, todo lo que se estaba perdiendo.

Podía haber visto cómo creía su hijo en el vientre de George, haber estado con ella a medida que cambiaba día a día. Le dio un trago a su café.

-¿Tuviste náuseas muy a menudo? -le preguntó.

-No, pocas veces, y creo que era psicológico. No vomité ni una sola vez hasta que estuve segura del embarazo.

-¿Tienes un médico asignado, George?

-Sí, doctor, lo tengo. Pero evidentemente -continuó cortante-, no es uno de tus amiguitos.

Él se recostó en la silla y cruzó los brazos.

-¿Lo saben tus padres, George?

Vio que una sombra de dolor cruzaba su rostro.

-Tuve que contárselo. Tod y Mariana viven en Mill Valley, y no podía decirles que me olvidaran hasta octubre. Y Tod no es capaz de mantener la boca cerrada. Están... preocupados.

Elliot jugueteó con el tenedor durante un momento.

-Supongo que me sorprende que ni Tod ni Mariana ni tus padres hayan venido con una escopeta a mi casa.

-No les dije que tú fueras el padre.

-Ah -contestó-. ¿Norman Greenberg?

Ella se ruborizó y bajó la cabeza.

-¡No! -les dije que habíamos roto y que había tenido un fin de semana loco en Lake Tahoe.

-Entiendo. ¿Y cuáles son tus planes, George?

-Creo que ya te lo he dicho. Volveré a trabajar en noviembre. Estoy buscando una enfermera interna, y estaré muy cómoda una vez que lo

haya arreglado todo. No voy a viajar más de una semana al mes, como ya te he dicho.

-¿Has terminado de desayunar? -le preguntó de repente.

Ella asintió.

-Bien -se levantó y le sonrió-. Hace un día muy bueno, George. Vamos a dar un paseo por la playa y yo te contaré cuáles son mis planes.

Dieciocho

-Tus planes no tienen nada que ver conmigo.

George aspiró el aire limpio del océano, y contra su voluntad, empezó a sentirse muy relajada. El hotel estaba a diez minutos de la playa.

-Pero vamos a dar un paseo -le dijo bajando el ritmo de sus pasos para que ella no se fatigase.

-¿Y después volveremos a San Francisco?

-¿Te gustaría saber qué he estado haciendo durante estos seis meses? -le preguntó Elliot,

-Si quieres -mintió. -Me lo vas a contar de todas maneras.

-Cierto. Lo primero, es que tengo suerte de continuar con vida.

Él notó una mirada de alarma en sus ojos antes de que consiguiera disimularla.

-¿A qué te refieres? -le preguntó, mirándose los zapatos.

-A que me he convertido en un miserable de tal calaña que si alguno de mis colegas me hubiera bajado los humos, deberían haberle dado una medalla. Ha sido... difícil, George.

-Seguro -dijo ella-. Estoy segura de que lo has pasado fatal.

¿Intentó Eileen Raebum sacarte de tu depresión?

-Eileen -repitió él, olvidándose por un momento de quién era-. No -dijo, mirándola a la cara-. Ella no tenía ningún motivo para quejarse. Una mujer tan lista y guapa casi nunca lo tiene.

Elliot vio cómo apretaba los labios hasta formar una estrecha línea, y aquello le agradó. Habían llegado al final del paseo marítimo, y la tomó por el codo.

-Vamos a pasear por la arena. ¿Quieres quitarte los zapatos?

Ella se agachó y se los quitó.

-¿Ya no te pones medias largas?

Le lanzó una mirada de desagrado y sacudió la cabeza.

-Están viejas. No importa.

-No sé cómo te quedarán con ese vestido los calcetines de las panteras rosas. No he puesto medias en la maleta.

-No importa -repitió ella-. Vamos a volver a San Francisco hoy.

-Es verdad -dijo él en tono agradable.

La marea estaba subiendo, y cada poco tiempo tenían que alejarse unos pasos de la orilla para que el agua helada no les mojase los pies. Había un silencio incómodo.

-Ojalá hubiera traído pan para las gaviotas-dijo ella, mirando al cielo al escuchar sus graznidos.

Elliot se agachó, agarró un palo y lo tiró al agua. Ella se fijó-en los músculos de su brazo. Estaba tan guapo, pensó.

-Has adelgazado -le dijo de repente, odiándose a sí misma por la preocupación que había en su tono de voz.

-Sí. Cinco kilos.

-No deberías.

Él se encogió de hombros.

-Tenía pocas cosas que hacer, excepto cansarme. Nunca me ganarías nadando ahora, George.

-No importa.

-¿Va a ser esa tu frase del día? ¿Tu coro griego? Tendrás que decir algo diferente, ¿no?

Ella se paró en seco y lo miró.

-Escúchame, Elliot. No sé por qué me has traído aquí. No te entiendo. Pero créeme, solo quiero irme a casa.

-¿Y volver al alcohol y a los cigarros?

-Eso ha sido solo una... aberración temporal. No quiero volver a tener una resaca en mi vida.

-Muy bien. Estoy encantado de escucharte decir eso. ¿Quieres saber por qué te he traído aquí? Estoy dispuesto a decírtelo si tú estás dispuesta a escuchar.

-Muy bien. No parece que tenga otra elección -sabía que estaba siendo muy desagradable, pero no podía evitarlo.

-¿Quieres tener el bebé ahora? -le preguntó. Intentó que su voz sonara neutra; no quería que notara sus sentimientos.

-No seas tonto -le dijo con frialdad.

-Entonces era lo que yo había pensado. Todo eso sobre el aborto era... solo para irritarme.

-Me parece bastante difícil, si no imposible, irritarte cuando estás decidido a controlarte.

-Me enfadé, lo reconozco. En realidad, conseguiste que me enfadara mucho -señaló a unas rocas al final de la cala---. Vamos a sentamos un minuto.

George estaba cansada de aquel estúpido paseo por la playa. Se sentó sobre una roca, dejó los zapatos a su lado y se puso las manos en el regazo.

-Hable, doctor -le dijo.

Él se quedó de pie enfrente de ella, con las manos metidas en los bolsillos.

-Creo que la primera cosa que tengo que decir es que he sido un idiota. Un burro. Realmente pensaba que te estaba salvando de cometer un grave error en tu vida.

-Y ahora que estoy embarazada todo ha cambiado ¿verdad? ¡Elliot, concédeme cierta inteligencia!

-Siempre lo he hecho -le dijo, sonriendo-. Lo que tú has conseguido ha sido librarme de mí mismo y de mi supuesta nobleza.

-¡Ja! Yo no te he hecho nada, Elliot -«excepto enamorarme de ti y pedirte que te casaras conmigo».

-George, tú me lo has dado todo, empezando desde el momento en que me estampaste la pelota de voleibol en la cara el verano pasado. Pensé que eras la mujer más guapa y especial que había visto en mi vida. Desde el primer momento quise salir contigo. Y cuando finalmente lo conseguí, me di cuenta de que quería más, mucho más. Nuestra diferencia de edad solamente me asustó cuando me di cuenta de que estaba enamorado de ti.

George se puso de pie de un salto, furiosa.

-¡Eres un mentiroso! -le gritó, agitando los zapatos hacia él-. ¡Así que eso era todo! Quieres casarte conmigo ahora que estoy embarazada. Déjame preguntarte algo, Elliot. ¿Puedes decirme, con honestidad, que hubieras venido a verme otra vez si no lo estuviera?

-George, admito que soy un idiota, pero no un mentiroso, excepto conmigo mismo. Dios sabe que las razones por las que te dejé todavía están ahí. La diferencia de edad y tu carrera. Demonios, George, no lo sé. Realmente, no lo sé.

-¿Otra característica de tu generación, Elliot? ¿Casarte con una mujer por el honor? Eso es genial. Pasar la vida con alguien por obligación.

-El niño es mi responsabilidad -le dijo en voz baja-. Pero eso no lo es todo, y lo sabes, George. Si no te quisiera hasta la desesperación, sería por obligación, supongo. Pero te quiero.

-¡No quiero escuchar ni una palabra más! -le tiró los zapatos, se dio la vuelta y empezó a correr por la playa.

-¡George, párate!

La alcanzó enseguida, justo cuando ella tropezó. La levantó y la estrechó entre sus brazos.

-¡Suéltame! -gritó ella contra su pecho. Intentó golpearlo, pero la estaba sujetando demasiado fuerte.

-No, no te voy a soltar nunca más. Te quiero, y tienes razón, te mentí porque no quería hacerte daño.

-¿Hacerme daño? ¿Y qué demonios crees que he estado haciendo durante los últimos seis meses? ¿Bailando de alegría porque me había librado de ti? -no pudo evitarlo, y las lágrimas le cayeron por las mejillas-. ¿Cómo pudiste hacerme aquello si realmente me querías?

Es como si estuvieras jugando con mi vida. He sido como una marioneta con la que has jugado a tu antojo.

-Probablemente, es lo más estúpido que he hecho en mi vida. Pero créeme, George, por favor… Estaba convencido de que era lo mejor para ti. Fue una equivocación, una arrogancia terrible. Pero estoy enamorado de ti, George, te he querido tanto que vivir sin ti ha sido un esfuerzo constante.

Ella sacudió la cabeza y se tapó los oídos con las manos para no seguir escuchándolo.

-Solo te dejaré ir -le susurró- si me dices que no me quieres.

Ella se quedó inmóvil. Lentamente, él le levantó la cara para que lo mirara.

-¿Quererte? ¿No quieres decir que estoy encaprichada contigo, Elliot? ¡No me digas que ahora estás admitiendo que he podido sentir algo más que un romanticismo de adolescente por el primer hombre con el que me acosté!

El ni siquiera parpadeó ante la amargura de sus palabras. Le acarició la mejilla y le secó las lágrimas.

-¿Cómo es posible que tú seas tan madura a los veinticuatro y yo tan estúpido a los treinta y ocho?

-Tú eres un hombre. Estoy aprendiendo que los hombres tenéis eso en común -respondió entre lágrimas.

Elliot sonrió y la soltó. Ella se limpió las lágrimas, pero no se apartó de él.

-Me he dado cuenta de una cosa -continuó él después de un momento-. Si me hubieras llamado durante los dos últimos meses, me habría derretido en el teléfono. Pero habría luchado contra mis sentimientos, George -hizo una pausa y respiró profundamente-. Si no quieres casarte conmigo, si te he hecho demasiado daño, me retiraré. Pero no quiero. Te quiero a ti y a nuestro hijo. Quiero dormir contigo todas las noches y despertarme contigo todas las mañanas. Quiero practicar contigo cualquier deporte que puedas inventar y bromear y hacer el amor contigo. Quiero reír de nuevo, George.

Ella fue hasta la orilla y se quedó mirando las olas. Sin volverse, le dijo:

-Soy una tonta por querer creerte. Quiero creerte con todo mi corazón. Todo lo que tengo que hacer es pensar en ti y pierdo el control. Pero el dolor, Elliot… No quiero sentir esa clase de dolor nunca más.

Él se acercó y la abrazó de nuevo.

-Yo tampoco, George. Nunca volveré a hacerte daño. ¿Vas a casarte conmigo? ¿Vas a ser mi amante? ¿Quieres pasar el resto de tu vida conmigo?

Ella se estremeció y asintió, muy despacio.

Elliot tuvo ganas de gritar y de cantar. En vez de eso, la hizo girar con delicadeza y la besó profundamente.

-¿Sabes qué otra cosa quiero hacer? Quiero que volvamos a la habitación y que hagamos el amor. Quiero sentir cada centímetro de tu piel, George.

Para su sorpresa, ella bajó la mirada.,

-¿Qué te pasa? ¿Es el pudor de mi futura esposa?

-No... es que estoy horrible. Estoy muy delgada, excepto en el estómago. Parezco una araña.

-Déjame entrar en tu salón.

Ella soltó una carcajada sin poder evitarlo.

-¿No te importa?

-No seas tonta -le dijo con ternura-. Quiero sentir a nuestro hijo y mirar tu tripa durante horas. Es mi arrogancia de hombre, y tendrás que soportarlo. Y quiero ver la cicatriz. Si Greenberg hizo realmente un buen trabajo, le perdonaré la vida.

Había tanta ternura en su voz y en su mirada que ella tuvo ganas de llorar otra vez. Pero él la besó de nuevo y le acarició la espalda, y George olvidó las lágrimas.

-Vamos, cariño. ¿Quieres hacer el amor conmigo?

Ella se puso de puntillas y le rodeó el cuello con los brazos.

-¿Dónde has perdido esos cinco kilos? -le preguntó provocativamente al oído.

Elliot sabía que ella estaba avergonzada e hizo las cosas despacio. Cuando la desnudó por completo, se quedó de pie y dejó que su mirada la recorriera centímetro a centímetro.

-Te quiero tanto... -le puso la mano sobre la tripa y la acarició-. Mi control está decayendo, George.

Ella se tumbó en la cama y observó cómo se quitaba la ropa.

Cuando se quedó completamente desnudo, ella abrió unos ojos como platos.

-Sé lo que estás pensando -le dijo sonriendo.

-¿Cómo puedes decir eso? -protestó ella-. Iba a asegurarme de que los cinco kilos que has perdido no eran de...

-Sss, calla, mujer. Ahora el que está avergonzado soy yo, de que se me vean las costillas.

-Pero yo no estaba mirándote las costillas, Elliot.

-Parece que has recuperado tu ingenio. Estoy tan loco por ti, que probablemente no volveré a ganar ninguna discusión en seis meses.

Se tumbó a su lado y le acarició un pecho.

-Ahora están más grandes -dijo, inclinándose para besarla dulcemente.

-Sí, y es muy molesto. ¿Cómo pueden esas estrellas de cine tan bien dotadas cargar con todo eso?

-¡Hombres! -él se estaba riendo-. Cuanto más, más alegría para algunos de nosotros, los individuos más despreocupados. Y ahora, ¿podrías callarte mientras te seduzco?

La estaba mirando mientras le hablaba, y vio un brillo de incertidumbre en sus ojos.

-¿Qué te pasa, cariño?

-Estoy asustada -susurró, mirándolo embelesada el cuello.

-¿De qué? -notó cómo se movía el niño contra su mano y rió encantado-. ¡Ah, George, qué alborotador es! Y ahora, dime lo que sea sin atascarte. ¿Qué es lo que te asusta?

-No he sentido nada en mucho tiempo -explicó-. No sé si voy a poder ahora.

No sería muy inteligente, pensó él, tomarle el pelo con sus amantes imaginarios.

-Para mí también es difícil, George. Pero tenemos todo el tiempo del mundo. Todo lo que tienes que hacer es relajarte y confiar en mí, ¿de acuerdo?

Se miraron a los ojos y él deslizó la mano hacia abajo.

-Territorio familiar -dijo acariciándola suavemente-, y solo una cicatriz diminuta.

-¿No has hecho el amor con nadie más desde que rompimos?

-No. Era un pensamiento demasiado deprimente.

Notó que se estremecía.

-Oh -gimió ella-. Lo había olvidado.

-Yo no -le dijo con arrepentimiento-. Me quedaba despierto por las noches, recordando la sensación de tu piel, y esos sonidos suaves que te salen de la garganta. ¿Te acuerdas de cómo era cuando estábamos juntos?

-Sí -susurró. Le acarició el pecho y los costados, y juntó las manos en su espalda. Tengo que cebarte para que engordes.

-¿Cocinando tú? -se burló él-. Solo me hace falta que me sonrías cada día y que me digas que no puedes vivir sin mi, y engordaré en dos días. No tanto como tú, claro, pero…

Ella lo apretó tanto como pudo, y notó que le vibraba el pecho de la risa. Él la besó y se incorporó para ver su cara.

-George…

-¿Mmmm?

-Te quedaste embarazada la última noche que estuvimos juntos.

-Sí, eso parece.

-¿No usaste el diafragma?

Ella lo miró dudosa, con miedo en los ojos.

-No, no te voy a acusar de quedarte embarazada a propósito, boba. Solo quería saber lo viril que soy.

Ella sacudió la cabeza.

-No, no lo usé. Era solo dos días después de mi período, más o menos en los mismos días del mes que la primera vez que hicimos el amor. No creía que pudiera quedarme embarazada.

-Ha debido de ser el destino, entonces -Elliot elevó los ojos hacia el techo y empezó a murmurar en latín.

George le dio unos golpecitos en el hombro.

-Se supone que tendrías que estar prestándome atención. ¿Qué estás haciendo?

-Rezando. Ofreciendo una acción de gracias, y prometiéndole a Dios una vida de buenas obras y rectitud moral.

-Cuando termines, por favor, hazme el amor -le susurró, y atrajo su cara.

-Lo haré. Puedes estar segura.